Emiliano Jiménez Hernández

**E L A P O C A L I P S I S**

REVELACIÓN DE LA GLORIA DEL CORDERO

**INDICE**

**PRESENTACIÓN**

Ver y oír 5

Mensaje de esperanza 5

Como vidrieras de una catedral 6

El sabor agridulce de la esperanza 8

**PRÓLOGO**: 1,1-20 9

La visión de Patmos 9

Dedicatoria epistolar 10

Presentación de Juan 12

Icono de Cristo en la gloria 13

**CARTAS A LAS SIETE IGLESIAS**: 2,1-3,22 15

A la Iglesia de Éfeso 15

A la Iglesia de Esmirna 17

A la Iglesia de Pérgamo 18

A la Iglesia de Tiatira 20

A la Iglesia de Sardes 21

A la Iglesia de Filadelfia 23

A la Iglesia de Laodicea 24

**EL CORDERO, SEÑOR DE LA HISTORIA:** 4,1-5,14 27

Liturgia ante el Trono de Dios 27

Dios entrega el poder al Cordero 29

**LOS SIETE SELLOS**: 6,1-8,1 33

Los cuatro sellos primeros 33

Quinto y sexto sello 34

El triunfo de los elegidos 37

El séptimo sello 40

**LAS SIETE TROMPETAS**: 8,1-11,19 41

El incensario de oro 41

Las cuatro primeras trompetas 42

Quinta y sexta trompeta 43

El libro abierto 46

Los dos testigos 48

Séptima trompeta 50

**LA MUJER Y EL DRAGÓN**: 12,1-17 51

Dos signos en el cielo 51

Batalla en el cielo 54

Las alas de águila 55

**LAS DOS BESTIAS Y EL CORDERO**: 13,1-14,5 57

Primera bestia: el Anticristo 57

La segunda bestia: el profeta del Anticristo 58

El Cordero y los ciento cuarenta y cuatro mil 59

**ANUNCIO DEL JUICIO FINAL**: 14,6-20 63

Los ángeles del juicio 63

Siega y vendimia de las naciones 64

**LAS SIETE COPAS**: 15,1-16,22 67

Cántico de Moisés y del Cordero 67

Las plagas de las siete copas 68

**LA GRAN CIUDAD**: 17,1-19,10 71

La gran prostituta 71

Ebria de sangre 72

La caída de Babilonia 73

Cantos de luto 75

Cantos triunfales en el cielo y en la tierra 77

**EL COMBATE ESCATOLÓGICO**: 19,11-20,15 79

Primer combate 79

Exterminio de las naciones paganas 80

Segundo combate escatológico 83

El juicio de las naciones 83

**LA JERUSALÉN CELESTIAL**: 21,1-22,5 85

Sinfonía de la nueva creación 85

Exterior de la nueva Jerusalén 88

Interior de la ciudad 90

Nuevo paraíso terrenal 91

**¡VEN, SEÑOR JESÚS!**: 22,6-21 93

**PRESENTACIÓN**

**VER Y OÍR**

La palabra *apocalipsis* (Ap 1,1), transcripción literal del término griego, significa revelar, quitar el velo que cubre una cosa y la esconde a los ojos. Apocalipsis significa, pues, revelación y no catástrofe. El apocalipsis es esencialmente la revelación que Dios hace a los hombres de cosas escondidas y que sólo El conoce. Los profetas son ante todo oyentes de la palabra, como nos dice la carta a los hebreos “Dios ha hablado por medio de los profetas a lo largo de la historia y en los últimos tiempos nos ha hablado por su Hijo Jesucristo” (Hb 1,1-2). Juan es, ante todo, el Vidente. La revelación de Dios le llega a través de visiones. Por ello el verbo *ver* llena los 22 capítulos del Apocalipsis.

Y el verbo *ver* nos trae a la memoria el comienzo de la primera carta de San Juan: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de vida... os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo... Os lo escribimos para que nuestro gozo sea completo” (1Jn 1,1-4).

Apocalipsis y profecía se complementan. Juan, en el Apocalipsis, se presenta como Vidente y también como Profeta (1,3; 10,7; 11,18; 22,6.9.18). El profeta, en el Antiguo Testamento, es ante todo el mensajero e intérprete de la palabra de Dios. Es el hombre elegido y enviado por Dios para recordar y mantener la alianza con su pueblo. Para invitar al pueblo a la fidelidad a la alianza, Dios pone en la boca del profeta su palabra y le *revela* sus planes (1S 10,1ss; Is 7,14; Jr 28,15ss; 44,29s).

También en el cristianismo de los orígenes, el profeta ocupa un puesto importante. San Pablo, en la jerarquía de los carismas, coloca la profecía en segundo lugar, inmediatamente después del apóstol (1Co 12,28-29; Ef 4,11). Los profetas se encargan de exhortar y consolar a los fieles (1Co 14,2), anunciar, en caso de necesidad, el futuro (Hch 11,28; 21,11) y, fundamentalmente, explicar a la luz del Espíritu las Escrituras (1P 1,10-12), descubriendo el “misterio” del “plan de Dios” (1Co 13,2; Ef 3,5; Rm 16,25), mostrando sobre todo que la muerte y resurrección de Cristo se han realizado “según las Escrituras”.

En el Antiguo Testamento es Yahveh quien llama a sus profetas (Is 6,8ss; Jr 1,4ss; Ez 1,1...), ahora el profeta Juan (22,9) es llamado por Jesucristo (1,9-20), pues es enviado a anunciar “la revelación de Jesucristo” (1,1).

**MENSAJE DE ESPERANZA**

El Apocalipsis se abre con un “prólogo en la tierra”: las siete cartas dirigidas a las Iglesias del Asia menor (2-3). Sigue la grandiosa visión celeste que tiene como protagonistas la corte celestial, Cristo Cordero y el libro sellado de la historia (4-5). La apertura del libro y el desvelamiento del mal encerrado en él corresponden al Cordero. Lo hace mediante una célebre trilogía de septenarios: siete sellos rotos (6-7), siete trompetas (8-11) y las siete copas de las plagas del juicio (15-17). Dentro de esta trilogía se injertan otras escenas potentes y, al final, irrumpe con toda su vehemencia el juicio divino sobre las potencias de este mundo (18-20). Pero el juicio deja espacio a la gloriosa epifanía de la nueva Jerusalén, sede definitiva de los elegidos. Esta es la desembocadura de la historia, que no cae en el abismo vacío, sino que acaba en el encuentro pleno con Dios en la alegría (21-22).

Los apocalipsis se han desarrollado sobre todo en períodos de crisis, cuando el pueblo de Dios sufre la persecución de los poderes públicos. Era entonces urgente sostener a los fieles, explicándoles el sentido sobrenatural de la prueba a que eran sometidos, anunciándoles el triunfo de Dios sobre los perseguidores. En el Apocalipsis de Juan se da la misma situación. En Ap 6,9-11 se mencionan los mártires “degollados a causa de la palabra de Dios”, que piden justicia de su sangre derramada. En 7,9-14 la multitud “inmensa, imposible de contar”, que está ante el trono de Dios, es la multitud de quienes “han triunfado en la gran prueba” de la persecución. Las palmas que llevan en sus manos son el símbolo de la victoria. La presencia de los mártires, que “no han querido adorar la imagen de la Bestia ni llevar en la frente el signo de su nombre”, llena todo el Apocalipsis a partir del capítulo 13 (16,16; 17,6; 18,24; 19,2; 20,4; 21,8).

El Apocalipsis ofrece un mensaje de esperanza para el tiempo de persecución. Se trata de la persecución desencadenada en Roma contra los cristianos. El imperio romano es designado con el número misterioso de 666 (13,8); a Roma se le da el nombre de Babilonia (17,5), la ciudad asentada sobre siete colinas (17,9), que se embriaga con la sangre de los mártires y quiere imponer al mundo el culto idolátrico de sus emperadores divinizados.

A los cristianos, desconcertados por la persecución, el Apocalipsis les da una palabra de esperanza, pues la persecución será pasajera, el reino de la Bestia y la acción de Satanás están a punto de acabar. Dios, en la persona de Cristo, viene a establecer definitivamente su reino. El retorno de Cristo está cercano (1,37; 22,10.12.20). Cristo viene a exterminar a los perseguidores de su pueblo. Babilonia (Roma) será aniquilada (14,8; 17-18), la Bestia será arrojada al horno de fuego (19,11-21) y se abrirá una era nueva, era de paz y alegría (21,1-8). El reino de Dios será definitivamente instaurado bajo el poderío del Cordero (5,10; 11,17; 19,6.16).

**COMO VIDRIERAS DE UNA CATEDRAL**

Cuando el autor del Apocalipsis describe una visión no se preocupa de lograr una representación plástica coherente, imaginable. Busca simplemente traducir en símbolos lo que Dios le comunica. Para ello acumula cosas, colores y números simbólicos, sin preocuparse del efecto plástico logrado.

En el apocalipsis el simbolismo, -una cosa material que evoca una realidad espiritual-, cobra una gran importancia. Juan nos da el significado de varios símbolos: una estrella representa un ángel, un candelero es la representación de una Iglesia particular (1,20), siete lámparas de fuego o siete ojos evocan los siete espíritus de Dios (4,5; 5,6), las siete cabezas de la bestia pueden representar siete colinas (¿las de Roma?) o siete reyes (17,9-10), mientras el lino de una blancura esplendente simboliza las buenas acciones de los fieles (19,8)... En estos casos el autor nos ha dado el significado de los símbolos, pero no lo hace siempre, pues supone que el oyente o lector sabe el significado que él atribuye a las cosas.

Paul Claudel veía el Apocalipsis como un templo lleno de símbolos, “cuyos significados se abren ante nosotros y se renuevan de era en era, como los arcos y las vidrieras de una catedral”. El simbolismo es como un manto que se extiende por todas las páginas del libro. Imágenes, símbolos, metáforas, tomadas frecuentemente de la Biblia, nos revelan y velan la realidad profunda de la historia.

Sobre las vidrieras se entrecruzan los más variados colores, dando origen a un importante simbolismo cromático, que tiene como base el blanco, entendido como el color de la luz, signo de la resurrección y de la gloria. Por ello los elegidos, que participan en la liturgia celeste, están vestidos con túnicas blancas (7,9). Al blanco se opone el rojo, que evoca la sangre y es, por ello, signo de violencia; es el color del manto del dragón, hambriento de víctimas (12,3). El escarlata es símbolo del lujo y la depravación ; la gran Prostituta, Babilonia, cabalga sobre una bestia de color escarlata y está vestida de púrpura y escarlata (17,3-4).

El Apocalipsis elabora además un simbolismo zoológico. Cristo es el Cordero, que tiene como adversarios el dragón, la bestia, “la serpiente antigua”. Cristo tiene como consejeros cuatro “seres vivos” del perfil de león, de toro, de hombre y de águila. Una terrible caballería que recorre el mundo azotándolo y seres monstruosos golpean y envenenan la tierra. Por ejemplo, las langostas (c. 9) son tan grandes que parecen caballos, de rostro humano y cabellera femenina, dentadura de león, vientre acorazado, colas venenosas como aguijones de escorpión...

En las vidrieras de esta catedral del Apocalipsis hay otros muchos símbolos, Desfilan por ellas múltiples personajes, como los veinticuatro ancianos o la mujer encinta. Emergen cabezas y cuernos, frentes y manos marcadas con el sello del Cordero o de la Bestia, bocas de las que salen espadas, fémures con inscripciones, ojos, cabellos...

A todos estos símbolos se asocian los números, con su valor simbólico tan importante en toda la literatura apocalíptica. En cada página del Apocalipsis nos encontramos con una o varias cifras simbólicas. Los números más significativos son el 7 y el 12, con sus múltiplos respectivos o su mitad. El 7 es el símbolo de Cristo y de Dios. Cristo envía 7 cartas a las 7 Iglesias; abre 7 sellos; Dios ordena a 7 ángeles que toquen las 7 trompetas y a otros 7 ángeles que derramen 7 copas, dando origen a los famosos septenarios del libro. Luego estos septenarios se encadenan el uno con el siguiente: el último elemento de un septenario interrumpe la cadena para abrir el septenario sucesivo.

El número 12 evoca las tribus de Israel y los apóstoles; 12 son las estrellas de la corona de la mujer encinta, las puertas de la nueva Jerusalén y también los fundamentos sobre los que se apoya la ciudad. Los marcados con el sello del Cordero son 144.000 (12 por 12 por 1.000), la muralla mide 144 codos (12 por 12) y cada lado de la ciudad mide 12.000 estadios. Naturalmente las fracciones de estos números perfectos son símbolo de imperfección. Así el número de la bestia es 666 (600+60+6) que es múltiplo de 6, la mitad de 12, el número perfecto. Igual se debe decir del 3 y medio, que aparece varias veces (3 tiempos y medio; 3 años y medio; 42 meses; 1.260 días: siempre 3 años y medio). El tiempo de los enemigos de Dios es siempre la mitad de 7. Está siempre destinado al fracaso.

El simbolismo cósmico aparece ramificado por todo el libro. Tiene como base los cuatro puntos cardinales y se extiende a todos los elementos del cielo y de la tierra. Se evocan las estrellas, el sol, la luna, el arco iris, las nubes, el rayo, el granizo, el fuego, los montes, las islas, el mar, los ríos, las fuentes, el oro, piedras preciosas, bronce, hierro, la vendimia y la cosecha... Y como cumbre aparece la ciudad santa de Jerusalén, presentada en todo su esplendor, o el desmantelamiento de Babilonia, la ciudad del mal y del caos.

Armonía y disolución, orden y confusión, tierra sólida y mar caótico se enfrentan en un duelo constante hasta que de las cenizas del viejo mundo brota el cielo nuevo y la tierra nueva “donde el mar ya no existe” (21,1).

El símbolo desea penetrar en el oyente o lector del Apocalipsis. Busca impresionarlo y conmoverlo con su fuerza innata. Por ello, para escuchar el Apocalipsis, no basta con acercarse a él con un código de equivalencias: “esto significa esto”. Esta reducción del símbolo a un concepto lo desnaturaliza, le despoja de su colorido y de su valor de evocación, que envuelve al lector y al oyente, introduciéndole dentro de la palabra, para iluminar y mover su vida con ella.

**EL SABOR AGRIDULCE DE LA ESPERANZA**

Cuando se abre el libro del Apocalipsis, se siente una fuerte atracción y un gran vértigo. Es un texto marcado por la sangre de la historia y una obra de contemplación, inmersa en un halo de luz que circunda una ciudad perfecta y maravillosa, en la que no hay llanto ni muerte.

El bien y el mal se enfrentan en su último duelo. Ejércitos de ángeles y demonios se oponen entre sí en la historia de los hombres sobre la tierra. Babilonia, la ciudad soberbia y triunfante de este mundo, cae y, sobre sus ruinas, se alza gloriosa la nueva y santa Jerusalén.

Cristo, bajo el símbolo bíblico del Cordero, abre y hace visible, a través de su apocalipsis, el libro sellado de la historia. Más que revelarnos el final del mundo, nos revela el fin, el significado último de la historia. El Apocalipsis es, en primer lugar, una revelación para el “hoy” de la historia. Nos da la luz para descubrir el significado íntimo, escondido, de la historia de hoy, que puede estar aparentemente enredada y llena de conflictos. La esperanza en la meta última, hacia la que convergen los caminos a veces torcidos de los acontecimientos humanos, se hace sostén firme para el presente en el que hay que afrontar duras luchas contra el mal y mantener la difícil fidelidad al Señor.

El Apocalipsis, por ello, encierra una tensión, una espera, una orientación hacia arriba, hacia el más allá, hacia el final de la historia. La comunidad eclesial, situada en la historia entre el *ya* y el *todavía no*, camina de conversión en conversión, purificándose cada día, con la esperanza de entrar en la comunión plena del encuentro definitivo con Dios.

El Apocalipsis es, pues, el libro del presente y del futuro, del combate y de la esperanza, de la semilla y del fruto, de la Jerusalén histórica, en la que mora también la sanguinaria Babilonia, y de la nueva y santa Jerusalén. Es el libro del miedo y de la alegría, del juicio y de la gloria.

Quizás la palabra que mejor define el libro del Apocalipsis es la esperanza. Víctor Hugo decía que cada hombre tiene dentro de sí su isla de Patmos. Es libre de ir sobre el tremendo promontorio del pensamiento donde se perciben las tinieblas, pero desde donde también se ve surgir el sol del alba de un día que ya no conocerá la noche, ni habrá necesidad de lámparas “porque el Señor Dios nos alumbrará y reinaremos por los siglos de los siglos” (22,5). El Apocalipsis suscita la esperanza recordando a los cristianos que Dios tiene en sus manos las riendas de la historia.

El Apocalipsis es el último don de la revelación de Dios. Dichoso el que lo lea, los que lo escuchen y quienes lo vivan (1,3; 22,7). Al principio resulta un poco amargo, luego se siente su dulzura y, al final, deja el sabor agridulce de la esperanza (10,9-10).

**PRÓLOGO**: 1,1-20

**LA VISIÓN DE PATMOS**

El Apocalipsis es la *revelación de Jesucristo* en la historia. Este título del libro se alarga en una cadena de cinco anillos. La revelación parte de Dios Padre, que se la comunica a Jesucristo. Jesucristo envía a su ángel, como mensajero divino, que transmite la palabra a Juan, el testigo que, como profeta, se dirige a los fieles, es decir, a los creyentes en Dios y en su enviado Jesucristo. Así la cadena Dios-Cristo-ángel-Juan-fieles une el cielo y la tierra. Es la irrupción de la gloria de Dios en el mundo, que se manifiesta en la presencia de Cristo en la Iglesia. La comunidad cristiana que, reunida en asamblea, celebra la victoria de Cristo sobre la muerte, revela a los hombres la gloria de Dios.

El objeto de la revelación de Dios y del testimonio de Juan es la Palabra de Dios, que muestra los acontecimientos inminentes: “Para mostrar a sus siervos lo que debe acontecer pronto” (1,1). Al final del Apocalipsis descubrimos qué es lo debe acontecer pronto: “El Señor Dios, que inspira a los profetas, ha enviado a su ángel para manifestar a sus siervos lo que ha de suceder pronto. Mira, vengo pronto. Dichoso el que guarde las palabras proféticas de este libro” (22,6-7). El contenido de la revelación es el anuncio de Jesucristo como el que ha venido, viene y vendrá. El es el Señor de la historia. El Apocalipsis es *la revelación de la gloria del Cordero*, de Cristo muerto y resucitado.

El Apocalipsis se dirige a “los siervos” de Dios, es decir, a quienes le reconocen y confiesan como Señor del mundo y de la historia, Señor de su vida y persona. Por ello se trata de un mensaje de esperanza. Si Dios es Señor del mundo y de la historia no hay motivo para el desánimo. Dios conduce la historia a un fin; todo acontecimiento tiene sentido; hay lugar para la esperanza en medio de toda persecución; el siervo de Dios no pierde nunca la confianza en Él, aunque se vea circundado de enemigos, rodeado de tentaciones. La *revelación* de Jesucristo viene a recordarle la victoria del Señor sobre el mundo y sobre la muerte. Aunque le rodeen las aguas de la muerte, el Señor es más fuerte que la muerte. El creyente puede esperar en su triunfo. Unido a su Señor, el cristiano participa de su victoria.

El plan de Dios, revelado en la palabra profética, es un plan de vida. Con líneas quizás torcidas Dios guía la historia a la consumación final. Desde el Génesis al Apocalipsis se enfrentan el reino de Dios y el reino de su adversario, el diablo, la serpiente antigua, el dragón. La lucha es perenne, pero el triunfo y la gloria es del Cordero y de los fieles que le siguen.

La misión de Juan, como “siervo de Cristo”, es la de transmitir “todo lo que ha visto”, ser testigo de “la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo” (1,2). Jesucristo es “el testigo fiel” (1,5) hasta el punto de llevar el nombre de “Fiel y Verdadero” (19,11). Jesús puede testimoniar con fidelidad y verdad la palabra de Dios, porque Él conoce al Padre (Mt 11,27) y habla de lo que ha visto (Jn 3,11.31ss); precisamente por dar testimonio de la verdad ha padecido la muerte (Jn 18,37).

El testimonio de Cristo acerca del Padre, lo mismo que el testimonio del Padre acerca de Jesús (Jn 5,32.37; 8,18), es lo que Juan desea que se proclame y sea acogido en la asamblea litúrgica: “Dichoso el lector y los oyentes de las palabras de la profecía y cuantos guarden cuanto en ella está escrito” (1,3). En la proclamación solemne de la Palabra de Dios se hace presente para los fieles la salvación que Dios ofrece. Quienes la acogen en el fondo del corazón y la dejan fructificar en su vida reciben la primera de las siete bienaventuranzas del Apocalipsis.[[1]](#footnote-1) La bienaventuranza alcanza al lector que proclama la Palabra en la asamblea y a los fieles que la escuchan, la guardan en su corazón y la viven en su vida diaria (Lc 8,21; 11,28). Esta actitud de acogida de la Palabra tiene en María el modelo perfecto (Lc 1,38.45; 2,19.51; Jn 13,17).

Juan, como profeta (22,9), da testimonio de la palabra de Dios y del testimonio de Cristo (1,2; 19,10). En el Apocalipsis como en el cuarto Evangelio tiene una gran importancia el testimonio. Juan Bautista da testimonio de la luz (Jn 1,7-8) y el apóstol da testimonio de la Palabra hecha carne, de la gloria del Unigénito del Padre (Jn 1,14); es testigo de su muerte en cruz (Jn 19,35), de su resurrección (Jn 20,8; 21,24). Juan Bautista se mostraba como el testigo (Jn 1,15.19.32.34) y, ahora, Juan se presenta también como testigo. Entre Juan Bautista y el apóstol Juan hay una gran semejanza, aunque también una gran diferencia. La función del precursor, que anunciaba a Jesús como el Cordero de Dios (Jn 1,29.36), halla su cumplimiento en el Apocalipsis, que presenta el triunfo del Cordero. A partir de lo que “hemos escuchado, visto, contemplado y palpado de la Palabra de vida” (1Jn 1,1) Juan da testimonio de Jesucristo, la Palabra hecha carne, el Cordero inmolado, resucitado y constituido Señor de la historia.

“Para mostrar a sus siervos lo que debe acontecer pronto” (1,1). Desde la perspectiva divina, el futuro es siempre un “pronto” (2P 3,8; Sal 90,4). También para nosotros el “pronto” es algo real, pues el tiempo de nuestra vida es siempre breve y su final inminente y desconocido. Por ello el anuncio de un acontecimiento que está por llegar pronto es un invitación a la vigilancia, a la espera atenta, despiertos y con los lomos ceñidos (Lc 12,35), “porque el tiempo está cerca” (1,3). “El tiempo nos apremia” (1Co 7,29). Estamos en el tiempo de la salvación, inaugurado con la muerte y resurrección de Cristo.

Es el anuncio de Jesús, llamando a la conversión “porque el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca” (Mc 1,15; Mt 3,2). El reino de Dios llega con la proclamación de la Palabra. Acoger la predicación es entrar en el Reino.

**DEDICATORIA EPISTOLAR**

Juan, que ha pensado el Apocalipsis como lectura litúrgica (1,3), comienza introduciendo las siete cartas a las siete Iglesias que están en Asia con el nombre del remitente y de los destinatarios, a quienes dirige su saludo: “Juan a las siete Iglesias que están en Asia: Gracia a vosotros y paz de parte del que es, del que era y del que viene” (1,4). Juan escribe a las Iglesias “que están en Asia”. La Iglesia, cada Iglesia, no es de Asia, Madrid o Lima. La Iglesia no es de este mundo, está en el mundo, peregrina, en camino. Es siempre Iglesia de Dios, Iglesia celeste, inserta en la tierra, pero no instalada en ella; vive en el mundo en exilio, anhelando la patria, por lo que implora en sus celebraciones que pase la escena de este mundo y venga el Señor.

El saludo “gracia y paz” se encuentra en casi todas las cartas del Nuevo Testamento. “Gracia y paz” expresan el contenido profundo de la salvación de Jesucristo. En boca de los enviados de Jesús, más que un simple deseo, es una realidad eficaz (Mt 10,12s; Lc 10,5s): la salvación deseada se hace realidad comunicada a los destinatarios del saludo. A través de sus enviados Dios comunica su bendición: “Gracia y paz a vosotros de parte del que es, era y viene”. La gracia es la *hesed* divina, que significa amor, ternura, misericordia... Y paz es *shalom*, la paz con todos los bienes de salud, riqueza, consuelo... Con este mismo saludo se cerrará el libro y la revelación: “Que la gracia del Señor Jesús sea con todos los santos” (22,21).

La gracia y paz se atribuyen también a “los siete espíritus que están ante el trono de Dios” (1,4), que más adelante se llaman “siete espíritus de Dios” (4,5; 5,6). En realidad la expresión “siete espíritus” simboliza la plenitud del Espíritu, como las siete Iglesias simbolizan la Iglesia entera. Juan se refiere, pues, al mismo Espíritu que hace oír en las siete Iglesias la palabra de su Señor Jesucristo (2,7.11.17.29; 3,6.15.22). De este modo el saludo es trinitario. La “gracia y la paz” son don que Dios Padre derrama mediante Jesucristo y el Espíritu Santo.

Jesucristo, “el testigo fiel, primogénito de los muertos y dominador sobre los reyes”, es la fuente viva de la gracia. Jesucristo es el “primogénito” (Col 1,18; 1Co 15,20), por ser el primero a quien la muerte no ha podido retener bajo su dominio. Pero, como primogénito, no es el único, sino el primero “de muchos”. Su resurrección es una promesa para todos, el comienzo de una nueva creación de Dios (3,14). La glorificación de Jesús, comenzada visiblemente con su resurrección, es el germen de esperanza sembrado en la historia. Elevado al trono del Padre, Él ha asumido junto con el Padre el dominio sobre todo (4,8; 5,13). Ya aquí, el Apocalipsis señala su dominio sobre los reyes de la tierra (1,5) y lo repetirá más adelante (17,14;19,16), haciendo resonar en la asamblea de los fieles el testimonio del dominio universal de Jesucristo, para suscitar la esperanza, la consolación y así dar ánimo a la Iglesia que vive bajo la persecución.

Jesucristo glorioso, Señor del universo, sigue unido a la Iglesia peregrina en la tierra. Su amor es más fuerte que la muerte (Jn 1,5,13). Con la donación de su vida, derramando su sangre, nos ha redimido de la muerte del pecado, haciéndonos partícipes de su sacerdocio (1,5-6; 1P 2,9), llamado en el Nuevo testamento “sacerdocio real” (Hb 5,6; 7,17.21).

El dominio de Cristo glorioso, ahora oculto, resplandecerá pronto con toda su potencia, pues “viene sobre las nubes y todo ojo lo verá, incluso los que le atravesaron” (1,7). Este es el mensaje del Apocalipsis. Suceda lo que suceda, en todo, incluso en medio de los más tremendos horrores de la historia, la venida gloriosa de Cristo es el signo de esperanza para sus fieles. La imagen del Hijo del Hombre del profeta Daniel (Dn 7,13), evocada en este texto, anuncia la venida victoriosa de Cristo como Señor y Juez de la humanidad. Y la cita del profeta Zacarías (Za 12,10.14), recogida también en el evangelio (Jn 19,37), afirma que el Juez será el Crucificado; nos juzgará el mismo que derramó hasta la última gota de sangre por nosotros. Con esta aclamación, que resuena en la asamblea litúrgica, se celebra a Cristo crucificado y resucitado. La asamblea le aclama con el Amén.

Dios mismo sella la presentación de Juan, cerrando la introducción con su firma: “Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor, el que es, el que era y el que viene, el Señor universal” (1,8). Dios abraza toda la historia, presente, pasado y futuro. Él es el creador, presente hoy en los acontecimientos del mundo, y que llevará el mundo y los hombres a su plenitud consumada. Dios es siempre “el que viene”, el que está a las puertas, el que irrumpe en el mundo y en la vida del creyente.

Este título divino es comentario targúmico del “Yo soy” del Éxodo, cuando Dios revela su nombre a Moisés en la zarza ardiente (Ex 3,14). Alfa y omega son la primera y la última letra del alfabeto griego. Dios abraza y da sentido a todas las sílabas, palabras y acontecimientos de la vida humana. Él es “el que es, el que era y el que viene”, el Señor del tiempo y de la eternidad. Es el *Pantocrátor* .

**PRESENTACIÓN DE JUAN**

Un profeta no habla en nombre propio. Es siempre un elegido y enviado por Dios a anunciar su palabra. Juan, como profeta de Dios, nos narra las circunstancias de su llamada: “Yo, Juan, vuestro hermano y copartícipe de la tribulación, del reino y de la prueba en Jesús” (1,9). Juan se presenta como hermano. En la Iglesia sólo hay un Señor, Cristo, y los demás son hermanos (Mt 23,8). Juan se siente unido a los fieles a quienes dirige su palabra. Con ellos participa de la gracia de la elección; con ellos participa de la persecución de la Iglesia, “desterrado en la isla de Patmos a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús” (1,9). La isla de Patmos, durante el reinado del emperador Domiciano, era una colonia penitenciaria romana. Hoy una iglesia escavada dentro de la roca, llamada “la gruta del Apocalipsis”, recuerda la experiencia que vive Juan un domingo, “en el día del Señor” (1,10).

Los oyentes de la palabra, que transmite Juan, aunque no estén desterrados o encarcelados como él, viven en un mundo hostil, donde deben dar testimonio con constancia de su fe. Juan había anunciado la palabra de Dios en la provincia de Asia Menor, dando testimonio de la salvación que Dios ha realizado en Jesucristo (Hch 1,8; 4,33; 5,32). Para cerrarle la boca y privar de su apoyo a las comunidades cristianas formadas con su predicación, Juan es desterrado a la isla de Patmos, en el mar Egeo, a unos cien kilómetros de Éfeso. La primera persecución, que alcanza la provincia de Asia, es la del 95-96, bajo el emperador Domiciano.

Pero, en el exilio, el Espíritu de Dios le hace instrumento particular para sostener a la Iglesia de Cristo en medio de la persecución: “Fui raptado en espíritu un día del Señor y oí detrás de mí una gran voz” (1,10). Juan recibe la revelación el “día del Señor”, el domingo, cuando la Iglesia celebra el memorial de la Pascua de Cristo. La práctica de celebrar la Eucaristía el domingo, en vez del sábado hebreo, entró en seguida en la Iglesia (Hch 20,7; 1Co 16,2). En la celebración dominical Juan escucha una voz potente que le manda “escribir en un libro cuanto vea, para enviarlo a las siete Iglesias de Asia: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea” (1,11).

El Apocalipsis es un libro litúrgico, que comienza con un diálogo entre el lector y la comunidad celebrante (1,4-8) y se concluye con otro diálogo litúrgico, en el que toman parte Juan, el ángel, Jesús y la asamblea (22,6-21). La Iglesia, durante la celebración litúrgica, descubre su misterio, entra en comunión con la asamblea celeste, logrando así su meta escatológica. “El día del Señor” (1,10), el domingo, actualiza el misterio de la muerte y resurrección del Señor hasta que Él vuelva, mediante la celebración eclesial de la Eucaristía.

El día del Señor, esperado en la apocalíptica como el último acontecimiento de la historia, en el Apocalipsis de Juan aparece con un doble significado. Por un lado es el día de la muerte y resurrección del Señor, que ya se ha cumplido y, por otro lado, se refiere al día del juicio, cuando vuelva glorioso el Señor. Pero estos dos días, uno en el pasado y otro en el futuro, se unen en el hoy de la celebración eucarística de la Iglesia. Cristo ha venido en la debilidad, vendrá en el esplendor de su gloria y viene en el sacramento de la Iglesia.

El Apocalipsis es el libro de la comunidad cristiana. Ya en el prólogo Juan proclama: “Dichoso el que lea y los que escuchen las palabras de esta profecía” (1,3). El Apocalipsis, con sus visiones y símbolos, se comprende a la luz de la vida de la comunidad cristiana. La palabra del Apocalipsis resuena en la vida personal de cada cristiano y en la vida comunitaria de la asamblea que la proclama.

**ICONO DE CRISTO EN LA GLORIA**

Al volverse Juan, para ver quién le habla, se encuentra con la visión de Jesucristo glorificado en medio de la Iglesia: “Me volví para ver de quién era la voz que me hablaba y, al volverme, vi siete candeleros de oro y, en medio de los candeleros, uno semejante a un Hijo de Hombre” (1,12-13). Juan nos pinta un icono grandioso, en el que la figura de Cristo está en el centro, rodeado de los siete candeleros de oro, símbolo de las siete Iglesias a las que Juan escribe (1,20). Cristo resucitado aparece, pues, en medio de la asamblea de los fieles.

En el templo de Jerusalén ardía la *menorá*, el candelero de oro con siete brazos (Ex 25-35-40; Za 4,1-14), símbolo del pueblo de Dios. El oro, junto con las perlas y piedras preciosas, es símbolo del material de que está hecho el cielo (4,4; 21,15.18.21). Aquí el oro del candelero indica que la Iglesia es una comunidad de “santos”, elegidos por Dios para Él. Con el nombre de santos se dirige Pablo a los cristianos en casi todas sus cartas (Rm 1,7; 1Co 1,2; 2Co 1,1; Ef 1,1; Flp 1,1; Col 1,2). Con el símbolo de los candeleros de oro, el Apocalipsis expresa también la misión de la Iglesia en el mundo. Este símbolo evoca la palabra del Señor acerca de la luz puesta sobre el candelero (Mt 5,14-16). Bajo el signo de la luz Pablo presenta igualmente la vida de los cristianos en el mundo (Ef 5,8; Flp 2,15) 1T 5,5). También lo hace Pedro (1P 2,9) y el mismo Juan en el evangelio (Jn 1,7; 2,9).

La figura de Cristo, que Juan ve como Señor en medio de la Iglesia (1,13-20), tiene los rasgos del Hijo del Hombre de Daniel (Dn 7,13). En los evangelios, Jesús se aplica a sí mismo frecuentemente esta figura, para expresar su misión mesiánica. En Daniel, el Hijo del Hombre aparece como aquel a “quien se le ha dado poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18). El Hijo del Hombre glorificado es el Señor de la Iglesia. El Apocalipsis nos lo describe con un largo vestido, ceñido con una cintura de oro, ambos símbolos distintivos de los sacerdotes y de los reyes. El color blanco esplendoroso es el color de la glorificación celeste (Dn 7,9).

En consonancia con la descripción que hace Daniel del Hijo del Hombre, “Antiguo de días”, Juan aplica a Jesús las dotes divinas de la eternidad y de la omnisciencia: “ojos como llamas de fuego”. La mirada penetrante, “como espada de doble filo”, le capacita para ser juez de vivos y muertos. La descripción, en su conjunto, irradia una sensación de firmeza y seguridad, que se hace concreta en “los pies, semejantes al bronce resplandeciente en el horno ardiente”. La voz se asemeja al fragor de las aguas caudalosas en un día de tormenta. (Juan seguramente ha oído este fragor en las rocas de la isla de Patmos; cf. Sal 29,3-5; Ez 1,24;43,2).

La visión del Hijo del Hombre reúne en su persona la dignidad sacerdotal y el poder real. Está dotado de una ciencia perfecta, capaz de “sondear los riñones y el corazón”. En la descripción visual del Hijo del Hombre, cada detalle de sus vestiduras y de su persona tiene un significado simbólico preciso. La larga vestidura evoca la dignidad sacerdotal (Ex 28,4; Sb 18,24; Si 48,12); es la túnica de Jesús a la que da tanta importancia el cuarto evangelio, pues “era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo” (Jn 19,23). La cintura de oro significa el poder real (1M 10,89; Dn 10,5); los cabellos blancos simbolizan su eternidad; el fuego de sus ojos evoca el conocimiento perfecto (a veces también su cólera); y los pies de bronce nos sugieren su estabilidad y firmeza. Como cetro, Cristo tiene en su mano “siete estrellas”, que representan los ángeles custodios de las Iglesias o los obispos que las custodian y guían en su nombre. El Hijo del Hombre las tiene en su mano derecha, con lo que expresa que las tiene en su poder, pues la mano es el símbolo del poder. Y, finalmente, la espada afilada que sale de su boca (2,16; 19,15) es la Palabra de Dios (Hb 4,12; Ef 6,17), que no es un soplo de aire, sino una sentencia eficaz, que juzga y destruye el pecado del mundo (Is 11,4; 49,2).

La descripción se concluye mostrando el fulgor de la luz que irradia el rostro del “Señor de la gloria” (1Co 2,8). Es una luz deslumbrante como la luz del sol a mediodía. Juan, el Vidente, no la aguanta y cae rostro en tierra, como había caído junto con Pedro y Santiago el día de la transfiguración (Mt 17,2.6) y como se sienten ante la manifestación de Dios Isaías (Is 6,5) o Ezequiel (Ez 1,28). Isaías, al ser llamado como profeta, ve el templo y en el templo, sentado en un trono excelso y elevado, contempla al Señor (Is 6,1). Juan no ve el templo, sino al Señor en medio de la Iglesia reunida en asamblea.

Y una vez más Juan siente la mano y la voz del Señor que repite lo que tantas veces había dicho a sus discípulos: “¡No temas!”. Con esta imposición de manos Juan recibe la consagración profética (Hch 6,6; 13,3; 1T 4,14; 5,22; 2T 1,6). El Señor se presenta solemnemente a sí mismo y confía a Juan su misión. En su presentación, el Señor Jesucristo se atribuye a sí mismo las palabras pronunciadas por Dios (1,8). Él, como el Padre, es eterno, el primero y el último, es “el Viviente”. Ha participado de nuestra condición humana plenamente, hasta gustar la muerte, pero la ha vencido con su resurrección. Y como vencedor de la muerte “tiene las llaves de la muerte y del infierno”. Las llaves, símbolo de poder (Mt 16,19), están destinadas a abrir y cerrar la ciudad de los muertos.

En medio de la persecución los cristianos pueden perseverar en fidelidad a Él, pues la muerte ya no tiene poder sobre Él. A los que mueran por Él les arrancará del dominio de la muerte y les hará partícipes de la vida eterna. El misterio de la muerte y resurrección de Cristo llena las páginas del Apocalipsis. Es constantemente anunciado. Jesús ha conocido la muerte, pero ahora es “el Viviente”. Cristo mismo proclama su victoria para hacer partícipes de ella a sus discípulos.

Es lo que Juan, como profeta, debe escribir para que se proclame en las asambleas de los fieles (1,19). La misión de Juan es, pues, la de anunciar a Cristo glorioso, Señor de la historia, transmitir la revelación de vida y esperanza recibida, elevar ante los fieles de las siete Iglesias el cántico pascual de la esperanza.

Esta es igualmente la misión de todo cristiano en el mundo. La fe es la luz que nos permite ver a Cristo resucitado para anunciarlo a los hombres. El sacramento de la fe, el bautismo, es iluminación. El bautizado es *fotismos*: iluminado. En el bautismo recibe ojos nuevos para ver a Dios. Se le abre la puerta del cielo y contempla la gloria de Dios, que testimonia a los hombres con su vida y con su palabra.

**CARTAS A LAS SIETE IGLESIAS**: 2,1-3,22

Juan escribe un septenario de cartas a las siete Iglesias del Asia Menor. El número siete es un número simbólico, expresión de plenitud. El Apocalipsis es un libro escrito sobre este simbolismo: siete Iglesias, siete cartas, siete sellos, siete trompetas... Todo se desenvuelve de siete en siete, lo mismo que el cuarto Evangelio, construido sobre el esquema de siete semanas. La primera termina con las bodas de Caná. La penúltima comienza con la unción en Betania y termina con la muerte de Jesús. La última se inicia con la resurrección y termina con la segunda aparición a los apóstoles. Y con esta aparición terminan las semanas, pues Cristo resucitado nos introduce en el reposo de Dios, en el día eterno, que no tiene sucesión de día y noche. La nueva creación es recreación de la primera, cuando Dios creo todas las cosas en siete días.

Las cartas son verdaderas cartas, que reflejan los rasgos particulares de la situación histórica que vive cada una de las siete Iglesias. Juan nos traza el retrato de cada Iglesia, con sus esplendores y sus miserias. Pero, al mismo tiempo, su mensaje, expresado mediante símbolos, trasciende el tiempo y el lugar, siendo válido para toda la Iglesia y para todos los tiempos. Las “siete Iglesias” son la Iglesia universal que se hace Iglesia local en la asamblea que celebra la liturgia, donde se proclama la palabra de Dios y se eleva a Dios la acción de gracias.

**A LA IGLESIA DE ÉFESO**

La primera carta está dirigida a la Iglesia de Éfeso. Pablo es el fundador de esta comunidad (Hch 19). Después, por encargo del Apóstol, cuidó de ella Timoteo (1T 1,3). La tradición habla también de una estancia allí del apóstol Juan. Situada en la costa occidental de Asia Menor, Éfeso era, de las siete ciudades a las que escribe Juan, la más grande y la más cercana a la isla de Patmos. Sede del gobierno romano de la provincia, era religiosamente importante por el antiguo santuario a “Artemisa de Éfeso”, meta de peregrinaciones (Hch 19,23-40). Éfeso era también célebre por sus admirables edificios y teatros, con una calle adoquinada que conducía al puerto de la ciudad. Esta larga calle con sus bellas columnas, que se iluminaban al anochecer, era la atracción de cuantos llegaban a la ciudad.

El Señor se dirige a la Iglesia de Éfeso recordándola en primer lugar que El la lleva en su mano, es decir, que la tiene bajo su protección: “Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha y camina en medio de los siete candeleros” (2,1). Él, el Viviente (1,18), está presente en la Iglesia, que tiene como misión ser “luz del mundo” (Jn 8,12; 9,5; 12,46), resplandecer “en medio de las tinieblas” de esta tierra (Jn 1,5; 3,19). Las comunidades cristianas, que llevan la luz de Cristo sobre el candelero de sus obras, iluminan este mundo.

El Señor glorificado, presente en la comunidad, conoce las obras de los cristianos. De un modo particular se lo dice al jefe de la comunidad: “conozco tus obras” (2,2). El Señor se alegra viendo al obispo fiel en medio de la oposición interna y de las persecuciones externas: “Conozco tu conducta: tus fatigas y paciencia; y que no puedes soportar a los malvados y que pusiste a prueba a los que se llaman apóstoles sin serlo y descubriste su engaño. Tienes paciencia; y has sufrido por mi nombre sin desfallecer” (2,2-3).

Cristo conoce la fidelidad de la Iglesia de Éfeso. Ella ha resistido la prueba, ha sido vigilante, defendiéndose de los misioneros giróvagos que difundían doctrinas heréticas. Con su don de discernimiento de espíritus (1Jn 4,1-6) ha sabido descubrir a los “apóstoles” mentirosos (2Co 11,13-15; 1T 5,12-21), con lo que se ha librado de toda contaminación, manteniendo la plena rectitud de fe y vida cristiana.

En la Iglesia de Éfeso se han presentado algunos que se llaman a sí mismos apóstoles, enviados, sin serlo. Son portadores de ideas gnósticas, que niegan que el Verbo de Dios se haya encarnado realmente. Con estas ideas crean divisiones, ofendiendo la caridad, el amor fraterno de la comunidad. Ignacio de Antioquía también testimonia que la Iglesia de Éfeso estaba amenazada por la predicación errónea de ciertos apóstoles itinerantes. Pero, lo mismo que el Apocalipsis, afirma que no acogieron esta predicación: “Vosotros no les habéis dejado sembrar en medio de vosotros, tapándoos los oídos para no acoger lo que ellos esparcían”.[[2]](#footnote-2)

El mismo Pablo había invitado a los presbíteros de Éfeso a estar vigilantes: “Tened cuidado de vosotros mismos y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que Él se adquirió con la sangre de su propio Hijo. Yo sé que, después de mi partida, se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño; y también que de entre vosotros mismos se levantarán algunos que hablarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos detrás de ellos” (Hch 20,28-31; 1Tm 1,7).

Los efesios han cumplido esta palabra de su apóstol Pablo. Sin embargo hay algo que Cristo reprocha a la comunidad de Éfeso: “Ha abandonado el amor de sus comienzos” (2,4), no se ha mantenido en el fervor del principio. La vida de sus fieles no es, como en otro tiempo, expresión de su unión con Dios. En vez de buscar la gloria de Dios, ahora se buscan a sí mismos; la vanidad y la vanagloria se han mezclado en su actividad. Cristo, esposo de su Iglesia, se lamenta de esta traición al primer amor (Jr 2,2). En medio de su fidelidad, el estado actual relacionado con el anterior supone una caída, un enfriamiento. A Cristo no le agrada la tibieza.

Ante esta situación, Cristo llama a sus discípulos a conversión, a entrar dentro de su corazón, reconocer el pecado y reavivar el amor medio apagado: “Tengo contra ti que has perdido tu amor de antes. Date cuenta, pues, de dónde has caído, arrepiéntete y vuelve a tu conducta primera. Si no, iré donde ti y cambiaré de su lugar tu candelero, si no te arrepientes” ( 2,4-5). La Iglesia, mientras peregrina sobre la tierra, es siempre santa y, sin embargo, comunidad de pecadores, necesitada todos los días de conversión al Señor.

Éfeso es la Iglesia madre de las siete Iglesias a las que se dirige Juan. A esta Iglesia se dirige en primer lugar para recordarle el corazón del Evangelio: el *ágape*, el amor cristiano. Juan lo inculca con toda su fuerza en el Evangelio y en sus cartas. La aparición de falsos profetas y el enfriamiento del amor son dos manifestaciones de los últimos tiempos (Mt 24,11-12). Por eso, ante este enfriamiento del amor, el juicio del Señor es durísimo. El Señor amenaza con apagar una de las siete lámparas, símbolo de la Iglesia, pues una Iglesia donde no se da el amor no es Iglesia. El amor es la única realidad que constituye la Iglesia. Pero, apenas ha hecho este reproche, Cristo se vuelve a su Iglesia con una palabra de consolación y reconocimiento: “Tienes en cambio a tu favor que detestas el proceder de los nicolaítas, que yo también detesto” (2,6). Repite la alabanza a la Iglesia por su rechazo firme de los maestros del error, los nicolaítas. El Señor odia su comportamiento, su desenfreno moral, consecuencia de sus ideas erróneas.

Y lo que Cristo dice a la Iglesia de Éfeso vale para todo cristiano, para todo el que tenga oídos para oír. Sólo escuchando la Palabra de Dios, acogiéndola en el interior del corazón, dejando al Espíritu que la siembre y la haga germinar en la vida se puede vencer el combate con el mundo y recibir la corona de la vida eterna, gustar el fruto del árbol de la vida: “El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias: al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios (2,7).

En las siete cartas se promete al vencedor la misma corona: la vida eterna. Pero la vida eterna en cada carta, como en las bienaventuranzas (Mt 5,3-12), es descrita con imágenes diversas. En esta primera carta a la Iglesia de Éfeso se describe como una vuelta al paraíso, donde el hombre recobra la libertad de acceso al árbol de la vida, cuyos frutos dan la vida eterna (Gn 2,9; Ap 22,2). La Iglesia puede volver de nuevo al paraíso abierto por Cristo para sus fieles.

El árbol de la vida (Gn 3,22-24) ya no está prohibido, sino que Dios mismo ofrece sus frutos a los creyentes, invitándoles a participar de su misma vida, a entrar en comunión con Él. La tradición iconográfica de la Iglesia ha identificado el árbol de la vida con la cruz de Cristo, fuente de vida, de alegría y salvación. Con el árbol de la cruz el desierto de la historia florece como un nuevo jardín del Edén.

**A LA IGLESIA DE ESMIRNA**

Esmirna, la antigua capital de Lidia, con su gran puerto, era un importante centro comercial. En la antigüedad era llamada “corona de Asia” por la belleza de sus edificios y monumentos. En Esmirna había una numerosa colonia judía. En la historia del cristianismo primitivo, la Iglesia de Esmirna es conocida sobre todo por la figura venerable del discípulo del apóstol Juan, San Policarpo, que muere mártir en 156 por rechazar el culto al emperador, introducido en Esmirna con la erección de un templo dedicado al emperador Tiberio.

En la carta a la Iglesia de Esmirna, Cristo se presenta con los títulos que le proclaman eterno y victorioso de la muerte: “el Primero y el Último, que estaba muerto y ha vuelto a la vida” (2,8). Con estos títulos Cristo, rey de la eternidad, superior a todas las potencias de la tierra, incluida la muerte, busca infundir confianza y dar ánimos a los cristianos ante la persecución, que les amenaza por su rechazo del culto al emperador.

El Señor conoce la tribulación, la pobreza y la calumnia de la comunidad de Esmirna, que vive despreciada y rechazada. La pobreza económica, en una ciudad comercial y rica, hace que la sociedad que circunda a los cristianos se mofe de ellos. Sobre todo son los judíos quienes más ultrajan y calumnian a los cristianos. Los judíos, con su rechazo y lucha contra “el Mesías de Dios” (Lc 9,20), han pasado de ser la asamblea de los hijos de Israel, “la comunidad de Yahveh” (Nm 16,3; 20,4), a ser una “sinagoga de Satanás” (2,9; Jn 8,44). La “sinagoga de Satanás” puede referirse también a cristianos judaizantes, que con sus doctrinas hacen vana (Ga 1,7; 2,21) la muerte y resurrección de Cristo, “que estaba muerto y ha vuelto a la vida” (2,8).

Sin embargo, si a los ojos de los hombres los cristianos viven sumidos en la pobreza, a los ojos de Dios son los únicos ricos, pues poseen un tesoro que nadie les puede arrebatar (Mt 6,19-21). Les podrán privar de todo, incluso pueden amenazarles con la muerte, pero nada ni nadie podrá privarles de la vida eterna. La cruz, en el designio de Dios, es el crisol donde se purifica la fe con el fuego de la fidelidad. En estos cristianos de Esmirna se cumple la palabra de Pablo: “como quienes nada tienen, aunque lo poseen todo” (2Co 6,10).

Ciertamente “el diablo arrojará a algunos de ellos en la cárcel” (2,10). El Señor no les engaña con halagos falsos. Pero la persecución y la prisión no tienen por qué angustiarles. En la misma prueba podrán dar testimonio de su fe. Y la tribulación será siempre pasajera, “de diez días” (2,10). Es el breve tiempo de que disponen los perseguidores, de quienes se sirve el diablo en su lucha contra Cristo y sus discípulos. Sufrimientos, pruebas y persecuciones no pueden debilitar la fidelidad al Señor. “Los diez días” indican un periodo limitado y medido. Después volverá a brillar el sol y recibirán la corona gloriosa del triunfo pascual, pues como afirma Pablo “es a través de muchas tribulaciones como se entra en el reino de Dios” (Hch 14,22).

Aquí aparece la primera mención del diablo (2,10; 20,2) como perseguidor de los cristianos. Su presencia es continua en el Apocalipsis con los nombres de dragón (12,3), símbolo de Satanás, acusador, adversario de Cristo, serpiente antigua (12,9)... La presentación de Satanás como enemigo de los cristianos está en sintonía con cuanto dice el libro de la Sabiduría, que atribuye a “su envidia” la entrada de la muerte en el mundo (Sb 2,24). Satanás como acusador lo encontramos repetidamente en el libro de Job (Jb 1,7.9.11) y en el libro de Zacarías, acusando al sacerdote Josué (Za 3,12). Acusador le declara abiertamente el Apocalipsis (12,10).

En el combate con el diablo, como en una competición, el fiel tiene asegurada la corona, el premio de la victoria (Lc 24,26; Rm 8,17). Le basta no retirarse de la lucha, mantenerse constante en unión con Cristo, el vencedor de la muerte. Cristo, presente en el estadio, contempla a sus fieles y les anima: “Mantente fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida” (2,10). Santiago se sirve de la misma metáfora: “¡Feliz el hombre que soporta la prueba! Porque, superada la prueba, recibirá la corona de la vida que ha prometido el Señor a los que le aman” (St 1,12). Se trata de “la corona incorruptible de la gloria” (1P 5,4) o “la corona de justicia” (2Tm 4,8). Quienes resisten al maligno hasta el final se verán libres de “la muerte segunda” (2,10; 20,6.14; 21,8), es decir, de la condenación eterna, lejos de la vida divina (Mt 10,28).

Lo que hay que temer no es la muerte o la persecución, sino la “segunda muerte”, de la que no se resucita y priva de la comunión con Dios. El cristiano ha vivido ya la primera muerte en el bautismo. Desde aquel momento vive una vida nueva, que crece en él en la medida que se une a Cristo. La muerte física es pura “escena”, apariencia. Sólo los paganos se angustian ante la muerte, pues les falta la esperanza (1T 4,13ss). Cuando un cristiano muere, se hace fiesta porque, habiendo ya muerto en el bautismo, la muerte física no es más que la manifestación de lo acontecido en aquel momento. ¿Por qué temer la muerte y el martirio (2Co 5,6ss; Flp 1,21ss)? Si hemos muerto con Cristo en el bautismo, también resucitaremos con Él (Rm 6,4ss; 8,11).

Algunos años después de recibir esta carta, en 155, la Iglesia de Esmirna vive el martirio de su obispo Policarpo, discípulo del apóstol Juan, y lo celebra como “el día natalicio”, como el día de su nacimiento a la vida de Dios.[[3]](#footnote-3)Quien es fiel hasta la muerte recibe la corona de la vida, símbolo de la salvación eterna.

**A LA IGLESIA DE PÉRGAMO**

Pérgamo, cuando Juan le escribe esta carta, conserva aún algunos recuerdos de la magnificencia de su pasado. Entre otras cosas tiene una Biblioteca estatal con doscientos mil rollos (según Plinio). Los pergaminos (piel de oveja que sustituye a los papiros egipcios) deben su nombre a esta ciudad. La ciudad está dominada por una espléndida acrópolis con templos y palacios. Ya en el año 29 antes de Cristo tenía un templo dedicado a Augusto, emperador de Roma. Es el primer edificio dedicado al culto imperial en Asia Menor. Pero más importante es aún el gran santuario dedicado a Asclepios, dios de la salud, meta famosa de peregrinaciones. Probablemente Juan se refiere a uno de estos espléndidos edificios con la expresión “trono de Satanás”, aunque también puede hacer alusión a la atmósfera religiosa de la ciudad. El paganismo religioso era una tentación constante para los cristianos.

El Señor se presenta como “quien tiene la espada de doble filo”. El no admite el sincretismo entre fe cristiana y religiosidad pagana. En el ambiente en que les toca vivir, los cristianos están llamados a vivir con claridad y firmeza su fe en Cristo, único Señor y Salvador. El “sabe dónde viven”, conoce la ciudad con “el trono de Satanás” (2,13). Por ello les alienta a la fidelidad en la confesión de la fe y en el testimonio de la vida. Entre Cristo y Satanás no hay nada en común (2Co 6,14), no caben alianzas ni compromisos con los ídolos y las falsas vías de salvación. A pesar de este ambiente con todos sus peligros, el Señor encuentra en la comunidad de Pérgamo cristianos fieles, que han sabido mantener incontaminada la fe, dispuestos a todo, como Antipas, que ha dado su vida por Cristo. La fidelidad de su fe es la gloria de la Iglesia de Pérgamo, que el Señor alaba.

El Apocalipsis desea mantener viva la memoria de nuestros mártires. Son nuestros hermanos que han derramado su sangre por nuestra fe (2,13; 6,9-11; 7,9-17; 13,15; 16,5-6; 17,6; 18,24; 20,4). Han sido martirizados como el Cordero degollado y han vencido gracias a su sangre (12,11). Si olvidamos a nuestros mártires nos quedamos sin las raíces de nuestra fe y nos condenamos a vivir sin la tradición vivificante del cristianismo. El primer mártir fue Cristo y, siguiendo sus huellas, le acompaña la multitud de discípulos que han confirmado con su sangre el testimonio de Jesús (12,17). El Apocalipsis es el único libro del Nuevo Testamento que llama a Cristo “El Mártir, el Testigo” (1,5; 3,14)

Sin embargo en la comunidad de Pérgamo no todos se han mantenido fieles como Antipas. Algunos se han dejado contagiar por la vida y costumbres de los paganos, siguiendo “la doctrina de Balaán” (2,14). Su proceder es comparado con la tentación vivida por Israel, seducido por la idolatría y la impureza: “Pero tengo alguna cosa contra ti: mantienes ahí algunos que sostienen la doctrina de Balaán, que enseñaba a Balaq a poner tropiezos a los hijos de Israel para que comieran carnes inmoladas a los ídolos y fornicaran” (2,14). El camino de Balaán seduce siempre a las almas débiles y les aparta del camino recto (2P 2,14-15). Al pasar Israel por Peor en su camino hacia la tierra prometida, Balaán aconsejó a las mujeres de Madián y de Moab que sedujeran a los israelitas, llevándoles a prevaricar contra Yahveh (Nm 31,15-16; 22-24; 25,1-3; Jd 11). Era la estratagema segura para vencer a Israel. Seducidos por las mujeres, los israelitas son arrastrados a la idolatría, perdiendo de este modo la protección de Yahveh.

Esta minoría de cristianos profesa también las mismas ideas de los nicolaítas de Éfeso (2,6), creyendo que se puede hacer alguna concesión al espíritu del tiempo y del lugar, aunque esté en contradicción con la fe cristiana (1Co 6,16-20; 10,14-22). La palabra de Dios es una espada de doble filo que separa la fe cristiana de toda idolatría. A estos cristianos de Pérgamo, desviados del recto camino, Cristo les llama a conversión: “Arrepiéntete, pues; si no, iré pronto donde ti y lucharé contra ésos con la espada de mi boca” (2,16).

Al vencedor se le ofrece la vida eterna, aquí presentada con dos metáforas: el maná y la piedra blanca con el nombre nuevo: “El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias: al vencedor le daré maná escondido; y le daré también una piedrecita blanca, y, grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe” (2,17).

El maná nutre a Israel en su camino por el desierto (Ex 16), conduciéndolo hasta la salvación en la tierra prometida. La Iglesia de Pérgamo, que sufre la misma tentación de Israel, recibe la promesa del maná si vence la tentación de la idolatría. Al llamarlo “maná escondido”, el Apocalipsis quizás recoge la tradición rabínica que comenta 2M 2,1-11 diciendo que Jeremías, antes de la destrucción del templo, escondió el arca de la alianza, en la que se conservaban las tablas de la Ley, la vara de Aarón y el maná. En esta tradición se afirmaba que el maná escondido sería el alimento reservado para los elegidos en el reino de los cielos. Rabbi Eleazar ben Chisma dice: “No en este mundo encontraréis el maná, sino en el mundo futuro”.[[4]](#footnote-4)

El alimento del cielo permanecerá escondido hasta los últimos tiempos. Será el alimento ofrecido a los vencedores en la cena nupcial de Cristo con la Iglesia, en el vida eterna (Lc 14,15-24; Mt 22,1-14). El maná, como alimento de los cristianos, puede referirse también a la Eucaristía, según la imagen usada por el mismo Cristo en su discurso sobre el pan de vida en la sinagoga de Cafarnaúm (Jn 6,31.49). Frente a la carne inmolada a los ídolos, que ofrecen los nicolaítas, Cristo ofrece el maná escondido que es su propia carne.

La piedra blanca puede referirse a la práctica judicial antigua, cuando el juez anunciaba la sentencia absolutoria entregando una piedra blanca. Con esta metáfora se anuncia la salvación a los cristianos, fieles en el combate de la fe. Y con la piedra blanca cada cristiano recibe su nombre nuevo, el nombre para toda la eternidad, el nombre que responde a su ser. Es el nombre singular dado por Dios a cada uno de sus hijos. Sólo Dios nos conoce realmente (1Co 13,12). Como el sumo Sacerdote en el Antiguo Testamento llevaba sobre su turbante una lámina de oro en la que estaba grabado: “Consagrado a Yahveh” (Ex 28,36-38), así el cristiano, consagrado a Cristo, lleva gravado sobre la frente el nombre de Cristo, como señal de pertenencia plena a Cristo, de cuya vida participa eternamente.

En el cara a cara con Dios conoceremos nuestro nombre verdadero, el nombre con el que Dios nos conoce, el nombre que responde a nuestro ser. Una piedra blanca nos mostrará nuestra auténtica identidad, la que Dios, en su designio eterno, ha pensado para cada uno de nosotros. Con el nombre nuevo se nos revelará el ser nuevo, creado y recreado por Dios mismo. Es el anuncio esperanzador del profeta Isaías: “A mis siervos les será dado un nombre nuevo” (Is 65,15). Dirigido a Jerusalén suena así: “Te llamarán con un nombre nuevo que la boca de Yahveh declarará. Serás corona espléndida en la palma de tu Dios” (Is 62,2-3).

**A LA IGLESIA DE TIATIRA**

Tiatira era una pequeña ciudad asentada en el valle que baña el río Licos. Vivía del comercio y de la industria textil. La tintorería era una rama fundamental de su industria. Por los Hechos de los Apóstoles conocemos a Lidia, originaria de Tiatira, la primera cristiana de Europa, que se dedicaba al comercio de púrpura (Hch 16,14-15).

Jesús se presenta a la comunidad con su título de “Hijo de Dios”. En el evangelio de Juan este título es frecuente; en el Apocalipsis sólo aparece en este lugar. Al título de Hijo de Dios se añaden otros dos tomados de la visión del comienzo (1,14s). Con ellos se expresa la fúlgida majestad, la omnisciencia y la plenitud de poder del Señor: “el de ojos como llama de fuego y el de pies de bronce incandescente” (2,18). El Señor escruta el corazón, ve en lo íntimo del alma.

El comienzo contiene un breve, pero magnífico elogio de la comunidad: “conozco tus obras, tu amor y tu fe, tu servicio y paciencia, y que tus últimas obras son mayores que las primeras” (2,19). La fe y la caridad no se han enfriado con el pasar del tiempo ni con las persecuciones, sino que han crecido. La fe creciente se manifiesta en el amor y servicio recíproco.

Sin embargo a esta alabanza sigue una grave acusación al jefe de la Iglesia: su indulgencia con quienes introducen, -como en la comunidad de Éfeso (2,6) y en la de Pérgamo (2,14s)-, ciertas ideas erróneas y ciertas prácticas de perversión. Juan previene a esta Iglesia de un peligro grave: el de la mundanización. En el evangelio ya había escrito que los cristianos están en el mundo “pero no son del mundo” (Jn 17,14.16). Los gnósticos libertinos son siempre una tentación para los cristianos.

Al frente de estas personas, que tratan de pervertir la fe y la vida de la Iglesia de Tiatira, está una mujer, que pretende poseer el carisma de la profecía (Hch 13,1; 21,9; 1Co 12,28; Ef 2,20; 4,11). Esta mujer es designada con el nombre de Jezabel, porque su influjo perverso en la comunidad de Tiatira es semejante al de Jezabel, la princesa fenicia, que el rey Ajab tomó como mujer y que introdujo en Israel los cultos idolátricos de su patria (1R 16,29-34). Contra Jezabel se alzó el profeta Elías en su lucha por salvaguardar la fe de Israel de la idolatría (2R 9,22.30-37). Elías, como único profeta de Yahveh, se enfrentó a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, que asistían a Jezabel (1R 18,16-40).

Con su doctrina, aparentemente inspirada por el Espíritu Santo, esta mujer está pervirtiendo a los fieles de Tiatira. El Señor le ha dado tiempo de conversión, pero ella interpreta la indulgencia del Señor como aprobación de sus obras. El Señor, que ama a su Iglesia, decide intervenir postrando en la cama con una enfermedad mortal a la mujer y a sus hijos, es decir, a sus seguidores. En cambio, corregirá aún con benignidad a los que no siguen sus doctrinas, aunque sean indulgentes con la mujer y sus seguidores: “Le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. Mira, a ella le arrojaré al lecho del dolor, y a los que adulteran con ella, a una gran tribulación, si no se arrepienten de sus obras” (2,21-22). La suerte de la comunidad de Tiatira será una palabra de Dios para todas las Iglesias: “Y a sus hijos, los voy a herir de muerte: así sabrán todas las Iglesias que yo soy el que sondea los riñones y los corazones, y yo os daré a cada uno según vuestras obras” ( 2,23).

El Señor se vuelve de nuevo a cuantos se han mantenido fieles, sin contaminarse con las perversiones de Jezabel: “Pero a vosotros, a los demás de Tiatira, que no compartís esa doctrina, que no conocéis las profundidades de Satanás, como ellos dicen, os digo: No os impongo ninguna otra carga; sólo que mantengáis firmemente hasta mi vuelta lo que ya tenéis” (2,24-25). El Señor les exhorta a mantenerse fieles como hasta ahora, en la espera de su venida, que no les defraudará. El Señor, que condena el laxismo de quienes siguen a Jezabel, condena también el rigorismo de quienes quieren echarles pesos superiores a sus fuerzas. Tampoco estos son enviados del Señor. Lo esencial es lo que el apóstol les ha transmitido (2Tm 3,14ss)

Al vencedor, que se mantiene fiel hasta el fin, el Señor le ofrece participar de su poder en el dominio sobre los pueblos paganos y, al final, como corona “la estrella de la mañana” (2,28). Cristo es el lucero del alba (22,16). El vencedor no sólo participará del poder de Cristo, sino también de su luz radiante, de la magnificencia de su gloria. Cristo es la estrella de la mañana, el fiel recibe su luz. Lo que Cristo es, nosotros lo recibimos como gracia, como don.

Pedro exhorta a los cristianos a permanecer fieles a la palabra de los profetas hasta que despunte el lucero de la mañana, es decir, hasta el retorno de Cristo (2P 1,19). “Yo daré la estrella de la mañana” significa que Cristo se da a sí mismo a sus discípulos. Es lo mismo que ofrece al decir: “El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo” (Jn 6,51).

**A LA IGLESIA DE SARDES**

En Sardes estaba la antigua residencia real de los Lidos. El último rey que habitó en Sardes fue Creso, famoso por sus riquezas. Pero de su antigua riqueza no quedaba nada más que el recuerdo de su pasado glorioso. Sus habitantes, como los de Tiatira, vivían principalmente de la industria de la lana.

La decadencia histórica de la ciudad es casi un símbolo de la situación a la que se ha reducido la comunidad cristiana de Sardes. La comunidad ha perdido su espíritu. En su mayoría está muerta o a punto de morir. Por ello, Cristo se presenta como el Señor y guardián de los siete ángeles o jefes de las comunidades (1,16) y como “Espíritu vivificante” (1Co 15,45), que posee la plenitud del Espíritu de Dios, del que vive la Iglesia (Jn 1,16; Col 2,9): “Al ángel de la Iglesia de Sardes escribe: Esto dice el que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas. Conozco tu conducta; tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto” (3,1).

El Señor abre su requisitoria contra la Iglesia de Sardes con una acusación sumamente grave, sin que la preceda, como en las otras cartas, una palabra de alabanza. El Señor desea despertar a la comunidad de la somnolencia de muerte en que vive[[5]](#footnote-5). No se da cuenta de su situación, se cree viva, cuando en realidad está muerta. Su cristianismo es sólo un nombre al que no responde ninguna realidad, pues sólo unos pocos viven la fe en Cristo. Los signos de vida en la comunidad son insignificantes, a punto de extinguirse, si no son reavivados inmediatamente: “Ponte en vela, reanima lo que te queda y está a punto de morir. Pues no he encontrado tus obras llenas a los ojos de mi Dios” (3,2).

La palabra de Cristo resuena con toda su fuerza, invitando a la comunidad a despertar del sueño de muerte, a salir de esa simple apariencia de fe cristiana priva de vida, de ese comportamiento cristiano puramente exterior, sin que responda a una vivencia interior: “Acuérdate, por tanto, de cómo recibiste y oíste mi Palabra: guárdala y arrepiéntete. Porque, si no estás en vela, vendré como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti” (3,3).

La llamada a conversión es una invitación a avivar la memoria, a recordar el momento en que resonó en Sardes el Evangelio de Jesucristo y comenzaron a dar sus primeros pasos por el camino de la fe. Hacer presentes los memoriales de la actuación de Dios en su vida es acoger de nuevo su fuerza para levantarse y caminar en el seguimiento de Cristo. Si esta llamada a conversión no rompe la sordera y no penetra hasta el fondo del corazón, el Señor se presentará como un ladrón en medio de la noche a juzgarles. Juan recoge la exhortación constante de Cristo a sus discípulos, invitándoles a la vigilancia en espera de su retorno (Mc 13,33-37; Mt 24,42-44; 25,13; Lc 12,35-40).

Juan en su primera carta dice que hay algunos, que se dicen cristianos, participan en las celebraciones, pero nunca han sido “de los nuestros”: “Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Pues si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Así se ha puesto de manifiesto que no todos son de los nuestros” (1Jn 2,19). La vida de una comunidad puede no ser más que pura apariencia, como una estrella apagada, como sal desvirtuada, “que teniendo la apariencia de piedad, reniegan de su fuerza interior” (2Tm 3,5). Vale para ellos la afirmación de Santiago: “La fe si no tiene obras está muerta” (St 2,17).

Sin embargo en Sardes hay algunos, aunque sean pocos, que se han mantenido fieles. Entre tantos muertos, quedan algunos vivos, que no han manchado la vestidura blanca de su bautismo: “Tienes no obstante en Sardes unos pocos que no han manchado sus vestidos. Ellos andarán conmigo vestidos de blanco; porque lo merecen” (3,4). A estos les dirige una palabra de esperanza, expresada a través del símbolo de las vestiduras blancas, signo de gloria divina, de luz eterna, de vida inmortal y de elección para participar en el reino de Dios: “El vencedor será así revestido de blancas vestiduras y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que me declararé por él delante de mi Padre y de sus Angeles (3,5).

La primera imagen de las vestiduras cándidas hace alusión a la industria de la lana, famosa en Sardes. El blanco refulgente, que se repite en el Apocalipsis, es el símbolo de la gloria de Cristo en el cielo y de quienes se sientan con Él a la derecha del Padre.

La segunda imagen del “Libro de la vida”, presente ya en el Antiguo Testamento (Sal 69,29) y en otros textos del Nuevo (Lc 10,20; Flp 4,3; Hb 12,23), aparece repetida en el Apocalipsis (13,8; 17,8; 20,12; 21,27). Dios no olvida a sus hijos, les tiene anotados en el libro de la vida (Sal 69,29; Ex 32,32-33; Is 4,3).

Y la tercera imagen repite la promesa de Jesús en el evangelio: “Él les reconocerá ante el Padre y ante sus ángeles” (Mt 10,32; Lc 12,8). En el día del juicio Cristo les presentará al Padre como sus testigos fieles (3,6).

Las tinieblas, que envuelven a la Iglesia de Sardes, se disipan gracias al esplendor de las vestiduras blancas de quienes han permanecido fieles. Estos escoltan a Cristo, con quien caminan hacia la gloria, seguros de que “en aquel tiempo se salvarán quienes de tu pueblo estén inscritos en el libro de la vida” (Dn 12,1). Además estos pocos fieles al Señor pueden ser levadura que hace fermentar toda la masa y despertar a sus hermanos de la muerte.

Las vestiduras blancas, de las que tantas veces habla el Apocalipsis, hacen referencia al Paraíso. Cristo promete a los fieles el retorno al Paraíso, a la inocencia original, de donde el hombre fue arrojado por el pecado. El pecado despojó al hombre de la gloria de Dios que le envolvía. El hombre se vio desnudo, obligado a cubrirse con las hojas de la higuera. El hombre, después del pecado, está desnudo; vive en el miedo y la vergüenza. Necesita que Dios le vista el traje de la gracia, el vestido blanco que Cristo promete al vencedor. El blanco es la luz, la gloria de Dios que envuelve al cristiano. El hombre camina en el desierto de este mundo hacia el Paraíso, en el que sólo se entra con la vestidura blanca, que Cristo ofrece a quienes creen en Él y le siguen. Si alguien entra sin el vestido de bodas será arrojado fuera (Mt 22,11-13).

**A LA IGLESIA DE FILADELFIA**

Filadelfia, destruida por un terremoto unos ochenta años antes de recibir esta carta, quedó desde entonces reducida a una pequeña e insignificante ciudad de Lidia. La comunidad cristiana no era numerosa, pero era grande por su espíritu. El Señor hace de la Iglesia de Filadelfia, como de la comunidad de Esmirna, una alabanza ilimitada. Igual que en Esmirna, también aquí la persecución les viene a los cristianos de la comunidad judía. La carta busca darles confianza y reforzar la fidelidad al Señor y a su palabra.

Cristo se presenta con los títulos de “santo y veraz”, títulos con los que aclaman a Dios los mártires en la quinta visión de los sellos (6,10). Con estos dos títulos Jesús se presenta como Dios. Un tercer título, -“el que tiene la llave de David, que abre y ninguno puede cerrar, cierra y ninguno puede abrir” (3,7)-, le muestra como Mesías. La expresión está tomada de Isaías (Is 22,22), que anunciaba a Eliaquín su elección como mayordomo de palacio; esta elección se interpretaba en sentido mesiánico, pues la casa de David es símbolo del reino del Mesías. Jesús es el único que decide quien será acogido en el reino de Dios y quien será excluido de él. Cristo, que posee la llave del reino de los cielos, es el mediador entre Dios y los hombres. Y Cristo encomienda a Pedro esta función en la Iglesia (Mt 16,19).

La imagen de la puerta recibe un nuevo significado aplicado a la Iglesia. La pequeña comunidad de Filadelfia, que se ha mantenido firme en el testimonio de la fe, no se ha cerrado en sí misma, sino que se ha abierto a la misión. El Señor, que conoce sus obras, le promete que su acción misionera dará fruto. La comunidad crecerá, incorporándose a ella precisamente algunos de los judíos que la han perseguido (1Co 16,9; 2Co 2,12; Col 4,3). Cristo les convencerá de que los cristianos son ahora “el verdadero Israel de Dios”: “Conozco tu conducta: mira que he abierto ante ti una puerta que nadie puede cerrar, porque, aunque tienes poco poder, has guardado mi Palabra y no has renegado de mi nombre. Mira que te voy a entregar algunos de la Sinagoga de Satanás, de los que se proclaman judíos y no lo son, sino que mienten; yo haré que vayan a postrarse ante tus pies, para que sepan que yo te he amado” (3,8-9).

La comunidad de Filadelfia se ha mantenido firme en la fe, porque, sintiéndose sin poder, impotente, ha puesto su confianza en el Señor. Ha hecho la misma experiencia de Pablo: “Cuando soy débil es cuando soy fuerte” (2Co 12,10). En su debilidad se esconde una gran fuerza, que se muestra en la perseverancia en guardar la palabra y en el testimonio de fe ante los demás, que de perseguidores se vuelven seguidores. Poco tiempo después, al escribir a esta Iglesia, Ignacio de Antioquía les dice al respecto: “Los que arrepentidos vuelven a la unidad de la Iglesia también son de Dios, porque viven según Jesucristo”.

Y como ha abierto la puerta de la comunidad para que entren en ella los judíos, el Señor la cerrará para que la persecución, ya inminente, no suponga para ellos ninguna defección. El Señor les protegerá y abreviará el tiempo de la prueba: “Ya que has guardado mi recomendación de ser paciente, también yo te guardaré de la hora de la prueba que va a venir sobre el mundo entero para probar a los habitantes de la tierra. Vengo pronto; mantén con firmeza lo que tienes, para que nadie te arrebate tu corona” (3,10-11).

La Iglesia, que vive en el mundo, participa de la prueba que toca al mundo entero, pero la vive bajo la protección del Señor. Es lo que Cristo pide al Padre en la gran plegaria que Juan recoge en su evangelio: “No te pido, Padre, que les saques del mundo, sino que les libres del maligno” (Jn 17,15). Al vencedor de la prueba el Señor le premiará con la corona de la gloria (2Tm 4,8). La gloria de la vida eterna, en esta carta es presentada bajo una nueva imagen: “el vencedor será puesto como columna del templo de Dios”. En la Iglesia de Jerusalén Santiago, Cefas y Juan eran considerados como columnas (Ga 2,9). Tres nombres se esculpirán en la columna: “Al vencedor le pondré de columna en el Santuario de mi Dios, y no saldrá fuera ya más; y grabaré en él el nombre de mi Dios, y el nombre de la Ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, que baja del cielo enviada por mi Dios, y mi nombre nuevo” (3,12).

En el lenguaje bíblico imponer el nombre a una persona es indicar la señoría, la pertenencia. Los fieles, que reciben el nombre de Dios, le pertenecen, están bajo su sello, bajo su protección, son para Dios un bien precioso. Decía ya el Antiguo Testamento: “Yo les daré dentro de mi casa y dentro de mis murallas un puesto y un nombre más grande del reservado a mis hijos e hijas, les daré un nombre eterno que jamás será borrado” (Is 56,5).

**A LA IGLESIA DE LAODICEA**

Laodicea es una ciudad levantada sobre el margen del río Licos, en la ruta del comercio con el Oriente. Desde su fundación, unos cuatrocientos años antes de recibir esta carta, se desarrolló en ella la industria de la lana y del lino con un comercio floreciente. Según Cicerón su actividad bancaria era famosa, conocida hasta en Roma. Tenía además una escuela superior médico farmacéutica. El terremoto del año 60 después de Cristo destruyó la ciudad, pero se reconstruyó con sus propios medios, sin necesidad de ayudas estatales. Con razón se cree rica, como leemos en esta carta. La Iglesia la fundó Epafras durante el ministerio de Pablo en Éfeso (Col 1,7; 4,12-13).

El Señor se presenta con la partícula hebraica afirmativa personificada: Amén (Is 65,16), que inmediatamente nos traduce como “el testigo fiel y veraz” (3,14), porque su palabra es firme. Cristo es el amén de Dios, muestra en su persona la fidelidad de Dios a sus promesas: “Cristo Jesús no fue sí y no; en Él no hubo más que sí. Pues todas las promesas hechas por Dios han tenido su sí en Él; y por eso decimos por Él Amén a la gloria de Dios” (2Co 1,18-20). En la liturgia Cristo es el sí de Dios a la Iglesia y el sí de la Iglesia a Dios.

Cristo es lo contrario de la vida de la Iglesia de Laodicea, que no es ni sí ni no, pues pretende agradar a Dios y al mundo. La comunidad cristiana, contaminada del ambiente de prosperidad de la ciudad, vive en la tibieza. La civilización del bienestar no combate a Dios, lo ignora. Bien y mal se confunden. El indiferentismo es la nota dominante de la vida. Se pierde hasta el sentido del pecado. La conciencia se adormece y acepta el mal, sin darse cuenta de que es mal. Es el estado de la Iglesia de Laodicea.

La comunidad de Laodicea no recibe ni una palabra de alabanza. Ya había creado preocupaciones al apóstol Pablo (Col 2,1), que le había escrito una carta (Col 4,16). Y ahora, unas décadas después, el juicio de Cristo es completamente negativo. La tibieza, en que viven los cristianos de Laodicea, cojeando con los dos pies (1S 18,21), ni contra Dios ni contra el mundo (Mt 6,24; 12,30), es algo que a Cristo le repugna más que el paganismo total. La verdad y fidelidad son las dos notas con que se presenta Cristo y son las características de sus seguidores. Algo que falta por completo a la Iglesia de Laodicea: “Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente!” (3,15).

Los cristianos de Laodicea son ricos de bienes terrenos. Son aceptados en la vida social y comercial de la ciudad. Se sienten integrados en el mundo. En realidad son del mundo. Sus obras no testimonian su fe en Cristo ni meten en crisis la vida de quienes les rodean. No son luz ni sal del mundo, o peor, son sal desvirtuada, que no sala a nadie (Mt 5,13ss). La Palabra de Cristo dirigida a esta comunidad es la palabra más dura de todas las siete cartas. Con una imagen vehemente aparece la náusea que aflora en la boca de Cristo que no tolera la ambigüedad, la banalidad y el vacío interior. La Iglesia de Laodicea recibe la amenaza de ser vomitada, arrojada lejos a las tinieblas: “Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca. Tú dices: Soy rico; me he enriquecido; nada me falta. Y no te das cuenta de que eres un desgraciado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo” (3,16-17).

La situación de la Iglesia de Laodicea es exactamente lo opuesto a la de Esmirna, a la que el Señor dice: “Conozco tu pobreza, pero eres rica” (2,9). Laodicea se cree rica, pero es pobre y miserable, pobre de Dios, enferma de ceguera. Esta Iglesia, como la ciudad donde vive, se siente autosuficiente y, por tanto, se apoya en sus propias fuerzas. Es lo contrario de la Iglesia de Filadelfia, que “al tener poco poder” (3,8), era fuerte en el Señor.

Cristo dice a la Iglesia de Laodicea, nos dice a nosotros: ¡Ojala fueras frío o caliente! Quien es frío, el pecador, puede tomar conciencia de su pecado y convertirse. Quien no es ni frío ni caliente, quien duerme espiritualmente, permanece en su pecado, no puede convertirse. Cristo, fuego ardiente, abrasado de amor, al tibio lo vomita de su boca.

Pero tampoco es ésta la última palabra. A esta Iglesia “pobre, ciega y desnuda” (3,17), Cristo mismo se ofrece como su ayuda. A Él le pueden comprar lo que necesitan para salir de su estado miserable. Ellos, tan buenos comerciantes, necesitan ahora adquirir el oro verdadero, purificado en el fuego, que es el único que conserva su valor incluso en el cielo (Mt 6,20). Para ello necesitan antes salir de la ceguera en que viven, comprar el colirio para ungirse los ojos del espíritu, ver su desnudez y revestirse de Jesucristo, de la vestidura de la gracia bautismal, la túnica blanca con la que podrán seguir al Cordero: “Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te enriquezcas, vestidos blancos para que te cubras, y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez, y un colirio para que te des en los ojos y recobres la vista” (3,18).

Las tres imágenes, con las que Cristo se ofrece como ayuda de esta Iglesia, están relacionadas con los elementos del lugar que les han tentado: la banca, la industria textil y la escuela médico farmacéutica, sobre todo oftalmológica. La palabra de Cristo es como un rayo incandescente que perfora las defensas externas y descubre la miseria interior escondida, la ceguera y la desnudez. Resuenan las palabras de Jesús a los fariseos, que recoge el cuarto evangelio: “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís: vemos, vuestro pecado permanece” (Jn 9,41). El “engaño de la riqueza” (Mt 13,22) ha llevado a la Iglesia de Laodicea al orgullo y a la autosuficiencia, creyendo que “no necesitan nada”. Las riquezas les han cegado y han perdido el discernimiento, pues según Cristo necesitan comprarle todo.

Si la llamada a conversión es fuerte, al final la Iglesia de Laodicea recibe unas palabras llenas de ternura y amor. El Señor se sitúa detrás de la puerta cerrada de sus corazones y llama, les ruega que le abran porque desea entrar y cenar con ellos. Es siempre el Señor, que no busca a los justos, sino que come con los publicanos y pecadores: “Yo a los que amo, los reprendo y corrijo. Sé, pues, ferviente y arrepiéntete. Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (3,19-20). Dios se presenta como un Padre que corrige a su hijo, a quien ama. Es la revelación de Dios que nos ha hecho su Hijo amado y que ya se había manifestado en los escritos sapienciales: “El Señor corrige a quien ama, como un padre a su hijo querido” (Pr 3,12).

Esta llamada de Cristo evoca el Cantar de los cantares, cuando la amada escucha la voz del Amado que está a la puerta y llama (Ct 5,2-6). Y evoca tantos textos del Evangelio, en los que contemplamos a Cristo invitándose a comer en casa de Mateo (Mt 9,9-13) o de Zaqueo (Lc 19,1-10). Cristo pasa por los caminos del mundo, donde nosotros estamos cerrados en el interior de nuestras casas, en el estrecho círculo de nuestros intereses. Si Él no llamase a la puerta de nuestra vida, ésta transcurriría en la soledad y el vacío. Si nosotros nos volvemos sordos a su llamada y no le abrimos Él pasa, sin forzar la puerta. Gracia y libertad, Dios y el hombre se encuentran y de ese encuentro puede brotar la comunión, el abrazo, la intimidad de vida, de la que es símbolo la cena de Él con nosotros, y de nosotros con Él. Cristo pasa invitándonos al banquete escatológico (Mt 7,7s; 8,11s; 22,12; 25,10.21-23; Lv 13,24-29; 14,23).

Con este reclamo de amor, Jesús desea sacar a los fieles de Laodicea, y a la Iglesia de todos los tiempos, de su tibieza e invitarles al combate de la fe. El se ha sentado en el trono de su Padre porque ha luchado y vencido (Lc 24,26). Sus discípulos participarán de su gloria, se sentarán en su trono con Él si vencen en el combate de este mundo, en la lucha contra el mundo y sus seducciones (Jn 16,33). No se trata de ceder y acomodarse a los deseos del mundo, sino de vencer al mundo con la fuerza de la fe (1Jn 5,4). Sólo recibe la corona de la gloria quien participa en la prueba: “Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono” (3,21).

Nosotros somos como esta Iglesia tantas veces. Nos faltan los sentidos para percibir, gustar, ver o tocar a Dios o para sentirnos tocados por Él. Dios pasa a nuestro lado y no le vemos, nos habla y no le oímos. Somos ciegos, sordos, mudos, desgraciados y miserables. Necesitamos el colirio de la fe que nos abra los ojos para reconocer en Jesús el Salvador, sin escandalizarnos de la debilidad y de la cruz (Mt 11,5-6). El cristiano tiene los sentidos de la fe despiertos para transmitir la experiencia de Cristo a todos los hombres: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de vida... lo anunciamos” (1Jn 1,1ss). Para ser testigo hay que ver a Jesús o tocarlo como la hemorroísa (Mt 9,20).

**EL CORDERO, SEÑOR DE LA HISTORIA:** 4,1-5,14

**LITURGIA ANTE EL TRONO DE DIOS**

Antes del anuncio profético de los últimos tiempos, una visión espléndida nos prepara a la recta comprensión de los cuadros grandiosos con los que el Apocalipsis representa el curso de la historia del mundo, que se encamina hacia su final. La historia, entretejida de acciones y omisiones humanas, en realidad es guiada en todo momento por Dios. El Creador del mundo no abandona la obra de sus manos al azar. El actúa en la historia, con los hombres y, si es necesario, contra ellos, para llevar la creación al fin que Él ha dispuesto. Más aún, Dios se ha sumergido en la historia de una forma inaudita con la encarnación de su Hijo. El Hijo de Dios ha querido participar de la naturaleza humana en todo, hasta experimentar la muerte, venciéndola para Él y para los demás con su resurrección. El crucificado, exaltado a la derecha del Padre, ha sido constituido Señor de la historia.

Con una escenografía solemne entramos en la parte central del Apocalipsis. Se abre la puerta del cielo que nos permite penetrar en el Santuario celeste donde se celebra la liturgia del Cordero, de Cristo muerto y resucitado. Con cuadros espléndidos, que recuerdan las visiones de otros profetas (Is 6,1s; Ez 1-3), Juan intenta traducir en palabras su visión del trono de Dios. Las palabras siempre se quedan cortas a la hora de describir cuanto ha visto. Es la misma dificultad de Pablo al narrar su experiencia cuando fue arrebatado hasta el tercer cielo (2Co 12,1-4). Juan, para comunicar de algún modo su visión del misterio de Dios, se sirve de metáforas y de imágenes del Antiguo Testamento y de la apocalíptica judía: “Después tuve una visión. He aquí que una puerta estaba abierta en el cielo, y aquella voz que había oído antes, como voz de trompeta que hablara conmigo, me decía: Sube acá, que te voy a enseñar lo que ha de suceder después” (4,1).

La puerta del cielo abierta es la señal de la comunicación libre y directa entre Dios y la humanidad, entre el cielo y la tierra. Entre el cielo y la tierra hay una escala que les une (Gn 28,10ss). A Juan se le muestra una escena semejante a la que contempló el mártir Esteban, al momento de ser lapidado (Hch 7,55-56). La misma voz, que llamó a Juan en la visión de su vocación (1,10), le anuncia ahora que se le mostrará el plan de Dios sobre el futuro desarrollo de la historia y la suerte de la Iglesia de Jesucristo. La experiencia que Juan nos comunica, invitándonos a vivirla con él, se basa en dos verbos: ver y escuchar. Dios nos muestra y revela el proyecto que desenvuelve en la historia, como árbitro de todos los acontecimientos.

Juan ve y escucha. La fe es en primer lugar audición y, después, visión. Como dice Moisés en el Deuteronomio: “Vosotros no veíais nada, pero escuchasteis una voz” (Dt 4,12). Pero él, Moisés, además de escuchar la voz de Dios, le ha visto cara a cara. Para ello ha debido subir al Sinaí y entrar dentro de la nube. El hombre debe dejar la tierra y entrar en el cielo para ver a Dios. La vida cristiana comienza con la audición, con la fe, y termina en la visión.

Juan entra por la puerta abierta en el cielo y se encuentra ante el trono de Dios. El Apocalipsis nos invita a contemplar el trono y al que está sentado en él. Es Dios, aunque no se le nombra, según la costumbre de Israel, como tampoco se describe el aspecto del trono ni del que está sentado en él, porque Dios “habita en una luz inaccesible” (2Tm 6,16). Juan sólo describe el esplendor que esta luz irradia a su alrededor, es el esplendor de “la gloria del Señor”[[6]](#footnote-6): “Al instante caí en éxtasis. Vi que un trono estaba erigido en el cielo, y Uno sentado en el trono. El que estaba sentado era de aspecto semejante al jaspe y a la cornalina; y un arco iris alrededor del trono, de aspecto semejante a la esmeralda” (4,2-3).

La epifanía de la gloria del Señor evoca la epifanía del Sinaí, con sus relámpagos, voces, truenos, el mar de cristal, que recuerda el mar Rojo, apenas atravesado por los hebreos cuando llegan al Sinaí. Pero el centro de todo es el trono de Dios, inmóvil en su majestad, mientras que Ezequiel en la visión de su llamada había contemplado un carro móvil, la *mercabá*, que marchaba en todas las direcciones, signo de la acción de Dios (Ex 19,16-19; Ez 1,4.13).

El esplendor que irradia la gloria de Dios se compara a los colores centelleantes de las piedras preciosas. Y como un baldaquino sobre el trono están todos los colores del arco iris (Ez 1,28), signo de que Dios muestra su gloria en la misericordia para con los hombres, a quienes no desea destruir aunque sean pecadores (Gn 9,11-17; Jr 29,11). El arco iris es el signo de la armonía cósmica restablecida, de la alianza entre el Creador y la criatura.

En torno al trono de Dios está la corte celestial formada por veinticuatro ancianos sentados en veinticuatro tronos. Estos ancianos alaban y adoran a Dios (4,10; 5,9; 11,16-17; 19,4) y le ofrecen las oraciones de los fieles (5,8); asisten a Dios en el gobierno del mundo, por lo que están sentados en tronos, y participan del poder real, por lo que llevan coronas. Su número puede corresponder a las veinticuatro clases sacerdotales de Israel (1Cro 24,1-19) o quizás a los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento: doce tribus más doce apóstoles (12,1-17).

A los doce apóstoles Jesús les había prometido: “Yo os aseguro que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Mt 19,28). Los representantes de la Antigua y de la Nueva Alianza llevan vestiduras blancas, porque todos han sido bautizados, o en el mar (1Co 10,2) o en el nombre de Jesús.

Las vestiduras blancas y la corona de oro recuerdan las alabanzas destinadas a los vencedores en las cartas a las Iglesias (3,21; 2,11; 3,5). Se trata, pues, de hombres que han conseguido la victoria y gozan del premio, sentados en torno al trono de Dios. En la liturgia celeste participan como sacerdotes (4,10s).

Entre los ancianos y el trono de Dios arden siete lámparas de fuego y un mar de cristal trasparente (4,5-6). Las siete lámparas, que arden en lo alto, representan los siete espíritus de Dios, es decir, el Espíritu Santo con su multiplicidad de dones, el Espíritu divino en toda su plenitud de luz y amor, simbolizado en el fuego ardiente. Debajo del trono, en cambio, está el mar de cristal, símbolo del caos primordial dominado por Dios. Para la Biblia, el océano es la encarnación de la nada que atenta contra el esplendor de la creación y que el Creador encierra con puertas y cerrojos (Jb 38,8-11). Por ello, en la nueva creación el mar desaparece (21,1).

Y muy cerca del trono -en medio, en torno al trono- Juan contempla a cuatro vivientes, como ya habían visto Ezequiel e Isaías (Ez 1,5-14; Is 6,2-4), aunque en el Apocalipsis cada ser tiene una imagen concreta e independiente de las otras: imagen de león, de toro, de hombre o de águila. Estos cuatro seres han entrado en el arte cristiano como símbolo de los cuatro evangelistas y de los cuatro evangelios, según la interpretación que aparece por primera vez en San Ireneo.[[7]](#footnote-7) Con sus múltiples ojos contemplan la gloria de Dios y con sus innumerables alas vuelan en todas las direcciones, llevando el anuncio del Evangelio a todos los pueblos.

Los cuatro vivientes dan gloria a Dios sin cesar por su creación, recogiendo la doxología de la liturgia de Israel y de la liturgia cristiana de la Iglesia (Is 6,3). Y con los cuatro vivientes participan en su alabanza a Dios los veinticuatro ancianos, símbolo de la plenitud de la historia de la salvación, la totalidad del Antiguo y del Nuevo Testamento. En un triunfo de luz y colores, que evocan la gloria pascual, los veinticuatro ancianos y los cuatro vivientes entonan el himno litúrgico del “Santo, Santo, Santo”, dirigido al Señor de la creación y de la historia: “Los cuatro Vivientes tienen cada uno seis alas, están llenos de ojos todo alrededor y por dentro, y repiten sin descanso día y noche: Santo, Santo, Santo, Señor, Dios Todopoderoso, Aquel que era, que es y que va a venir” (4,8).

Y cada vez que los cuatro vivientes dan gloria al que está sentado en el trono, los veinticuatro ancianos (en griego, presbíteros), símbolo de los que presiden las asambleas cristianas, convocados a participar en la asamblea celeste, arrojan sus coronas delante del trono y repiten: “Eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado el universo: por tu voluntad existe y fue creado” (4,11).

La creación, que aún gime y suspira anhelando la redención (Rm 8,19ss), eleva el canto de los serafines (Is 6,2) y de los querubines (Ez 10,1-22), dando gloria al que está sentado sobre el trono. El arco iris que circunda el trono es el memorial de la alianza de Dios con la creación, a la que nunca destruirá. Con la creación, Israel y la Iglesia reconocen que todo el universo es obra de Dios y le restituyen la gloria y señorío que han recibido de Él, arrojando las coronas a sus pies. La liturgia supone un reconocimiento de Dios como creador y dueño de todas las cosas. Nuestras ofrendas no son otra cosa que restitución de un don recibido (1Cro 29,14).

**DIOS ENTREGA EL PODER AL CORDERO**

En estos capítulos (4-5) Juan nos describe una verdadera liturgia del cielo, narrada según la imagen de la liturgia que se celebra en la tierra. En ella se canta primero la maravilla de la creación que se concluye con el canto del *Sanctus*. Sigue el canto nuevo al Cordero, que toma en sus manos el libro de la historia, para desvelarnos su misterio escondido desde la eternidad. El canto a Cristo se concluye con el gran *Amén*, con la aceptación del designio de Dios por parte de todos los seres de la creación. El Cordero es el centro de la creación, está en medio de los cuatro vivientes; y es el centro de la historia, está en medio de los veinticuatro ancianos. Cristo es Señor de la creación y de la historia.

En la liturgia eterna del cielo Cristo aparece bajo la forma de Cordero “como degollado”, encarnando el Siervo de Yahveh (Is 53,7) y el cordero pascual (Ex 12,3.6). Cristo Cordero se presenta ante el trono de Dios. Es lo que confesamos en el símbolo de la fe: “Subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios Padre omnipotente”. El que está sentado en el trono tiene en su mano un rollo escrito por el anverso y por el reverso, signo de la plenitud de su contenido (5,1). También el profeta Ezequiel había visto, durante su vocación, “una mano tendida hacia él, que sostenía un rollo escrito por el anverso y por el reverso, en el que estaban escritos lamentos, gemidos y ayes” (Ez 2,9-10). El rollo está escrito por el lado externo, y su contenido es visible; pero está también escrito por el lado interno y, por tanto, su contenido íntimo es invisible. También las tablas de la Ley estaban escritas por ambos lados (Ex 32,15).

El rollo está sellado con siete sellos. Ningún hombre, ni ángel o demonio, puede abrir el libro. Nadie conoce el designio secreto de Dios sobre la creación y sobre la historia. Ni la ciencia, ni la técnica, ni la religiosidad natural pueden llegar a descubrir el secreto de la voluntad salvífica de Dios. El sentido de la vida y de la historia está oculto al hombre. El profeta Isaías pronuncia una elegía sobre Jerusalén en la que lamenta: “Y será para vosotros toda revelación como palabras de un libro sellado, que se le dan a uno que sabe leer, diciéndole: ¡Léelo!, pero éste responde: No puedo, porque está sellado. Luego se pasa el libro a uno que no sabe leer, diciéndole: ¡Léelo!, y éste responde: ¡Si no sé leer!” (Is 29,11-12).

El Vidente, con todos los hombres, se angustia deseando desentrañar el sentido último de las cosas y de los acontecimientos, el sentido último de su vida y de su persona. Sólo Dios conoce la historia del mundo y de los hombres, para quienes es un secreto impenetrable. Juan, llamado a dar una palabra de consolación a la Iglesia afligida por la persecución, necesita comprender el sentido de cuanto acontece en su vida de desterrado por causa de la palabra y en la vida de las comunidades cristianas. En su angustia recibe el testimonio de uno de los ancianos, un adulto en la fe, uno que ha vencido en el combate de la fe y está sentado en un trono junto al trono de Dios.

Es un cristiano quien testimonia a Juan, para que lo trasmita a las Iglesias, que hay uno, un hombre precisamente, que es digno de tomar el libro y abrir sus sellos: es el Cordero degollado. Cristo, que participa a la vida y al misterio de Dios mismo, es el único que puede revelar el sentido último de la historia: “Y vi a un ángel poderoso que proclamaba con fuerte voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y soltar sus sellos? Pero nadie era capaz, ni en el cielo ni en la tierra ni bajo tierra, de abrir el libro ni de leerlo. Y yo lloraba mucho porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro ni de leerlo. Pero uno de los Ancianos me dice: No llores; mira, ha triunfado el León de la tribu de Judá, el Retoño de David; Él podrá abrir el libro y sus siete sellos” (5,2-5).

Para algunos Padres, como Hipólito y Orígenes, el libro sellado es el Antiguo Testamento. Dios, sentado sobre el trono de la gloria, lo tiene en su mano. Sólo el Mesías podrá desvelar el sentido pleno de la revelación, según lo que Pablo dice a los corintios: “Las mentes de los hijos de Israel se cegaron, pues hasta el día de hoy permanece el mismo velo (de Moisés) en la lectura del Antiguo Testamento, y no se levanta, pues sólo en Cristo desaparece” (2Co 3,14-16). La letra de la Escritura -el lado externo del libro- mata, solo su contenido interior, que el Espíritu de Cristo revela, es el que da vida (2Co 3,6). Cristo resucitado “abre sus inteligencias a los discípulos para que entiendan las Escrituras” (Lc 24,45).

Juan, guiado por el anciano, levanta los ojos y contempla al vencedor en medio de la corte celestial. Es como un león, el símbolo de la tribu de Judá de la que desciende Cristo (Gn 49,9-10; Hb 7,14), y como un retoño, según la profecía de Isaías: “Brotará un vástago del tronco de Jesé y saldrá un retoño de sus raíces” (Is 11,1.10; Rm 15,12). Según el profeta Zacarías Retoño será el nombre del Mesías (Za 3,8; 6,12; Jr 23,5).

Anunciado como “León”, Cristo aparece como “Cordero degollado”; en su cuello lleva la señal del corte que le ha degollado. Pero, aunque ha sido inmolado, está en pie, es decir, resucitado. El Resucitado conserva la llagas de su pasión, como signo eterno de su victoria sobre la muerte y de su amor de Redentor (Ap 5,6.16; 1,7; Jn 20,20; 21,25.27; 19,34-37). Como símbolo de victoria y de poder ilimitado lleva siete cuernos.[[8]](#footnote-8) Tiene además “siete ojos” que simbolizan el Espíritu de Dios que posee en plenitud y ha enviado al mundo para llevar a término su obra salvadora en la Iglesia (Jn 15,26; 16,7-15).

El símbolo cristológico del Cordero es fundamental en el Apocalipsis, donde aparece 28 veces. Lo primero que evoca es el cordero pascual del éxodo de Israel de Egipto (Ex 12,1-27), como también la figura mesiánica del Siervo de Yahveh, conducido al matadero, como una víctima para el sacrificio (Is 53,7) y, sobre todo, nos recuerda la declaración de Juan Bautista al ver a Cristo acercarse a él en el Jordán: “He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29.36).

Juan, en el evangelio, juega con el doble significado de la palabra aramea *talja’*, que designa al “siervo” y al “cordero”. Cristo es el Siervo de Yahveh que carga sobre sus hombros nuestra iniquidades (Is 53,4-5) y de este modo sustituye al cordero expiatorio que en la fiesta de *Jom Kippur* se cargaba con los pecados del pueblo (Lv 16,21-22). Con esta superposición de imágenes Cristo aparece como el verdadero cordero pascual, al que no se le rompe ningún hueso (Jn 19,36; Ex 12,46), y que nos rescata con su sangre preciosa, “como de cordero sin defecto ni mancha alguna” (1P 1,19; Ex 12,5).

Este Cordero avanza victorioso y toma el libro, pues sigue “sintiendo compasión de la muchedumbre” que sufre (Mc 8,1). Ante el Cordero, que toma en su mano el libro de la historia, cesan las lágrimas, y los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos entonan a coro el canto de alabanza, el himno de exultación en honor del Salvador de los hombres. Se trata de una verdadera liturgia cósmica, a la que la Iglesia es invitada a participar. Las copas de oro, que exhalan sus perfumes en la asamblea celeste, representan, según el mismo Apocalipsis, la alabanza de la asamblea de la tierra: “Cuando lo tomó, los cuatro Vivientes y los veinticuatro Ancianos se postraron delante del Cordero. Tenía cada uno una cítara y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos” (5,8).

Con gozo, lo mismo que Israel ante las grandes actuaciones de Dios (Sal 96,1; Is 42,10), el gran coro del cielo y de la tierra, uniendo sus voces, entonan un canto nuevo, con el que glorifican a Cristo: “Y cantan un cántico nuevo diciendo: Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos porque fuiste degollado y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un Reino de Sacerdotes, y reinan sobre la tierra” (5,9-10).

El canto tiene como centro el misterio pascual. Exalta a Cristo que ha sido inmolado y, con su sangre, ha rescatado a toda la humanidad de la esclavitud del pecado. Pero la redención de Cristo no sólo ha cancelado nuestro pecado. Nos ha sanado las heridas del mal y, sobre todo, nos da un nuevo ser, que nos constituye sacerdotes y reyes, haciéndonos partícipes de la misma dignidad de Cristo.

Al canto de cuantos están en torno al trono de Dios se unen innumerables ángeles, que proclaman que el Cordero degollado es digno de obtener *siete* cualidades: “Y en la visión oí la voz de una multitud de Angeles alrededor del trono, de los Vivientes y de los Ancianos. Su número era miríadas de miríadas y millares de millares, y decían con fuerte voz: Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza” (5,11-12). El Cordero es el Señor ante quien se dobla toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos (Ef 2,10), pues está “sentado en las alturas, con una superioridad sobre los ángeles tanto mayor cuanto más excelente es el nombre que ha heredado” (Hb 1,4).

La bóveda del cielo está llena de cantores, como lo está el ábside del templo cósmico del universo, donde todas las criaturas elevan su voz de alabanza al Señor. En el salmo 148 a las criaturas celestiales se unen veintidós criaturas de la tierra -cuantas son las letras del alfabeto hebreo- pera entonar un grandioso aleluya. También aquí las criaturas elevan su canto de alabanza a Dios, sentado sobre el trono, y al Cordero. Un potente ¡Amén! sella el canto, al que sigue el silencio de la adoración: “Y toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos, oí que respondían: Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos. Y los cuatro Vivientes decían: Amén; y los Ancianos se postraron para adorar” (5,13-14).

Esta visión es el presupuesto para la inteligencia de los capítulos siguientes. Dios es el único que conduce la historia; todas las fuerzas humanas están bajo su dominio y bajo el poder de su Ungido quien, sentado a la derecha del Padre, lleva a término el plan divino sobre el mundo, que es un plan de salvación para toda la creación. Aunque la barca de la Iglesia se vea zarandeada por las olas de la persecución, Cristo está en ella y la conduce al puerto seguro (Mc 4,35ss).

**LOS SIETE SELLOS**: 6,1-8,1

**LOS CUATRO SELLOS PRIMEROS**

En el silencio, que sigue al canto cósmico de la solemne liturgia del capítulo quinto, el Cordero comienza a abrir los siete sellos de la historia. Entramos, pues, en uno de los grandes septenarios del Apocalipsis. Es una especie de semana universal en la que se agrupan las épocas históricas, se entrecruzan los acontecimientos presentes, pasados y futuros.

Con la apertura de cada uno de los sellos se pone en movimiento un acontecimiento, que prepara otro, de modo que todos ellos se complementan y conducen la historia a la realización del plan de Dios. Pero la descripción de los hechos es una narración simbólica con imágines y parábolas, sin pretender nunca dar el orden cronológico de los hechos ni la forma de su realización. Los sellos, las trompetas y las copas marcan con ímpetu creciente la marcha hacia el punto final de la historia: la venida gloriosa del Señor Jesucristo. Los dolores que la preceden son los dolores del parto que la anuncian y la preparan. Pero no podemos olvidar nunca la palabra de Cristo: “todo esto no es más que el comienzo” (Mt 24,8; Mc 13,8).

Los cuatro sellos primeros forman una unidad. Son los famosos “cuatro jinetes del Apocalipsis”. Las imágenes breves y fuertemente trazadas, con sus diversos colores, toman sus rasgos de las visiones nocturnas del profeta Zacarías (Za 1,8-10; 6,1-8). El Cordero rompe los sellos, uno a uno, y a cada sello roto aparece un caballo y su jinete: “Y seguí viendo: Cuando el Cordero abrió el primero de los siete sellos, oí al primero de los cuatro Vivientes que decía con voz como de trueno: Ven. Miré y había un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; se le dio una corona, y salió como vencedor, y para seguir venciendo” (6,1-2).

Al romper el primer sello aparece un caballo blanco, montado por un jinete que evoca al jinete llamado Palabra de Dios, que aparece victorioso en el combate escatológico (19,11-13). Para algunos, pues, el jinete que monta el primer caballo sería Cristo, tomando el color blanco como símbolo de la gloria pascual y de la vida luminosa de Dios; el arco sería el signo del juicio divino y la corona representaría la victoria presente y futura sobre el mal. Pero para otros, en esta visión, Cristo está presente bajo la imagen del Cordero. La unidad de los cuatro sellos hace pensar que también el primer jinete se dirige a llevar la desgracia a la tierra. El color blanco y la corona de vencedor pueden corresponder al Anticristo que, en el Apocalipsis, es descrito siempre como quien copia e imita a Cristo y saldrá victorioso hasta que Cristo al final, en su segunda venida, lo venza definitivamente (19,11-21).

Aquí se usa por primera vez la fórmula “le fue dado”. Es la forma pasiva del verbo que tiene por sujeto, no nombrado, a Dios. Juan, con esta fórmula tomada del judaísmo, recuerda constantemente que, no obstante las apariencias externas a veces desconcertantes, ninguna manifestación del poder de las tinieblas es absoluta; sino que dependen de Dios y sólo pueden actuar hasta donde Dios les permite.

El segundo jinete lleva los rasgos inconfundibles del portador de desgracias. El color rojo de su manto es el color de la sangre y del fuego que, en el Apocalipsis, es el distintivo de las potencias enemigas de Dios (12,3; 17,3; 17,4). Con la salida del segundo caballo y su jinete muere la paz y triunfa la violencia: se degüellan unos a otros. Su instrumento es la espada y su obra, la guerra: “Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo Viviente que decía: Ven. Entonces salió otro caballo, rojo; al que lo montaba se le concedió quitar de la tierra la paz para que se degollaran unos a otros; se le dio una espada grande” (6,3-4).

En este cuadro, cruzado por la gran espada que lo llena todo, están descritos siglos de historia, atravesados por ríos de sangre de tantas guerras, que repiten el gesto de Caín. Están también encerrados tantos acontecimientos personales de odio, rencor y venganza. La historia humana está envuelta en una cortina espesa y oscura de humo y sangre. El Eclesiastés ha escrito una página amarga, que se corresponde con ésta: “Me puse a considerar todas las violencias perpetradas bajo el sol: he aquí las lagrimas de las víctimas, a las que ninguno consuela; ninguno consuela a los oprimidos por los violentos” (Qo 4,1).

Al abrir el tercer sello aparece el tercer jinete sobre el caballo negro, símbolo de la carestía, del hambre (Mt 24,7), que normalmente sigue a toda guerra, con sus consecuencias de muerte y luto. La balanza con que se miden las raciones cada vez más exiguas de alimentos expresa gráficamente el estado de miseria. Sin embargo el poder otorgado a este portador de desgracias es limitado a la primera cosecha de primavera; no afectará a la cosecha de otoño: el aceite y el vino: “Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer Viviente que decía: Ven. Miré entonces y había un caballo negro; el que lo montaba tenía en la mano una balanza, y oí como una voz en medio de los cuatro Vivientes que decía: Un litro de trigo por denario, tres litros de cebada por un denario. Pero no causes daño al aceite y al vino” (6,5-6).

El jinete que cabalga el caballo verdoso del cuarto sello tiene un nombre propio: Muerte o Peste. Se trata de una enfermedad contagiosa que lleva la muerte a la muchedumbre (Ez 14,21). También a este cuarto jinete se le fija un límite que no puede traspasar: “Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto Viviente que decía: Ven. Miré entonces y había un caballo verdoso; el que lo montaba se llamaba Muerte, y el Hades le seguía. Se les dio poder sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con la espada, con el hambre, con la peste y con las fieras de la tierra” (6,7-8). El hecho de presentar estas fuerzas del mal en forma de caballos nos hace sentir el ímpetu con que invaden el campo de la historia, devastándolo.

Estos cuatro elementos -guerra, hambre, muerte, peste- se encuentran también en las partes apocalípticas de los evangelios sinópticos (Mc 13,5-13; Mt 24,4-14; Lc 21,8-19). Jesús los presenta como “el comienzo de los dolores” (Mc 13,8; Mt 24,8), como signos precursores del final. Juan se inspira, para presentar estas cuatro imágenes, en el profeta Ezequiel: “Aun cuando yo mande contra Jerusalén mis cuatro terribles azotes: espada, hambre, bestias feroces y pestes” (Ez 14,21). Pero Juan modifica estas imágenes y con ellas nos desvela la historia de la humanidad. La apertura de los cuatro primeros sellos revela la historia de la humanidad, creada por la palabra de Dios para participar de su gloria, y que se ve sometida a causa del pecado a los poderes del mal. Introducido el pecado en el paraíso, el mal crece como una maldición que se difunde (Gn 3-11). El odio, la guerra, el hambre y la muerte se contagian y transmiten de generación en generación, aunque siempre su poder es limitado.

En la visión de los cuatro jinetes no es Dios, sino una potencia maligna, enemiga de Dios, la que acarrea las desgracias que sobrevienen a los hombres. Y si hasta los fieles se ven envueltos en estas desventuras, ellos saben que Dios es Señor del tiempo y de la historia. Los poderes de la muerte sólo entran en acción cuando el Cordero abre el sello correspondiente. Y todo lo que sucede depende de Dios, que les da un poder limitado, con lo que todo acontecimiento se transforma en prueba medicinal para los elegidos de Dios (Rm 8,28).

**QUINTO Y SEXTO SELLO**

Con la apertura del quinto sello, la sala del trono de Dios se transforma en un templo, en medio del cual se alza un altar. Bajo este altar Juan ve la sangre de los mártires. Son las víctimas sacrificadas por causa de la Palabra de Dios y del testimonio que han dado de Jesucristo. Son los mismos motivos por los que Juan ha sido desterrado a Patmos (1,9). Como Cristo, “el testigo fiel y veraz” (3,14), se ha ofrecido sobre la cruz en sacrificio al Padre, así los mártires, víctimas de la persecución, han derramado su sangre por seguir fielmente a Cristo. Por ello en el santuario del cielo se encuentran tan cerca de Dios: “Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron” (6,9).

Desde el altar elevan el grito de súplica e intercesión ante Dios por sus hermanos perseguidos en la tierra. En ellos, la Iglesia grita pidiendo a Dios que la salve, manifestando su soberanía sobre el mundo. Es el grito que se repite en toda celebración: “¡Ven, Señor Jesús!” (22,20); y en la oración diaria de los discípulos de Cristo: “Venga tu reino”. Esta oración de los mártires la recoge la liturgia cristiana primitiva en la súplica que nos transmite la Didajé (10,6): “¡Pase este mundo y venga tu gracia!”.

La súplica de los mártires, con su grito “¿hasta cuando?” (Sal 13), es un grito de confianza en el justo juicio de Dios, el verdadero Señor de la historia. Sólo Dios puede vengar su sangre derramada: “¿Por qué han de decir las naciones: dónde está su Dios? Se conozca entre los pueblos, bajo nuestros ojos, la venganza de la sangre derramada por sus siervos” (Sal 79,10). Al final las víctimas podrán exclamar: “Hay un premio para el justo, hay un Dios que hace justicia en la tierra” (Sal 58,12). Ya en el Evangelio Jesús dice: “Se pedirán cuentas a esta generación de la sangre de todos los profetas derramada desde la creación del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, muerto entre el altar y el Santuario” (Lc 11,50-51).

La carta a los Hebreos también nos testimonia que la sangre derramada de Abel, “aunque muerto, sigue hablando” (Hb 11,4) y prefigura la sangre derramada de Cristo, “sangre de la aspersión que habla más fuerte que la de Abel” (Hb 12,24). Esta “sangre inocente” (Mt 23,35) grita ante Dios en la voz de tantos mártires que han derramado su sangre a causa de la palabra y del testimonio que poseían.

El grito de los mártires recibe una doble respuesta. La primera es para ellos personalmente. Es una respuesta dada mediante una acción simbólica: cada uno recibe una vestidura blanca, como símbolo de que ya desde ahora participan de la resurrección de Cristo, del esplendor de su victoria, de la vida eterna en la comunión con Dios. Y en relación a sus hermanos, que están en la tierra sufriendo la persecución, se les anuncia que esperen aún un poco hasta que se complete el número de los mártires para que la Iglesia alcance su gloria plena: “Se pusieron a gritar con fuerte voz: ¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre de los habitantes de la tierra? Entonces se le dio a cada uno un vestido blanco y se les dijo que esperasen todavía un poco, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos que iban a ser muertos como ellos” (6,10-11).

Los mártires, ya vencedores, quisieran ver la conclusión del drama con la aniquilación de los malvados. Pero Dios tiene su propio calendario. Cuando Él decida llegará el “Día” (Is 13,6-9; Am 5,18-20) de la supresión de los enemigos y de la exaltación de los elegidos. Mientras se completa el número de los mártires, hay que esperar con paciencia que la historia llegue a su cumplimiento pleno, dejando que el trigo y la cizaña crezcan juntos en el campo del mundo hasta que llegue la hora de la cosecha (Mt 13,24-43). Pero, desde ahora, “las almas de los justos están en las manos de Dios y ningún tormento les afectará” (Sb 3,1). Los elegidos están bien protegidos “debajo del altar” (6,9) y ya reciben un vestido blanco, es decir, ya gozan de la gloria.

La plegaria de los mártires, como la oración de los Macabeos (2M 7), remite su causa a Dios, sin buscar hacer justicia por sus manos. En el Nuevo Testamento, los cristianos siguen las huellas de Cristo, que “al ser insultado, no respondía con insultos, al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia” (1P 2,23). A ellos Pablo les dice: “No devolváis a nadie mal por mal... ni toméis la justicia por vuestra cuenta, sino dejad lugar a la ira de Dios... que dará a cada uno la paga merecida” (Rm 12,17ss).

La oración es un grito que atraviesa los cielos y siempre llega a los oídos de Dios. La oración, que brota con toda la fuerza de la vida, mueve a Dios a hacer justicia a sus elegidos. Jesús dice: “Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que están gritando a Él día y noche? ¿Les hará esperar? Os digo que les hará justicia pronto” (Lc 18,7-8). “El Señor -dice Pedro- no tarda en cumplir la promesa, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión” (2P 3,9).

Las desgracias de los cinco primeros sellos son causadas por los hombres y se limitan al hombre y su mundo. En la visión del sexto sello las calamidades asumen proporciones cósmicas: “Y seguí viendo. Cuando abrió el sexto sello, se produjo un violento terremoto; y el sol se puso negro como un paño de crin, y la luna toda como sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera suelta sus higos verdes al ser sacudida por un viento fuerte; y el cielo fue retirado como un libro que se enrolla, y todos los montes y las islas fueron removidos de sus asientos” (6,12-14).

También en los apocalipsis de los evangelios preceden al juicio final catástrofes semejantes (Mt 24,29). Aquí el juicio final se supone que llega con la apertura del séptimo sello. Por ello, ante la llegada del Día, el Apocalipsis traza un cuadro impresionante. La tierra se estremece, el sol desaparece, como si se cubriese con un vestido de luto; el cielo espléndido se vuelve negro (Is 50,3; 13,10;) y, sobre este fondo negro, la luna aparece roja de sangre (Jl 3,4). El universo entero se siente sacudido por un terremoto (Jl 2,10; 4,16; Am 8,8; 9,5)). Las estrellas caen como higos que arranca al árbol la tempestad (Is 34,4). Hasta el firmamento desaparece, arrugado como un pergamino que ya no sirve y se tira al fuego (Is 34,4). El caos original se difunde por toda la tierra. Hasta los montes, símbolo de solidez, se mueven y cambian de sitio, igual que las islas (Na 1,5; Jr 4,24). Todo anuncia al hombre su inminente destrucción.

Estas imágenes apocalípticas expresan la irrupción de Dios en la historia. El temor, que engendra la vista del mundo sacudido en sus mismos cimientos, alcanza a todos los hombres: “los reyes de la tierra, los magnates, los tribunos, los ricos, los poderosos, y todos, esclavos o libres, se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes. Y dicen a los montes y las peñas: Caed sobre nosotros y ocultadnos de la vista del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero” (6,15-16). Siete son los personajes que intentan huir y liberarse de esta catástrofe: reyes, políticos, generales, ricos, potentes, esclavos y libres. Tratan de huir, pero descubren -como Adán después del pecado (Gn 3,8-10)- que es imposible esconderse a los ojos de Dios y del Cordero: “Porque ha llegado el Gran Día de su cólera y ¿quién podrá sostenerse?” (6,17).

La impotencia se transforma en angustia y desesperación. El cuadro impresionante que describe Juan implica siete elementos: el terremoto, el eclipse solar, la luna enrojecida, la caída de las estrellas, el firmamento enrollado, los montes y las islas desarraigados de sus fundamentos. Es la catástrofe en toda su plenitud. Juan se ha inspirado como siempre en el Antiguo Testamento (Os 10,8; Gl 2,11), pero recreando todo el cuadro. Es significativo que algunas de estas imágenes apocalípticas se encuentran ya en la narración de la pasión de Cristo. Entonces ya el sol se oscureció (Lc 23,44), se oscureció toda la tierra desde mediodía hasta las tres de la tarde (Mc 15,13), la tierra se estremeció y las rocas se rajaron (Mt 27,51).

Y Lucas nos dice que mientras Jesús sube al Calvario le siguen algunas mujeres que se lamentaban por Él -es el lamento de Jerusalén por el Traspasado (Za 12,10)-. Jesús les dice: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. Porque llegarán días en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, las entrañas que no engendraron y los pechos que no criaron! Entonces se pondrán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡Sepultadnos! Porque si en el leño verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?” (Lc 23,28-31).

**EL TRIUNFO DE LOS ELEGIDOS**

Cuando parecía que el fin era inminente, en el momento de suma tensión, Juan introduce una doble visión antes de la apertura del último sello. A la pregunta “¿quién podrá sostenerse?”, con que termina la visión del sexto sello, Juan ofrece la alegre noticia de la protección de Dios sobre los elegidos: “Después de esto, vi a cuatro Angeles de pie en los cuatro extremos de la tierra, que sujetaban los cuatro vientos de la tierra, para que no soplara el viento ni sobre la tierra ni sobre el mar ni sobre ningún árbol. Luego vi a otro ángel que subía del Oriente y tenía el sello de Dios vivo; y gritó con fuerte voz a los cuatro Angeles a quienes se había encomendado causar daño a la tierra y al mar: No causéis daño ni a la tierra ni al mar ni a los árboles, hasta que marquemos con el sello la frente de los siervos de nuestro Dios” (7,1-3).

Muchos cristianos serán martirizados por mantenerse fieles a la palabra del Señor. Pero sus almas, con el martirio, pasan al templo de Dios, al lugar de la gloria. Por ello, quienes peregrinan aún en la tierra, no tienen nada que temer, porque el Señor les ha marcado con su sello la frente, en señal de protección. El Dios que marcó la frente de Caín para que nadie se atreviese a matarlo (Gn 4,15), se preocupa mucho más de proteger a sus fieles, a quienes vestirá de blanco, símbolo de gloria. Los siervos de Dios son marcados con el sello para ser preservados, como las casas de los israelitas eran marcadas en Egipto para ser preservadas de la muerte, al paso del ángel exterminador (Ex 12).

Cuatro ángeles, en los cuatro puntos cardinales, sujetan las potencias destructoras, que como huracanes podrían aniquilar y asolar toda la tierra (Jr 49,36; Za 6,5; Dn 7,2s). La Iglesia está ciertamente inmersa en este mundo y la sacuden las tempestades que azotan a la humanidad, pero siempre aparece -por el oriente[[9]](#footnote-9)- un ángel que le trae la salvación. Es el ángel que se presenta con el sello de Dios para marcar la frente de los elegidos, que pertenecen a Dios y a quienes Dios, como suyos, protege de toda calamidad. A fuego eran marcados los ganados y los siervos como señal perenne de propiedad. Como ahora Juan, ya Ezequiel había visto a los habitantes de Jerusalén fieles al Señor marcados con la Tau, que les preservaba de la destrucción (Ez 9,2-7).

El sello simboliza pertenencia y protección. Con este signo simbólico, Dios promete a los suyos, no que les preservará de la tribulación, sino que les salvará en medio de la tribulación y, a través de la prueba, les llevará a la salvación (Jn 17,15). Sellados en el bautismo, los cristianos pertenecen a Cristo, que les protege en la vida de fe. La tradición cristiana ha visto en la cruz el sello que protege al cristiano del mal y del juicio de condenación. También se ha visto el sello como símbolo del “Espíritu Santo de Dios con el que los fieles han sido sellados para el día de la resurrección” (Ef 4,30).

Juan escucha el número de los marcados con el sello de Dios: ciento cuarenta y cuatro mil (12 x 12 x 1000),el número de la plenitud, con el que simboliza que se ha marcado la cantidad completa de los elegidos. En un cierto sentido Juan nos hace contemplar a la comunidad eclesial de todos los tiempos. Abraham contemplando las estrellas del cielo recibe la promesa de una descendencia incontable. Abraham ignora, pues, el número de sus hijos. Dios, en cambio, conoce el número preciso de los elegidos, de sus hijos, herederos con el Hijo Unigénito.

Los elegidos son distribuidos por las doce tribus del pueblo de Dios (7,5-8). En primer lugar aparece Judá, aunque no sea el primogénito de los hijos de Jacob, pues de él ha nacido Cristo, “el león de la tribu de Judá” (5,5). Y Dan es sustituido por Manasés, hijo de José y no de Jacob. La tribu de Dan desaparece de la lista de los marcados, porque se había hecho idólatra (Jc 18; 1R 12,28-30). En la tradición hebrea es corriente el juicio negativo de la tribu de Dan por su idolatría. Y este juicio pasa a los Padres. Hipólito dice que “como Cristo nace de la tribu de Judá, así de la tribu de Dan nacerá el Anticristo”. “Por este motivo, escribe Ireneo, la tribu de Dan no es señalada en el Apocalipsis entre las que se salvan”. Dan es sustituido por Manasés, como Judas es sustituido por Matías en el número de los Apóstoles (Hch 1,15-26).

A los elegidos de Dios de las doce tribus de Israel, marcados con su sello, sigue la visión de los elegidos de toda raza y nación, que alcanzan la gloria del cielo mediante la Iglesia: “Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos” (7,9). Son los justos que, según el anuncio de Jesús, “vendrán de Oriente y de Occidente y se pondrán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mt 8,11). Abraham se alegra viendo plenamente cumplida la promesa: “En ti serán bendecidas todas las razas de la tierra” (Gn 12,3). Esta promesa Juan la ve realizada en el reino, al final de la historia, pero ya anticipada en el presente de la Iglesia.

Están en pie ante Dios y el Cordero, en relación de intimidad, y visten túnicas blancas, el color de la luz divina y de la gloria pascual (3,4; 6,11); llevan palmas en la mano, signo de fiesta y de victoria sobre el mal. Las palmas se agitaban como señal de alegría en los cortejos festivos y triunfales (1M 13,51) y también en las procesiones litúrgicas, como en la solemnidad judía de las tiendas (Lv 23,40). La tradición cristiana interpreta este signo a la luz del martirio: la victoria se alcanza a través de la cruz, como Cristo entra en la gloria mediante la muerte en cruz.

La visión de los elegidos ya salvados tiene como misión confirmar en la fe y reavivar la esperanza de los que combaten en este mundo. Éstos, en número incontable, están glorificados ante el trono de Dios, después de haber combatido y triunfado con su ayuda en las pruebas de este mundo. La multitud de los salvados eleva un canto en el que celebran la salvación: “Gritan con fuerte voz: La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero (7,10).

A los elegidos, vestidos de blanco y con la palma de la victoria en la mano (1M 13,51), se une el coro celeste en el himno de alabanza a Dios y al Cordero. Es un doble coro. Por un lado la multitud inmensa entona una aclamación a Dios por la salvación que les ha concedido. Y, por otro lado, la corte celestial, postrada en adoración, eleva una doxología, es decir, un himno de alabanza a la gloria divina. En este caso, (como en 5,12 referido al Cordero) es una alabanza plena, expresada en siete términos: alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, potencia y fuerza: “Y todos los Angeles que estaban en pie alrededor del trono de los Ancianos y de los cuatro Vivientes, se postraron delante del trono, rostro en tierra, y adoraron a Dios diciendo: Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza, a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén” (7,11-12).

Terminado el canto, asistimos a un diálogo destinado a interpretar el sentido de la visión y a identificar a la multitud de los salvados. Uno de los ancianos pregunta al Vidente quienes son los glorificados que contempla ante el trono de Dios y de donde han venido. Es una pregunta retórica, que le permite responder y dar una palabra más de esperanza a los fieles de las Iglesias que sufren la persecución: “Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero” (7,14).

Vienen victoriosos de la gran tribulación (Mt 24,21; Mc 13,19; Dn 12,1), aunque la victoria no sea mérito suyo, pues se la deben al Cordero, que en la cruz derramó su sangre, en la que han lavado sus túnicas y las han blanqueado. Gracias a la redención de Cristo están revestidos de esplendor y gozan de la bienaventuranza ante el trono de Dios. Día y noche celebran la gloria de Dios en la liturgia celeste, libres de toda angustia, tribulación o necesidad: “Por esto están delante del trono de Dios, dándole culto día y noche en su Santuario; y el que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed; ya nos les molestará el sol ni bochorno alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos” (7,15-17).

Viven con Dios, que pone su tienda en medio de ellos, y gozan de su felicidad eterna. Se cumple en ellos la palabra de la Sabiduría: “Los insensatos pensaban que habían muerto; su tránsito les parecía una desgracia y su partida de entre nosotros, un desastre; pero ellos están en paz... En el día del juicio resplandecerán” (Sb 3,2ss). La contemplación de sus hermanos recientemente martirizados y la anticipación de la gloria final animan a los fieles de la comunidad a aceptar la misma suerte, arriesgando su vida en el testimonio de Cristo. Quienes han despreciado la vida hasta perderla (12,11) por su fe, ahora siguen a Cristo que les conduce a las aguas de la vida.

Las vestiduras blanqueadas en la sangre del Cordero hacen referencia a varios textos del Antiguo Testamento. Juan recoge el eco de la profecía del Mesías, que “lava en vino su túnica y su vestido en sangre de uva” (Gn 49,11), y del canto de Isaías: “¿Quién es ése que viene de Edom con vestidos teñidos de rojo? ¿Quién es ése de vestido esplendoroso, y de andar tan esforzado?... ¿Y por qué está rojo tu vestido y tu túnica como la de un lagarero? El lagar he pisado yo solo... y salpicó su sangre mi vestido” (Is 63,1-6).

La vestidura blanca hace referencia también al bautismo que es un baño en la sangre de Cristo y una comunión con su pasión y resurrección, como nos dice Pablo: “Mediante el bautismo hemos sido sepultados con Él en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Pues si nos hemos injertado en Él por una muerte semejante a la suya, también lo estaremos por una resurrección semejante a la suya” (Rm 6,4-5).

La inmensa procesión de los elegidos está ante el trono de Dios celebrando la liturgia eterna de alabanza al Cordero. Desde lo alto del trono, el Señor extiende sobre dicha asamblea su tienda santa, transformando la comunidad de los elegidos en su templo viviente, en el que Él se revela y se hace presente (7,15). Juan, en el prólogo del Evangelio, dice que el Verbo ha puesto su tienda en medio de nosotros mediante su carne (Jn 1,14). Ahora todo el pueblo mesiánico se convierte, como Cristo, en morada de Dios: “¿No sabéis, declara Pablo, que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” (1Co 3,16).

La comunidad santa goza de la presencia de Dios. Y con Dios nada les falta, según el anuncio del profeta Isaías: “No tendrán hambre ni sed, ni les dará el bochorno ni el sol, pues el que tiene piedad de ellos les guiará y les conducirá a manantiales de agua” (Is 49,10). La asamblea de los justos camina hacia los pastos eternos bajo la guía del gran pastor de sus almas, Cristo, el Pastor y Cordero. El Cordero degollado es el buen Pastor (Jn 10,1-18), que ha dado la vida por sus ovejas y las apacienta, guiándolas a los manantiales de las aguas de la vida. La promesa de Cristo se ha cumplido: “Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mi mano” (Jn 10,28).

**EL SÉPTIMO SELLO**

Después de la contemplación de la gloria de los elegidos, que han pasado a través de la tribulación siguiendo al Cordero, Juan vuelve la mirada al libro de los siete sellos y aguarda la apertura del último sello. Con la apertura del séptimo sello podrá conocer y anunciar el contenido del rollo: “Cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo, como una media hora” (8,1).

El silencio de los coros celestes durante media hora, un breve tiempo largísimo, (en la tierra se suele hacer un minuto de silencio o al máximo tres minutos), expresa gráficamente la tensión con que se espera la conclusión definitiva del plan divino de la salvación. El Antiguo Testamento nos habla frecuentemente del silencio ante Dios que viene, del silencio como condición preliminar de una manifestación solemne del Señor. El salmista nos dice que “la tierra, amedrentada, hace silencio cuando Dios se levanta a juzgar, a salvar a los humildes de la tierra” (Sal 76,9-10). Los profetas invitan a la tierra entera (o a toda carne : Za 2,17) a hacer silencio ante el Señor (Ab 2,20). Y más explícito aún, el profeta Sofonías dice: “¡Silencio ante el Señor Yahveh, que está cerca el día de Yahveh!” (So 1,7).

Del séptimo sello se desprenden siete tribulaciones, presentadas en la visión de las siete trompetas. El sello permanece abierto y Juan comienza de nuevo con otro septenario.

**LAS SIETE TROMPETAS**: 8,1-11,19

**EL INCENSARIO DE ORO**

Antes de que se desencadenen los flagelos que devastarán el mundo impío, Juan anota: “Y cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo durante media hora” (8,1). ¿Por qué este silencio? En la tradición profética este silencio anuncia una teofanía, una intervención estrepitosa de Dios (Ab 2,20; Za 2,17): “Silencio ante el Señor Yahveh, porque el día de Yahveh está cerca” (So 1,7). Las trompetas anuncian, pues, la irrupción de los últimos tiempos en el mundo y en la historia de la humanidad (Gl 2,1; So 1,16; 1T 4,16).

La visión de las trompetas, como la de los sellos, comienza con una celebración litúrgica en el templo del cielo, semejante a la liturgia del templo de Jerusalén. Los sacerdotes encargados del sacrificio del incienso tomaban las ascuas ardientes del altar de los sacrificios y, en vasos de oro, las llevaban al altar de los perfumes, echando después sobre ellas los granos de incienso. Mientras se realizaban estos ritos, otros sacerdotes tocaban las trompetas, con las que invitaban al pueblo a unirse a la celebración, adorando a Dios (Ex 30,1-10). El humo que sube a Dios es símbolo de la oración del pueblo: “Como incienso suba a ti mi oración, mis manos alzadas, como ofrenda de la tarde” (Sal 141,2).

En la liturgia del cielo los ángeles sustituyen a los sacerdotes: “se dan los instrumentos a los ángeles que están en la presencia de Dios” (Tb 12,15). La apocalíptica judía a los ángeles que ejercen como centinelas y están situados cerca del trono de Dios les llama “ángeles del rostro” (Is 63,9) o “angeles de la presencia” o también “arcángeles”.[[10]](#footnote-10) Siete de estos ángeles que están en la presencia de Dios “reciben siete trompetas” (8,2). La trompeta, según la Escritura, sirve para anunciar los acontecimientos escatológicos (Mt 24,31; 1Co 15,52; 1Ts 4,16).

Estamos en la media hora de silencio. Antes de que los siete ángeles comiencen a sonar las trompetas, otro ángel se acerca al altar para incensar las oraciones de los santos: “Otro ángel vino y se puso junto al altar con un incensario de oro. Se le dieron muchos perfumes para que, con las oraciones de todos los santos, los ofreciera sobre el altar de oro colocado delante del trono. Y por mano del ángel subió delante de Dios la humareda de los perfumes con las oraciones de los santos. Y el ángel tomó el incensario y lo llenó con brasas del altar y las arrojó sobre la tierra. Entonces hubo truenos, fragor, relámpagos y temblor de tierra” (8,3-5).

Las copas de oro de la liturgia “están llenas de perfumes, que son las plegarias de los santos” (5,8). La nube perfumada del incienso con la oración de los fieles se eleva hacia Dios. Los ángeles hacen suya la oración que sube desde la tierra y la presentan ante Dios (Tb 12,12). Dios acoge como aroma agradable estas plegarias de los fieles, hechas en comunión con Cristo y sostenidas por el Espíritu Santo, a quien Pablo atribuye lo que el Apocalipsis dice de los ángeles: “De igual manera el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza: pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios” (Rm 8,26-27).

La oración de la tierra se une a la plegaria del cielo. La oración de los cristianos, los santos de la tierra, se une a la de los santos del cielo, formando una única plegaria. La “gran nube de testigos” (Hb 12,1) que forman los santos de la Antigua y de la Nueva Alianza, que nos han precedido en el camino de la fe, constituye “la asamblea solemne de los primogénitos inscritos en el cielo” (Hb 12,23) a la que se unen los cristianos que aún están en la tierra (Hb 12, 22).

En el cuadro de silencio y paz, de repente irrumpe una acción sorprendente. Con las ascuas ardientes del altar el ángel llena el incensario y lo arroja sobre la tierra (Ez 10,2). Juan no nos ha dado ninguna explicación de esta acción simbólica. Nos muestra sólo sus efectos. Al silencio y alabanza de la liturgia celeste siguen una manifestación clamorosa de “truenos, fragor, relámpagos y temblor de tierra” (8,5). Dios irrumpe en la historia para cancelar el mal y sus consecuencias. Dios actúa en la historia, hiere y sana, castiga y salva. Roto el silencio celeste, “los siete Angeles de las siete trompetas se dispusieron a tocar” (8,6).

**LAS CUATRO PRIMERAS TROMPETAS**

Como en la visión de los sellos, también las cuatro primeras trompetas forman una unidad. Las cuatro primeras plagas no golpean directamente al hombre, sino sólo su ambiente vital, como los correspondientes cuatro primeros sellos. Conviene recordar aquí que la descripción de cada una de las catástrofes, inspiradas en las plagas de Egipto (Ex 7,14-11,10) y en la destrucción de Sodoma, es una descripción simbólica y no realística ni cronológica. Tampoco nos hallamos aún en la narración del final de la historia, a pesar de las apariencias. Cada plaga se limita a un tercio del ambiente al que afecta. Con esta limitación las plagas son una amenaza y, al mismo tiempo, una llamada a la conversión. Aún queda un tiempo de gracia para la conversión de vida.

Las desgracias que se desprenden al toque de cada trompeta tienen una correspondencia con las plagas de Egipto. En Egipto, como aquí, a la intervención de Dios precede el grito, el gemido de los hijos de Israel, oprimidos por la dura esclavitud: “Los israelitas gemían y se lamentaban de su servidumbre y su grito subió a Dios. Dios escuchó sus gemidos y se acordó de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob” (Ex 2,23-24). Escuchada la oración de Israel, Dios interviene. Dios escucha el grito de los afligidos que claman a Él (Dt 24,25; Si 35,13; Lc 18,7-8; St 5,4-5). Es lo que ahora nos presenta Juan con el septenario de las trompetas.

La primera trompeta anuncia las desgracias de la tierra firme. El fuego abrasa campos, bosques y prados: “Tocó el primero... Hubo entonces pedrisco y fuego mezclados con sangre, que fueron arrojados sobre la tierra: la tercera parte de la tierra quedó abrasada, la tercera parte de los árboles quedó abrasada, toda hierba verde quedó abrasada” (8,7).

El primer ángel con su toque de trompeta introduce una plaga semejante a la séptima que asoló la tierra de Egipto con sus granizos y relámpagos (Ex 9,23-25). Estas imágenes dramáticas tienen como finalidad escenificar el juicio divino sobre la historia humana. Pero aún no se trata del juicio final y definitivo. De hecho afecta sólo a un tercio de la tierra, una medida simbólica, que indica parcialidad y limitación. Es una sacudida de la tierra controlada por Dios, que no busca destruir la creación, sino corregir a los hombres.

Al segundo sonido de la trompeta es golpeado el mar, en el que cae una montaña de fuego, destruyendo una tercera parte de los peces: “Tocó el segundo ángel... Entonces fue arrojado al mar algo como una enorme montaña ardiendo, y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Pereció la tercera parte de las criaturas del mar que tienen vida, y la tercera parte de las naves fue destruida” (8,8-9). El mar que se transforma parcialmente en sangre nos recuerda la primera plaga de Egipto, en la que las aguas del Nilo su convierten en sangre (Ex 7,20-21). En la primera trompeta se golpea la tierra, en la segunda toca al mar. Toda la creación participa de la condenación y del juicio, como participará también de la liberación (Rm 8,20-21).

Al toque de la tercera trompeta sucede algo extraordinario. Una estrella incandescente, como un meteorito, cae del cielo a la tierra, envenenando un tercio de las aguas dulces, es decir, de las aguas potables: “Tocó el tercer ángel... Entonces cayó del cielo una estrella grande, ardiendo como una antorcha. Cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre los manantiales de agua. La estrella se llama Ajenjo. La tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo, y mucha gente murió por las aguas, que se habían vuelto amargas” (8,10-11). La estrella recibe el nombre de Ajenjo, un término que indica un licor amargo (Jr 9,14-16; 23,15; Lm 3,15) y que puede ser sinónimo de veneno. Aquí se alude al episodio de “las aguas amargas” que los israelitas encontraron en el desierto durante su camino hacia la tierra prometida (Ex 15,23-26). Como en los casos precedentes la desgracia afecta sólo a un tercio de las aguas dulces. Se trata, por tanto, de una intervención divina que anuncia el juicio, pero que da un tiempo para la conversión.

Algunos comentaristas del Apocalipsis ven en la caída de esta estrella el símbolo de la caída de los ángeles rebeldes a Dios. Jesús alude a esta caída cuando dice a sus discípulos: “Yo veía a Satanás caer como un rayo” (Lc 10,18). También en la elegía satírica sobre el rey de Babilonia, el profeta Isaías canta la caída de este soberano desde el cielo al abismo. El título de este rey era “Lucero de la mañana” o “Lucifer” (Is 14,11-12).

La cuarta trompeta nos hace dirigir la mirada desde la tierra y las aguas al cielo y a los aires. La cuarta plaga limita aún más la vida sobre la tierra. La luz, sin la que nada crece ni madura, disminuye en una tercera parte. Las fuentes de la luz se oscurecen, perdiendo una tercera parte de su luminosidad: “Tocó el cuarto ángel... Entonces fue herida la tercera parte del sol, la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas; quedó en sombra la tercera parte de ellos; el día perdió una tercera parte de su claridad y lo mismo la noche” (8,12). La novena plaga de Egipto consistió en el oscurecimiento del sol y de los astros (Ex 10,21-23). Ahora la desgracia toca al sol, la luna y las estrellas. Es una imagen que se repite en la literatura apocalíptica (Jl 2,10; 3,15; Am 8,9; Mt 24,29). Pero las tinieblas no reinan aún sobre toda la tierra, la luz sólo disminuye en un tercio. Estamos, pues, ante un anuncio del juicio divino, aún no en el juicio. Todavía Dios, en su paciencia, ofrece un tiempo de conversión.

**QUINTA Y SEXTA TROMPETA**

A las tres últimas trompetas, que anuncian plagas que hieren directamente al hombre, les precede un grito de águila que, desde lo alto del cielo, contempla la tierra y deja oír su lamento: “Y seguí viendo: Oí un Águila que volaba por lo alto del cielo y decía con fuerte voz: ¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra, cuando suenen las voces que quedan de las trompetas de los tres ángeles que van a tocar!” (8,13).

La aparición del águila puede tener un significado positivo, como una palabra de Dios que amonesta a los hombres, deseando evitarles las plagas de las últimas trompetas. En el Éxodo Dios es representado bajo la imagen del águila que protege a sus polluelos, llevándoles sobre sus alas (Ex 19,4; Dt 32,11).

Las plagas que restan superan toda capacidad natural, son plagas sobrenaturales, no provienen del espacio cósmico, sino del reino del demonio. Con estos azotes entran en escena las potencias que se oponen a Dios con todo su ser. La mentira y el odio caracterizan sus actos. Sin embargo también aquí se encuentra la forma pasiva del verbo “les fue dado” que tiene siempre a Dios como sujeto. Dependiendo su acción de cuanto Dios les permite hacer, su poder está limitado y, en realidad, todo cuanto hacen está encaminado a conducir al hombre sobre el recto camino, es gracia que llama al hombre a conversión.

Al sonido de la quinta trompeta, una estrella cae del cielo a la tierra. Una estrella caída es símbolo de un ángel caído (9,1; 12,9; Lc 10,18). La caída del ángel desencadena las tinieblas del infierno sobre la tierra (Jdt 6,2; 2P 2,4), en concreto, sobre el hombre: “Tocó el quinto ángel... Entonces vi una estrella que había caído del cielo a la tierra. Se le dio la llave del pozo del Abismo. Abrió el pozo del Abismo y subió del pozo una humareda como la de un horno grande, y el sol y el aire se oscurecieron con la humareda del pozo” (9,1-2).

Del humo surgen imágenes demoniacas, que se difunden sobre la tierra. Las imágenes con que describe el Apocalipsis estas acciones del diablo están tomadas de la octava plaga de Egipto (Ex 10,12-15), de la invasión de saltamontes del profeta Joel (Jl 1-2) y de la destrucción de Sodoma (Gn 19,28). Pero estos animales, al contrario de los saltamontes que atacan a las plantas, son como escorpiones, que atacan a los hombres, si bien sólo a los que no llevan en la frente la marca del Cordero. El infierno no tiene ningún poder sobre los elegidos de Dios: “De la humareda salieron langostas sobre la tierra, y se les dio un poder como el que tienen los escorpiones de la tierra. Se les dijo que no causaran daño a la hierba de la tierra, ni a nada verde, ni a ningún árbol; sólo a los hombres que no llevaran en la frente el sello de Dios” (9,3-4).

Dios impone a los demonios un tríplice límite: en el tiempo, sólo pueden atormentar al hombre durante cinco meses; no a todos los hombres, sino sólo a los que no llevan en la frente el sello divino de la fe y de la salvación (7,2-4) ; y no les pueden matar, sino sólo atormentarles: “Se les dio poder, no para matarlos, sino para atormentarlos durante cinco meses. El tormento que producen es como el del escorpión cuando pica a alguien. En aquellos días, buscarán los hombres la muerte y no la encontrarán; desearán morir y la muerte huirá de ellos” (9,5-6).

La descripción del tormento terrible de esta quinta plaga (9,7-12) está modelada sobre algunos textos bíblicos (Os 10,8; Lc 23,30) que meten en escena a “quienes esperan la muerte y ésta no llega, aunque la busquen con más ansia que un tesoro” (Jb 3,21). El profeta Amós usa la misma expresión para hablar de otro deseo muy diferente: el de la Palabra de Dios (Am 8,11-12). Aquí, en cambio, se trata de la desesperación de quien siente náusea y vergüenza de una vida sobre la que incumbe el juicio de Dios y sólo le queda la esperanza de la muerte, que no llega.

La narración de la quinta trompeta termina con la descripción externa de los demonios. Se trata de seres monstruosos, mezcla de saltamontes, caballos de guerra, leones, escorpiones, aves y algo hasta de hombre. La coraza muestra su dureza indomable, sus cabellos y zarpas de león expresan su salvajismo, su aguijón simboliza la perfidia, etc... Todo ello es símbolo de su maldad encaminada a hacer daño al hombre, como forma de oponerse a Dios.

Al frente de esta armada monstruosa, como su rey, está “el ángel del abismo” (9,11), que lleva un nombre infernal, expresado en hebreo y en griego, las dos lenguas bíblicas. En hebreo es Abaddón, que significa destrucción. Cinco veces aparece en el Antiguo Testamento para designar el infierno, el reino de los muertos (Jb 26,6). En griego es Apolíon, que significa destructor y se asemeja, por tanto, al ángel exterminador de los primogénitos de Egipto (Ex 12,23). Este ángel de la muerte nos recuerda cuanto leemos en el libro de la Sabiduría: “Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo y la experimentan sus secuaces” (Sb 2,24). Sin embargo nunca se debe olvidar que el triunfo del mal es limitado en el tiempo y en el espacio.

Hay un crescendo en el castigo que se abate contra la tierra. La plaga de los saltamontes dura un tiempo limitado y sólo puede herir a la humanidad, sin causar la muerte. Pero como, a pesar de todos estos castigos, la humanidad no se convierte y sigue dando culto a los ídolos, ahora el ejército devastador de la sexta trompeta se ve obligado a golpear duramente. Los hombres caen bajo la ira de Dios, según lo que también escribe Pablo a los romanos: “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia... Dios los entregó a las apetencias de su corazón” (Rm 1,18-24)

La sexta trompeta tiene efectos demoníacos muy parecidos a los de la quinta, pero aumentados en intensidad y extensión. Comienza reconociendo que todas estas manifestaciones, aunque son realizadas por el Adversario, tienen detrás a Dios, que se sirve del demonio para llevar a cabo su designio de salvación. La visión se abre con una voz que parte del altar de oro que está delante de Dios, en el que un ángel había puesto el incienso y las oraciones de los santos (8,3s): “Tocó el sexto ángel... Entonces oí una voz que salía de los cuatro cuernos del altar de oro que está delante de Dios; y decía al sexto ángel que tenía la trompeta: Suelta a los cuatro ángeles atados junto al gran río Éufrates. Y fueron soltados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, el día, el mes y el año, para matar a la tercera parte de los hombres. El número de su tropa de caballería era de doscientos millones; pude oír su número” (9,13-16).

El territorio del Éufrates era el horno de las invasiones de Palestina y del pueblo de Dios, de modo que Babilonia se convirtió para Israel en el símbolo de la hostilidad a Dios. Su mención ya hace temblar. De allí parte un ejército sobrehumano, incontable (veinte mil veces diez mil). La descripción de los caballos y de sus jinetes los pinta como fuerzas demoníacas, que vomitan instrumentos de destrucción (Jb 41,11-13). Como las langostas de la escena precedente, el aspecto de estos caballos y jinetes es monstruoso, con sus corazas resistentes e incendiarias, sus cabezas de león feroz, colas venenosas y bocas que vomitan fuego, humo y azufre. Quizás con estas bocas infernales se quiere evocar su palabra perversa, semejante al humo que asfixia: “Así vi en la visión los caballos y a los que los montaban: tenían corazas de color de fuego, de jacinto y de azufre; las cabezas de los caballos como cabezas de león y de sus bocas salía fuego y humo y azufre. Y fue exterminada la tercera parte de los hombres por estas tres plagas: por el fuego, el humo y el azufre que salían de sus bocas. Porque el poder de los caballos está en su boca y en sus colas; pues sus colas, semejantes a serpientes, tienen cabezas y con ellas causan daño” (9,17-19).

Estos ángeles de destrucción han estado hasta ahora encadenados. Desde este momento Dios les deja libres de irrumpir como riada que arrastra consigo todo lo que encuentra en su cauce. Pero estos instrumentos de destrucción no son autónomos, son agentes al servicio del juicio de Dios y se desencadenan sólo sobre una tercera parte de la humanidad y en un arco de tiempo circunscrito a una hora, día, mes y año fijado de antemano. La hora de las tinieblas no es infinita, sino que forma parte de un proyecto divino bien planificado.

El cuadro termina con una afirmación tremenda: todos los medios que Dios usa, sacudiendo el cielo y la tierra, para llamar a los hombres a conversión, son un fracaso. La humanidad se comporta como los egipcios, que se obstinaban cada vez más después de cada plaga: “Pero los demás hombres, los no exterminados por estas plagas, no se convirtieron de las obras de sus manos; no dejaron de adorar a los demonios y a los ídolos de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, que no pueden ver ni oír ni caminar. No se convirtieron de sus asesinatos ni de sus hechicerías ni de sus fornicaciones ni de sus rapiñas” (9,20-21).

El texto ofrece el elenco de inmoralidades que los hombres practican: idolatría, asesinatos, hechicerías, fornicaciones y robos. Como pecado capital presenta la idolatría igual que otros textos bíblicos (Sal 115,4-7; Dn 5,23). Pablo denuncia la corrupción profunda de la humanidad recurriendo a semejantes elencos de vicios (Rm 1,29-31; Ga 5,19-21; 1Co 6,9-10; Ef 5,3-5).

El hombre no se convierte “de la obra de sus manos” a Dios creador de todas las cosas. De un modo particular el hombre de la civilización técnica se queda prisionero en sí mismo, extasiado ante la obra de sus manos. Para quien ha perdido a Dios sólo le queda la posibilidad de plegarse sobre sí mismo, destruyéndose y destruyendo a los demás, junto con la creación misma. Fe y moral se complementan como incredulidad e inmoralidad (Rm 1,23-32). El ídolo es nada y vanidad, pero tiene la fuerza de hacer igual a sí a quienes le sirven (Os 9,10;Jr 2,5).

**EL LIBRO ABIERTO**

Después de tantas visiones de destrucción el horizonte se abre a la luz. Tras las seis primeras trompetas la narración se queda en suspenso. Cuando se espera el toque de la séptima, Juan se interrumpe y, antes de hacerla resonar, nos ofrece un interludio radiante de esperanza. Aparece un ángel envuelto en la luz divina. El arco iris, signo del final del diluvio y del comienzo de la paz y de la alianza entre el Creador y la creación entera (Gn 9), ciñe al ángel como una diadema. Las nubes de la tormenta se abren y dejan pasar los rayos de la luz divina.

La visión de las trompetas nos ha mostrado que Dios está presente en medio de las calamidades, llevando a cumplimiento su plan de salvación. Juan desea una vez más hacerlo explícito con la visión del pequeño libro y la de los dos testigos. Como después de la visión del sexto sello, también después de la sexta trompeta, la narración se interrumpe para encender la esperanza de los fieles, invitándoles a confiar en la presencia de Dios en medio de ellos.

Aquí, en el centro del Apocalipsis, nos encontramos con una segunda llamada de Juan. El lugar es el mismo de la primera vocación: Patmos. A Juan se le aparece un ángel de dimensiones inmensas. Juan le ve con un pie en tierra firme y otro en el mar. Su estatura alcanza a las nubes, que circundan su cuerpo como un vestido (Sal 104,3). Su rostro, semejante al sol, irradia esplendor. La narración de esta aparición del ángel está hecha con los símbolos que en la primera vocación de Juan (1,9) acompañaban al Hijo del Hombre. El esplendor de esta gloria celestial muestra que el ángel es un enviado de Dios y del Cordero.

Sin embargo el ángel no ocupa el centro de la escena. Todo su esplendor no es más que el marco del pequeño libro abierto, que el ángel tiene en su mano derecha: “Vi también a otro ángel poderoso, que bajaba del cielo envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza, su rostro como el sol y sus piernas como columnas de fuego. En su mano tenía un librito abierto. Puso el pie derecho sobre el mar y izquierdo sobre la tierra, y gritó con fuerte voz, como ruge el león. Y cuando gritó, siete truenos hicieron oír su fragor” (10,1-3).

Se dice expresamente que el libro es pequeño. Con esto nos da a entender que este libro contiene un mensaje particular, tomado del gran libro de los siete sellos, es decir, dentro del plan salvífico de Dios. Ese gran libro ha sido completamente abierto (8,1), por lo que tampoco esta pequeña parte está cerrada. Sin embargo, antes de que el ángel muestre al Vidente el pequeño libro, dándole a conocer su mensaje, irrumpe con un gran grito, que Juan, lo mismo que Oseas y Amós (Os 11,10), compara con el rugido del león. ¿Por qué esta comparación? Porque en la tradición profética Dios es comparado a un león que ruge cuando va a devorar a los enemigos de su pueblo (Am 1,2; Jl 4,16; Jr 25,30). El más expresivo es Amós: “Ruge el león, ¿quién no temerá? Habla el Señor Yahveh, ¿quién no profetizará?” (Am 3,8).

Al grito potente del ángel responde, como un eco, la voz de los siete truenos. En la Biblia el trueno es usado constantemente como metáfora de la voz de Dios (Sal 18,14; 29,3; Jr 25,30s; Jn 12,28s). El salmo 29 describe la revelación de la gloria de Dios en la tormenta, repitiendo siete veces que la voz de Yahveh truena. Es normal ver en la voz de los siete truenos la respuesta de Dios al grito del ángel. El número siete apoya esta interpretación. Juan ha entendido lo que ha gritado el ángel y también la respuesta de Dios y se dispone a ponerlo por escrito, en conformidad con la misión recibida (1,19). Pero Dios se lo prohíbe. Hay revelaciones de Dios destinadas a la iluminación y a la consolación estrictamente personales (2Co 12,4). Los elegidos de Dios tienen sus revelaciones particulares, como ayuda para cumplir su misión: “Apenas hicieron oír su voz los siete truenos, me disponía a escribir, cuando oí una voz del cielo que decía: Sella lo que han dicho los siete truenos y no lo escribas” (10,4).

También a Daniel se le ordena en un cierto momento que selle el libro de las revelaciones recibidas hasta que llegue el momento final y se manifieste a todos el designio de Dios: “Y tú, Daniel, guarda estas palabras y sella el libro hasta el momento final. Muchos lo consultarán y aumentarán su saber” (Dn 12,4).

De nuevo Juan nos presenta la imagen potente del ángel, que con un juramento sobre el Creador anuncia que “el misterio de Dios”, escondido desde la eternidad (Ef 3,9), ha comenzado a manifestarse (Dn 12,5-7). El cumplimiento de la promesa salvífica, que Dios ha confiado a sus enviados, no soporta más dilaciones. Ha llegado la hora de su realización: “Entonces el angel que había visto yo de pie sobre el mar y la tierra, levantó al cielo su mano derecha y juró por el que vive por los siglos de los siglos, el que creó el cielo y cuanto hay en él, la tierra y cuanto hay en ella, el mar y cuanto hay en él: ¡Ya no habrá dilación! sino que en los días en que se oiga la voz del séptimo ángel, cuando se ponga a tocar la trompeta, se habrá consumado el Misterio de Dios, según lo había anunciado como buena nueva a sus siervos los profetas” (10,5-7).

El mensaje del ángel es una buena noticia: llega el fin, es decir, llega el reino de Dios y del Mesías, cuya venida implora ardientemente la Iglesia con constancia, pues supone la aniquilación total y definitiva del maligno, de Satanás, el adversario de Dios. Los anuncios hechos por Dios a sus profetas y transmitidos por ellos llegan a su cumplimiento. Los cantos de victoria ya se oyen en el coro celeste, anticipando el triunfo final (11,15ss).

La voz del cielo trae otro mensaje personal para Juan: “Y la voz de cielo que yo había oído me habló otra vez y me dijo: Vete, toma el librito que está abierto en la mano del ángel, el que está de pie sobre el mar y sobre la tierra. Fui donde el ángel y le dije que me diera el librito. Y me dice: Toma, devóralo; te amargará las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel” (10,8-9). El mensajero de la Palabra de Dios es invitado a comerla, a hacerla suya antes de anunciarla a los demás. Juan escucha la misma palabra que antes había escuchado el profeta Ezequiel, en la visión de su vocación (Ez 2,8-3,3). El rollo, que come Ezequiel, contenía lamentaciones, suspiros y amenazas, es decir, toda su predicación y vida.

La vocación de Juan, como la de todo profeta, comporta el gozo de la comunicación con Dios, gustar la palabra que Dios pone en su boca, con la que le transmite su amor de elección, su fuerza, su protección. Es el gusto, más dulce que la miel (Sal 19,11;119,103), de la unión con Dios. Pero comporta también participar de la amargura del mensaje, que anuncia el juicio sobre naciones. El profeta sufre con la palabra, que le arde en las entrañas. Antes que Juan, como ningún otro, lo experimentó Jeremías (Jr 11,21; 15,10-12; 20,7-18; 23,29). La palabra gustada en la boca, amarga en las entrañas: “Tomé el librito de la mano del ángel y lo devoré; y fue en mi boca dulce como la miel; pero, cuando lo comí, se me amargaron las entrañas” (10,10).

Ser heraldo de Dios y llevar su palabra es su gloria y su miseria. Lo que proclama puede ser acogido o rechazado y él participa de su acogida y de su rechazo. El llamado por Dios como profeta ha de aceptar el sufrimiento que le acarreará la misión profética. Permanece cautivo de la palabra de Dios, sin posibilidad de escapar de ella. Una vez ligado a Dios, su suerte es la de Dios. Caminarán juntos, inseparables hasta el martirio.

El pequeño libro, que el ángel tiene en su mano, está abierto, significando que su contenido no debe permanecer secreto, sino que ha de ser comunicado a las Iglesias. La voz del cielo invita a Juan a acercarse al ángel para recibir el libro. Con la entrega del libro Juan es llamado una segunda vez a contemplar la fase final de la historia de la salvación, que se espera con el sonido de la séptima trompeta. Y, al invitarle a contemplar el final, se le invita igualmente a proclamar cuanto se le muestra, sin ocultar las terribles imágenes de la lucha final de la Iglesia: “Entonces me dicen: tienes que profetizar otra vez contra muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes” (10,11).

**LOS DOS TESTIGOS**

En el interludio, antes de la séptima trompeta, tenemos aún dos visiones: una en la que se mide el templo y la de los dos testigos, que aparecen en la ciudad santa ocupada por los paganos.

Después de recibir el libro que debe devorar, a Juan le ponen entre las manos una caña de medir parecida a una vara. La acción de medir el templo se le encomienda al mismo Juan y no a un ángel: “Luego me fue dada una caña de medir parecida a una vara, diciéndome: Levántate y mide el Santuario de Dios y el altar, y a los que adoran en él. El patio exterior del Santuario, déjalo aparte, no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles, que pisotearán la Ciudad Santa 42 meses” (11,1-2). La imagen evoca, además del templo de Jerusalén, ahora destruido, los episodios narrados por Ezequiel (Ez 40,3-47) y Zacarías (Za 2,5-9).

El hecho de no medir una gran parte del templo, es decir, de la Iglesia, es el signo de que la misma Iglesia sufrirá la calamidad anunciada y sólo un resto, purificado y fortalecido con la lucha, permanecerá firme en la fe. La fe y el culto permanecerán intactos entre los fieles del Señor. El santo, el santo de los santos y el patio interior son medidos, es decir, preservados de la destrucción. Se abandona a la devastación el patio exterior y su entorno, la ciudad de Jerusalén (Is 48,2; Dn 9,24; Mt 27,53; Lc 21,24). Las fuerzas del mal nunca podrán tocar la vida íntima de la Iglesia. El corazón de la Iglesia es intocable, su vestido exterior, sus estructuras externas sí, están siempre expuestas al odio de sus enemigos y a la mediocridad de sus mismos fieles.

El dato cronológico, cuarenta y dos meses (11,2; 13,5) o mil doscientos sesenta días (11,3; 12,6) equivale a tres años y medio (12,4) y está tomado del libro de Daniel, donde se dice que la dominación de Antíoco IV sobre Jerusalén durará “un tiempo, dos tiempos y medio tiempo” (Dn 7,25; 12,7) o “media semana” de años (Dn 9,27). Se trata siempre de la mitad del número siete. Mientras el dominio de Dios es eterno, al enemigo de Dios se le da un tiempo limitado, reducido a la mitad. La Iglesia, a pesar de todas las tribulaciones que encuentra en su historia, siempre es salvada por Dios, que nunca permitirá a su adversario un logro total y definitivo.

Incluso en los momentos más difíciles, la Iglesia seguirá proclamando el Evangelio en medio del mundo, bajo la protección de Dios, que pone en su boca la palabra y le da *parresía* para anunciarla desde los tejados de la ciudad. Este es el significado de la imagen de los dos testigos, inspirada en el profeta Zacarías (Za 4,1-14), que presenta a los dos guías del retorno del exilio de Babilonia, el sacerdote Josué y el gobernador Zorobabel. La misión de la Iglesia es dar testimonio de Jesucristo (6,9; 12,11.17; 19,10) ante la humanidad de todos los lugares y tiempos (Mt 28,28s): “Pero haré que mis dos testigos profeticen durante 1260 días, cubiertos de sayal. Ellos son los dos olivos y los dos candeleros que están en pie delante del Señor de la tierra” (11,3-4).

Los paganos profanan el patio exterior del templo durante cuarenta y dos meses. Los dos testigos profetizan durante mil doscientos días. Se trata del mismo tiempo, medido en meses o en días. La Iglesia será siempre perseguida, pero nunca le faltarán testigos, que den testimonio de Cristo con su vida y con su palabra. Derramando su sangre en la persecución darán el testimonio supremo de su fe. El martirio es la expresión plena de amor y de la vida eterna.

Los dos testigos, vestidos de saco, están llamados, en medio de la apostasía, a llamar a los hombres a conversión (Gn 37,34; Is 37,1; 58,5; Mt 11,21). Los dos testigos son dos olivos y dos candeleros, que están ante el Señor de toda la tierra (11,4). Su misión, como la de toda la Iglesia (1,6; 5,10), es sacerdotal y real. Ungidos con el oleo del Señor, difunden la luz de su verdad en las tinieblas de la ciudad profanada. Para realizar su misión en un ambiente hostil, Dios les da poderes particulares, como a Moisés y al profeta Elías (2R 1,10-14). Dios les hace invulnerables a los asaltos del mal, poniéndose de su parte como fuego devorador. Como Elías (1R 17,1; St 5,17-18), los dos testigos reciben el poder de cerrar el cielo para que no caiga la lluvia: “Si alguien pretendiera hacerles mal, saldría fuego de su boca y devoraría a sus enemigos; si alguien pretendiera hacerles mal, así tendría que morir. Estos tienen poder de cerrar el cielo para que no llueva los días en que profeticen; tienen también poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y poder de herir la tierra con toda clase de plagas, todas las veces que quieran” (11,5-6).

A quienes rechazan su palabra les toca la suerte de los enemigos de Elías (2S 1,9-14; 1R 17,1; Lc 4,25; St 5,17) o de Moisés (Nm 16,25-35; Ex 7,14-12,33). Ningún poder humano puede apagar el testimonio de los elegidos de Dios. Pero, una vez cumplida su misión, los dos testigos sellan su testimonio con el martirio. Su sangre queda en la plaza de la ciudad confirmando la verdad de su testimonio: “Pero cuando hayan terminado de dar testimonio, la Bestia que surja del Abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará. Y sus cadáveres quedarán expuestos en la plaza de la Gran Ciudad, que simbólicamente se llama Sodoma o Egipto, allí donde también su Señor fue crucificado” (11,7-8).

La bestia, que sube desde el abismo infernal, se ensaña contra la Iglesia, simbolizada en los dos testigos, hasta después de muertos. El lugar donde actúa la bestia es la “ciudad santa” abandonada a los paganos (11,2), que después de este delito recibe el calificativo de la “gran ciudad”, llamada con los nombres de las ciudades malvadas, enemigas del pueblo de Dios: Egipto, tipo de la tiranía (Sb 19,13-17) o Sodoma, tipo de la perversión moral (Is 1,9; 3,9; Ez 16,46-50); y finalmente, Babilonia, residencia del Anticristo (16,19; 17,18; 18,10.16-21). Puede referirse también a Jerusalén, que no es sólo la ciudad santa, sino “que mata a los profetas” (Mt 23,37). Seguramente es Roma donde mueren mártires Pedro y Pablo.

Dejar sin sepultura un cadáver es la injuria suprema que se puede hacer a una persona (Sal 79,2-3;Jr 8,1-2; 16,4; 25,33; 2M 5,10). A Cristo no se le hizo esta injuria (Mt 27,57-61; Mc 15,42-47; Lc 23,50-55; Jn 19,38-42). En pocos textos de la Escritura se habla con tanta crudeza de las consecuencias que afronta el cristiano por dar testimonio de Cristo. El mundo “se alegra, se intercambian regalos, se hace fiesta” (11,10) por su muerte. Jesús lo había anunciado: “En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará” (Jn 16,20).

Las mismas potencias que crucificaron a Cristo son las que ahora persiguen a la Iglesia. La muerte de Cristo continúa en el martirio de sus fieles. El testimonio sellado con la sangre de los fieles ilumina a los llamados por Dios y es piedra de tropiezo y escándalo para los sometidos al dominio de la bestia, que celebran la muerte de los justos, porque su palabra y su vida es una condena de sus obras. Al ver su boca reducida al silencio, respiran, se alegran y cantan con júbilo: “Y gentes de los pueblos, razas, lenguas y naciones, contemplarán sus cadáveres tres días y medio: no está permitido sepultar sus cadáveres. Los habitantes de la tierra se alegran y se regocijan por causa de ellos, y se intercambian regalos, porque estos dos profetas habían atormentado a los habitantes de la tierra” (11,9,10).

Pero el triunfo de los malvados es efímero; sólo dura tres días y medio, la mitad de una semana, símbolo de imperfección y caducidad. Después, como Cristo resucita al tercer día y hace enmudecer a sus enemigos, así acontece con sus seguidores. Como el testigo fiel vuelve a la vida glorioso, así sus discípulos reciben un hálito de vida (Ez 37,5.10) y son glorificados por Dios Padre: “Pero, pasados los tres días y medio, un aliento de vida procedente de Dios entró en ellos y se pusieron de pie, y un gran espanto se apoderó de quienes los contemplaban” (11,11).

La resurrección y ascensión al cielo se cumple delante de sus enemigos, que quedan llenos de espanto. El júbilo de “los habitantes de la tierra” se cambia en angustia y terror. En el triunfo de los dos testigos ven el juicio de Dios sobre sus obras: “Oí entonces una fuerte voz que les decía desde el cielo: Subid acá. Y subieron al cielo en la nube, a la vista de sus enemigos” (11,12).

Como en la muerte de Cristo, también ahora sigue un gran terremoto (Mt 28,2), que reduce a ruinas la décima parte de la ciudad, enterrando bajo los escombros a otros tantos habitantes. Pero el interludio termina con una constatación consoladora: lo que los dos testigos no habían conseguido con su palabra lo logran ahora con su muerte. Los sobrevivientes se convierten y dan gloria a Dios: “En aquella hora se produjo un violento terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y con el terremoto perecieron 7.000 personas. Los supervivientes, presa de espanto, dieron gloria al Dios del cielo” (11,13).

**SÉPTIMA TROMPETA**

Al toque de la última trompeta, como el ángel había predicho (10,6s), el tiempo se encamina hacia el final y el “misterio” de Dios, es decir, su plan de salvación avanza hacia la realización plena y definitiva. El dominio de Dios comienza a aparecer en la creación. Desde el cielo desciende un grito de júbilo, porque la historia del mundo llega a su conclusión con la instauración del reino de Dios: “Tocó el séptimo ángel... Entonces sonaron en el cielo fuertes voces que decían: Ha llegado el reinado sobre el mundo de nuestro Señor y de su Cristo; y reinará por los siglos de los siglos” (11,15).

Se cumple la palabra de Pablo: “Cristo debe reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies” (1Co 15,25). Los ancianos celebran la victoria del Señor con un himno de alabanza y de acción de gracias. El incitador de la guerra contra la Iglesia, Satanás, a quien Dios había concedido mostrarse como “el príncipe de este mundo” (Jn 12,31), no tiene nada que hacer en el mundo de Dios. Dios, “el que es y era” ha venido -falta la tercera expresión “que viene” (1,8; 4,8)- y ha comenzado a pedir cuentas a cuantos han arruinado su creación: “Y los veinticuatro Ancianos que estaban sentados en sus tronos delante de Dios, se postraron rostro en tierra y adoraron a Dios diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, Aquel que es y que era, porque has asumido tu inmenso poder para establecer tu reinado. Las naciones se habían encolerizado; pero ha llegado tu cólera y el tiempo de que los muertos sean juzgados, el tiempo de dar la recompensa a tus siervos los profetas, a los santos y a los que temen tu nombre, pequeños y grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra” (11,16-18).

Juan nos muestra el lugar donde los justos gozan de Dios. Ante sus ojos se abre el cielo, representado con la imagen del templo de Dios. Juan penetra hasta el *sancta sanctórum* y contempla allí el Arca de la Alianza, el lugar de la presencia de Dios en el santuario de Israel: “Y se abrió el Santuario de Dios en el cielo, y apareció el arca de su alianza en el Santuario, y se produjeron relámpagos, y fragor, y truenos, y temblor de tierra y fuerte granizada” (11,19).

El Arca de la Alianza aparece ahora en el templo, mientras que más adelante (15,8) se ve la nube que llena el templo. Las dos escenas hacen referencia a 2M 2,5-8, donde se dice que Jeremías esconde en una gruta la tienda, el Arca de la Alianza y el altar de los perfumes. La aparición del Arca y la presencia de la nube significan que el tiempo de la restauración escatológica ha llegado.

La presencia de Dios, dichosa para sus fieles, difunde entre sus enemigos el terror: terremotos, relámpagos, truenos, granizo y gritos... Después del anuncio de la victoria, anticipado para reavivar la esperanza en los fieles, ahora puede pasar a describir el último asalto de las potencias hostiles a Dios (13,1-18), mostrando en sus detalles particulares el tremendo juicio de estas potencias y de sus seguidores (14,1-20,10) y también el juicio final ( 20,11-15), para concluir con la descripción detallada de la nueva creación (21,1-22,5).

**LA MUJER Y EL DRAGÓN**: 12,1-17

**DOS SIGNOS EN EL CIELO**

El nuevo ciclo de profecías, que desarrolla el contenido de la última trompeta, comienza con la revelación de las verdaderas fuerzas que se enfrentan en la historia. En esta visión preliminar, Juan nos habla del misterio íntimo de la Iglesia situada en medio del mundo con una misión, a la que se opone radicalmente Satanás. Este capítulo expone abiertamente el combate a muerte entre la Iglesia y Satanás. Con dos grandes “signos” contrapuestos, la mujer y el dragón, Juan ve el misterio de la historia revelado ante sus ojos en el cielo.

Este capítulo 12 del Apocalipsis nos recuerda el relato del Génesis (3,15), donde se anuncia la perenne enemistad entre la mujer y la serpiente, entre la descendencia de ésta y la descendencia de aquélla, hasta que la descendencia de la mujer aplaste la cabeza de la serpiente, “que tiene por nombre Diablo y Satanás y anda seduciendo a todo el mundo” (12,9). También evoca el Éxodo, con la alusión al desierto y con “las alas de águila” dadas a la mujer para volar hacia él: “Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí” (Ex 19,4). Este trasfondo permite reconocer en la Mujer al Israel de la espera y, sobre todo, al nuevo Israel del cumplimiento.

Al centro, como primer signo, aparece una figura gloriosa: una mujer vestida de la luz del sol, como lo está Dios mismo (Sal 104,2), apoyada sobre la luna, coronada de doce estrellas. Ante esta imagen podemos preguntarnos como en el Cantar de los Cantares: “¿Quién es ésa que surge como la aurora, bella como la luna, esplendorosa como el sol, terrible como escuadrones ordenados?” (Ct 6,10). Esta Mujer es la madre, la esposa, la ciudad santa, encinta del Mesías. Los dolores del parto aparecen en los profetas como preludio de la llegada del Mesías. Isaías invita al rey Ajaz a pedir a Dios “una señal en lo profundo del abismo o en lo alto del cielo”. Ajaz se niega, pero recibe esta respuesta: “El Señor mismo os dará una señal. He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel” (Is 7,10ss).

Por ello, en esta Mujer del Apocalipsis encontramos un gran símbolo del misterio de María, la Virgen Madre que da a luz al Mesías. En la Tradición se ha visto en esta Mujer el símbolo de la Iglesia, nuevo pueblo de Dios, y el símbolo de María, la Madre de Jesús. Pero, para entender este simbolismo, hay que partir viendo en esta Mujer el símbolo de Israel, la Hija de Sión, la Madre Israel, de la que ha nacido el Mesías: “la salvación viene de los judíos” (Jn 4,22). Jesús, en cuanto hombre, tiene una ascendencia judía, es hijo de la Mujer Sión. Pero, en el Nuevo Testamento, la Mujer Sión es la Iglesia. Y, uniendo Israel y la Iglesia, aparece María, donde desemboca la esperanza de Israel y se inicia la Iglesia.

La mujer vestida de sol es el símbolo arquetípico de la Iglesia indestructible, de la Iglesia eterna. Ella soporta siempre sufrimientos y persecuciones, pero nunca es abatida. Y al final alcanza la victoria como Esposa del Cordero. Sión-María-Iglesia es siempre la Mujer, que no pertenece a la tierra. Es una *figura celeste*, “vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas” (12,1). El adorno de esta Mujer del Apocalipsis es el que describe Isaías: “Levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz, y la gloria de Yahveh alborea sobre ti... Ya no será el sol tu lumbrera de día, ni te alumbrará el resplandor de la luna, sino que Yahveh será tu eterna lumbrera y tu Dios será tu esplendor. Tu sol no se pondrá jamás ni menguará tu luna, porque Yahveh será tu eterna luz” (Is 60,1.19-21). Por eso, al final, como Jerusalén celestial, “desciende del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su Esposo” (21,2.10-11).

La luna puede ser muy hermosa, pero la luz no le pertenece, es una luz recibida. La belleza de la luna no es más que un reflejo del esplendor del sol. Brillando con la luz que recibe del sol es maravillosamente hermosa. Los Padres han aplicado este simbolismo a la Iglesia y a María: “hermosa como la luna” (Ct 6,10). La luz, el esplendor de la Iglesia, y de María, es gracia. En la Escritura y en la liturgia, la imagen del sol se aplica a Dios y a Cristo. El es el Sol de justicia: “Dios es luz” (1Jn 1,5) y la fuente de la luz (1Jn 1,7). La Mujer vestida del sol es la Iglesia vestida de Cristo. Pero, además, está “coronada con doce estrellas”, donde la Tradición ha visto a los “doce apóstoles del Cordero” (21,14), fundamento de la nueva Jerusalén, que a su vez nos remiten a las doce tribus de Israel; ya en el sueño de José las doce estrellas simbolizaban las tribus de Israel (Gn 37,9). Así, la Mujer coronada de doce estrellas es una imagen del antiguo y del nuevo Israel en su perfección escatológica.

El primer “signo” es, pues, la imagen de una mujer celeste, radiante de luz, que se presenta con el trasfondo del cielo estrellado. Todas las fuentes de luz convergen en ella. El sol es su vestido; la luna, peana de sus pies; doce estrellas, la diadema de su cabeza. Espléndida en su aspecto, la oímos gritar con los dolores de parto: “Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz” (12,1-2).

La mujer está encinta y, por ello, revestida de sol. Dios mismo la ha preparado su traje de bodas, cubriéndola con el Espíritu de gloria. Es la nube que guió al pueblo del éxodo, que cubrió la cima del Sinaí, que llenó la tienda de Dios en el desierto y el templo en el día de su dedicación. Es la gloria de Dios que, según el anuncio de Isaías (4,5), se extenderá sobre la asamblea reunida en el monte Sión. Es la nube que cubrió a Jesús en la transfiguración (Mc 9,7). Esta espesa nube de luz, cargada de la gloria de Dios, cubrirá a María, revistiéndola de luz. El Espíritu Santo, que es el Espíritu de la gloria de Dios (1P 4,14), envolverá a María con su sombra luminosa, nube de fuego. El Espíritu de gloria y de poder (Rm 6,4; 2Co 13,4; Rm 8,11) desciende sobre María y la hace madre del Hijo de Dios en el mundo.

Esta Mujer es la *Mujer en trance de dar a luz*. Es la Mujer que está encinta y que grita con los dolores de parto. Son los dolores escatológicos de la Hija de Sión en cuanto madre. Así la describe el profeta Miqueas: “Retuércete y grita, hija de Sión, como mujer en parto” (Mi 4,10). Y con gran vigor Isaías describe este gran acontecimiento escatológico: “Voces, alborotos de la ciudad, voces que salen del templo. Es la voz de Yahveh, que da a sus enemigos el pago merecido. Antes de ponerse de parto, ha dado a luz: antes de que le sobrevinieran los dolores, dio a luz un varón. ¿Quién oyó cosa semejante? ¿Quién vio nunca algo igual? ¿Es dado a luz un país en un día? ¿Una nación nace toda de una vez? Pues apenas ha sentido los dolores, ya Sión ha dado a luz a sus hijos. ¿Voy yo a abrir el seno materno para que no haya alumbramiento?, dice Yahveh. ¿Voy yo, el que hace dar a luz, a cerrarlo?, dice tu Dios. Alegraos con Jerusalén y regocijaos con ella todos los que la amáis” (Is 66,6-10; 26,17).

El hijo, que la Mujer Sión da a luz, son todos los hijos del pueblo de Israel, del nuevo pueblo mesiánico. Jesús recurre a la misma imagen en la última cena, inmediatamente antes de la Pasión y Resurrección (Jn 16,19-22). Los dolores de parto de la mujer, con los que se compara la tristeza de los discípulos, son un signo del nuevo mundo que ha de hacerse realidad para ellos en el acontecimiento pascual. A través de la Cruz y la Resurrección tendrá lugar el alumbramiento doloroso del nuevo pueblo de Dios. La conexión entre las angustias de la mujer, el odio de la bestia y la elevación del hijo hace presente el misterio pascual, como nacimiento de la muerte a la vida del nuevo pueblo de Dios (Hch 4,25-28).

Junto a este signo glorioso aparece otro signo caracterizado por sus colores y aspecto monstruosos. El color de su piel es semejante al del caballo de la guerra y la violencia (6,4): el rojo de la sangre de sus víctimas. Todo su ser está diseñado para destruir. Ser del abismo, emerge de él para estremecer el orden del cosmos y devolver la creación a las tinieblas y al caos: “Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. Su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra. El Dragón se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto lo diera a luz” (12,3-4).

El dragón es el adversario de Dios, que devasta el mundo y se opone al plan salvífico de Dios. Se dice explícitamente que es el diablo (12,9). Los detalles monstruosos de su aspecto están tomados del libro de Daniel (Dn 7,7; 8,10). Es, por otra parte, grotesca y ridícula su pretensión de suplantar a Dios, imitando al Cordero, verdadero Señor de la historia. Los siete ojos, símbolo del espíritu de Dios (5,6), se convierten en siete cabezas. Los “siete cuernos” (5,6) se transforman en diez; y las “muchas diademas” (19,12) aparecen aquí como siete coronas. Tales diferencias y la desproporción de toda la figura manifiestan que la imitación se ha cambiado en perversión.

Sin embargo no se debe menospreciar la potencia del diablo. Según se desprende de su figura, el diablo es en realidad muy fuerte; ese es el significado de los diez cuernos. Tiene el poder de dominar sobre la tierra, por lo que lleva “siete coronas”. Jesús le llama “el príncipe de este mundo” (Jn 12,31; 14,30; 16,11). Este monstruo potente y armado está frente a la figura luminosa de la mujer desarmada, para devorar al hijo apenas le haya dado a luz.

El niño nace. Es un varón, cuya identidad y misión se indican con una cita de un salmo mesiánico (Sal 2,9). El recién nacido es, pues, el Mesías prometido por Dios como Señor de todos los pueblos, que arrojará “al príncipe de este mundo” (Jn 12,31): “La mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono” (12,5).

El diablo ve en este niño una amenaza mortal. Esto explica la tensión con que aguarda su nacimiento, para aniquilarlo desde el principio. Parece fácil que un potente dragón devore a un indefenso niño que acaba de nacer. Pero Dios interviene y salva al recién nacido, colocándolo, como dominador, sobre su mismo trono. El *varón* que la Mujer da a luz es Jesús ciertamente, pero no se trata del alumbramiento de Belén, sino del nacimiento de Cristo, que tiene lugar en la mañana de Pascua. Los dolores de parto corresponden a los del calvario. El nuevo Testamento describe en varias ocasiones la Resurrección como un nuevo nacimiento, como el día en que el Padre dice: “Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy” (Hch 13,32-33). La Resurrección es el momento del “nacimiento” del Cristo glorificado, el comienzo de su vida gloriosa, de la “elevación del Hijo hacia Dios y su trono” (12,5), victorioso sobre el gran dragón.

El hijo es el Jesús histórico resucitado y glorificado. Es también el Cristo total, Cabeza y miembros, “el resto de su descendencia”, sus hermanos, que “son los que guardan los preceptos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús” (12,17). Estos son también hijos de la Mujer, hijos que María recibe de Cristo desde la cruz, hijos que la Iglesia da a luz a lo largo de los siglos. La maternidad de María se halla ligada al Gólgota. Allí María es llamada “Mujer” lo mismo que en el Apocalipsis. Allí la madre de Jesús se convierte en madre del discípulo, de todos los discípulos de Jesús. Al pie de la cruz tiene lugar el nacimiento del nuevo pueblo de Dios, de la Iglesia, de la que María es a la vez imagen y madre.

Esta visión de Cristo, hecho hombre, partícipe de toda la debilidad humana, hasta morir en la cruz, pero exaltado victorioso a la gloria del Padre, constituido Señor de cielo y tierra (Flp 2,6-11), cumple una vez más la misión del Apocalipsis: dar ánimos a los fieles en medio de la persecución. En su debilidad Dios se manifestará fuerte y les hará vencer todas las insidias del maligno. “Ha elegido Dios a los débiles del mundo para confundir a los fuertes” (1Co 1,27).

La situación de la Iglesia es idéntica a la de la mujer ante en dragón. Aparentemente está a merced de Satanás. Pero también de ella, como de su Hijo, se ocupa Dios Padre. Todas las posibilidades de que se enorgullece el enemigo, por su superioridad, están condenadas al fracaso: “Y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios para ser allí alimentada 1.260 días” (12,6). En lugar del jardín del Edén, donde la serpiente ataca y vence a Eva, Dios salva a la Iglesia, llevándola al desierto. En el desierto, sin árboles, sólo Dios la alimenta.

El desierto es el refugio de los perseguidos (1R 17,2ss; 19,3ss; 1M 2,29-30). El único camino que se le ofrece a la Iglesia es el del pueblo de Dios cuando huía del poder del Faraón, dando vueltas por el desierto. En el desierto la Iglesia, lo mismo que Israel, encuentra la protección de Dios en su itinerario por este mundo. Dios, aunque no elija el camino más corto, siempre elige el camino que lleva a la tierra prometida. Durante todo el tiempo de su caminar por el desierto, Dios mismo alimenta a su pueblo. Este tiempo -mil doscientos sesenta días- es el tiempo de la ocupación de Jerusalén por parte de los paganos (11,2), el tiempo de la aparición de los dos testigos (11,3) y el tiempo del reinado del Anticristo (13,5).

**BATALLA EN EL CIELO**

Para entender el furor de la lucha del dragón contra la mujer y sus hijos, Juan nos traslada al cielo, donde asistimos a la guerra del dragón y sus ángeles contra Miguel y los suyos (12,7). A la base de esta representación está la concepción de una caída de los ángeles, que en los comienzos arrastró a los espíritus rebeldes derrotados por los ángeles fieles a Dios. El mal no es eterno. El mal entra en el mundo por la rebelión contra Dios de estos ángeles. Caídos de su gloria tientan al hombre, tratando de seducirlo para que se rebele contra Dios. Es el maligno quien mete el veneno de muerte en la historia de los hombres. Su deseo exorbitado de ser Dios se lo transmite a los hombres: “Seréis como Dios” (Gn 3,5). A esta tentación responde Miguel, según el significado de su nombre: ¿Quién como Dios? .

En el combate celeste los ángeles rebeldes son vencidos. Lo había anunciado Jesús (Lc 10,18) y Juan transmite a las Iglesias: “No prevalecieron y no hubo en el cielo lugar para ellos. Y fue arrojado el gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él” (12,8-9).

Juan no describe la batalla. Nos narra sólo la derrota de Satanás y las consecuencias de ella. Para el diablo y sus secuaces significa una caída definitiva e irremediable. Tres veces se repite la palabra “precipitado”, como para sellar la sentencia final de su condena. Los nombres que el dragón recibe en el Apocalipsis y en el resto de la Escritura expresan estas consecuencias. Es “la antigua serpiente”, que logró engañar a los primeros hombres (Gn 3,1-7; Sb 2,24; 2Co 11,3; 1Tm 2,14). Su forma de actuar le mereció para siempre el título de “padre de la mentira” y “asesino desde el comienzo” (Jn 8,44; Gn 3,8-24). Otro nombre repetido en varios lugares es el de “diablo”, el que divide al hombre de Dios y a los hombres entre sí, calumniador, crea enemistad entre los que le escuchan. Y el tercer nombre “Satanás” en hebreo significa acusador, adversario, enemigo de Dios. Es llamado también el “tentador”, el “que seduce y engaña”.

Miguel, único ángel que en el Apocalipsis tiene un nombre, es uno de los siete arcángeles (8,2). Daniel lo presenta como el protector de Israel en cuanto pueblo de Dios (Dn 10,21; 12,1). Miguel se enfrenta al dragón, proclamando la gloria única de Dios. La derrota de Satanás es celebrada en el cielo con un himno a Dios y a su Ungido. Un solista, representante de toda la humanidad redimida, en nombre de todos “sus hermanos”, eleva su voz en el canto. En él enuncia que ya Cristo ha combatido la batalla decisiva, que nos ha asegurado la victoria final.

El reinado de Dios ha inaugurado el tiempo de la salvación. Las escaramuzas del Adversario no podrán interrumpir el avance del reino de Dios. Gracias a la sangre del Cordero se alegran el cielo y sus habitantes: “Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo: Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios. Ellos lo vencieron gracias a la sangre del Cordero y a la palabra de testimonio que dieron, porque despreciaron su vida ante la muerte. Por eso, regocijaos, cielos y los que en ellos habitáis. ¡Ay de la tierra y del mar! porque el Diablo ha bajado donde vosotros con gran furor, sabiendo que le queda poco tiempo” (12,10-12).

El “acusador” del hombre ante Dios (Jb 1,9-11; 2,4-5; Za 3,1) pone en duda la sinceridad de la fe de los justos. Ahora, derrotado, se le obliga a callar. Sobre toda la humanidad y sobre todo el universo se extiendo el reino de Dios. Las últimas palabras del Resucitado en el evangelio de Mateo se ven cumplidas: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra... Y yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,18.20).

La fuerza de la victoria sobre el dragón está en la “sangre del Cordero”, fuente de toda redención. Pero a ella se asocia también el testimonio del martirio de los cristianos. Pablo escribe a los colosenses: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros y completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1,24). La comunidad cristiana, con la pasión y muerte de sus fieles, participa en la obra redentora del Cordero. Los mártires, que “no amaron su vida hasta aceptar la muerte”, han experimentado la palabra de Cristo: “El que ama su vida la pierde y el que odia su vida en este mundo, la guarda para la vida eterna” (Jn 12,25).

La Iglesia conoce el tiempo de los dolores de parto y es objeto de la persecución del dragón. Pero, lo mismo que su Señor salió vencedor de la muerte y del antiguo Adversario en su resurrección, también la Iglesia superará la prueba y será salvada por el poder del que está junto al trono de Dios. El triunfo pascual del Hijo de la Mujer es anticipación y promesa segura del triunfo escatológico de la Iglesia, aun cuando en el tiempo presente viva en medio de los dolores de parto, atravesando su “desierto”, que es tiempo de prueba y de gracia.

**LAS ALAS DE ÁGUILA**

El dragón desahoga su despecho contra Dios persiguiendo a la mujer que ha dado a luz al varón que le ha derrotado. Así el combate iniciado en el cielo continúa en la tierra, ahora contra la Iglesia. Pero desde el principio se sabe -es lo que desea comunicar Juan a los fieles de la Iglesia- que las pretensiones del Adversario son tan desesperadas como lo ha sido su batalla en el cielo. En un cuadro admirable, pintado con los colores de la historia de Israel salvado del Faraón en el desierto (Ex 19,4; Dt 32,10-12; Is 40,13), contemplamos a la Iglesia llevando a sus hijos al desierto sobre las alas de águila que se le han concedido: “Cuando el Dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la Mujer que había dado a luz al Hijo varón. Pero se le dieron a la Mujer las dos alas del águila grande para volar al desierto, a su lugar, lejos del Dragón, donde tiene que ser alimentada un tiempo y tiempos y medio tiempo” (12,13-14).

Tras la victoria de Cristo, cuando “se enfureció el dragón contra la mujer y se fue a hacer la guerra contra el resto de su descendencia, contra los que guardan los preceptos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús” (12,7), la Mujer tiene que “huir al desierto”, al lugar donde se selló la alianza entre Yahveh y el pueblo, lugar donde Israel vivió sus esponsales con Yahveh, lugar de su refugio, donde es especialmente protegido y conducido por Dios (1R 19,4-16). El desierto es un lugar de protección y defensa contra el peligro de los enemigos, porque es el lugar privilegiado del encuentro con Dios. Rodeada de pruebas y persecuciones, la Mujer, la Iglesia, huye al desierto para permanecer por un tiempo aún, hasta que sea definitivamente derrotado “el gran dragón, la antigua serpiente, llamada Diablo y Satanás” (12,7), enemigo de la Mujer desde el comienzo hasta el final de la historia.

Por ello este tiempo es tiempo de combate. La Mujer “hermosa como la luna, resplandeciente como el sol”, es también “ terrible como escuadrones ordenados” (Ct 6,10). El sorprendente juego de imágenes, que expresa tanto el esplendor de la Mujer como su poder, muestra a la Mujer Sión y también a María. En María alcanzan su cumplimiento las promesas hechas a la Hija de Sión, que anticipa en su persona lo que será realidad para el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia. En la liturgia se canta a María con esta antífona: “Alégrate, Virgen María, porque tú sola venciste a todas las herejías en el mundo entero”. La resonancia de los dogmas sobre la Virgen, vistos e integrados en el misterio de Cristo y de la Iglesia, asegura la solidez de la fe y fortalece en la lucha contra todas las herejías. En este sentido, María es “terrible, como escuadrones ordenados”. Con la fe en todo lo que en María se nos ha revelado, la Iglesia está segura de la victoria final sobre las fuerzas del mal.

La promesa de Jesús sobre la indestructibilidad de la Iglesia (Mt 16,18), como el anuncio de las persecuciones que sufrirían sus discípulos (Mt 5,10-12; 10,23; 23,34; Jn 15,20) aparecen realizadas simultáneamente. El águila, al ser el ave que vuela más alto, sabe que el peligro para sus polluelos sólo puede llegarles desde abajo. Por ello, para defenderles de todo ataque, los coloca sobre sus alas. Para herirles la flecha lanzada desde abajo tiene que atravesarle a ella antes de alcanzar a los polluelos. Así Dios ha llevado a sus hijos por el desierto (Dt 32,11). Y de este modo es defendida la Iglesia y sus hijos del ataque del maligno.

En su desesperación el dragón se transforma en serpiente y de serpiente en monstruo marino que vomita una enorme masa de agua para ahogar a la mujer. Ezequiel al Faraón, que desea anegar a Israel en el Mar Rojo, lo ve convertido en “cocodrilo de los mares” (Ez 32,2): “Entonces el Dragón vomitó de sus fauces como un río de agua, detrás de la Mujer, para arrastrarla con su corriente” (12,15).

Dios salva a Israel abriendo las fauces del mar y cerrándolas sobre el Faraón y su ejército. Lo mismo hace ahora con la tierra que se traga el río de agua del Adversario y así salva a la Iglesia: “ Pero la tierra vino en auxilio de la Mujer: abrió la tierra su boca y tragó el río vomitado de las fauces del Dragón” (12,16). La Iglesia está segura, pues cuenta con la ayuda de Dios. Pero esto no significa que los fieles puedan dormir en paz. Satanás, con las persecuciones contra los cristianos, trata de oponerse al reino de Dios: “Entonces despechado contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús” (12,17).

Los creyentes son presentados como hijos de la misma mujer que ha dado a luz al Mesías, Hijo de Dios. La Iglesia es nuestra madre y Cristo nuestro hermano (12,7; Hb 2,10-18). Y la vida de los cristianos tiene como misión “dar testimonio de Jesús”, con la palabra y con su vida en conformidad con la voluntad de Dios, es decir, “cumpliendo sus mandamientos”. Los discípulos de Jesús son sus testigos (Hch 1,8; 10,49; 13,31), dispuestos a dar hasta la vida por fidelidad a su Maestro. De este modo el odio de Satanás sirve a vivificar a la Iglesia y a hacer crecer interiormente el reino de Dios.

**LAS DOS BESTIAS Y EL CORDERO**: 13,1-14,5

**PRIMERA BESTIA: EL ANTICRISTO**

Los tres cuadros de la precedente visión (12,1-17) nos han desvelado el trasfondo de los acontecimientos que marcan la historia de la Iglesia en este mundo. De este modo nos han preparado para asistir a la fase final, en la que tendrá lugar la venida del Señor y el juicio final.

Ahora se abren dos escenas paralelas con dos bestias simbólicas, una marina y otra terrestre. La primera, imagen de la persecución, desea arrastrar a los cristianos a la apostasía; y la segunda busca lo mismo con la seducción. La imagen de las dos bestias es una de las representaciones más terribles del Apocalipsis. Por eso Juan coloca delante de ella la escena precedente, para que en medio del horror no olvidemos de qué parte está la victoria. La visión de la primera bestia y de su profeta hay que contemplarla a la luz de la visión precedente con la victoria del Cordero y de la Mujer. Por muy angustiosos que sean los momentos que le aguardan a la Iglesia hay que verlos como desesperados intentos del adversario que se sabe ya vencido.

El Adversario en su desesperación intenta imitar la obra de Dios, pero al revés. Si Dios ha mandado desde el cielo su Mesías para redimir a la humanidad, Satanás suscita desde el mar, seno oscuro del mal (Sal 74,13), un “redentor” que “libre” a los hombres de Dios. Esta negación del Mesías divino, representada por el Anticristo[[11]](#footnote-11) y sus secuaces, provoca en el interior de la historia del mundo una corriente contraria a la historia de la salvación. La acción de Satanás acompaña como una sombra oscura la actuación de la Iglesia a lo largo de toda su historia. Es el “dios de este mundo” que se opone al Dios del cielo hasta la parusía gloriosa de Cristo.

El dragón actúa en el mundo a través de las dos bestias. La bestia que sube desde el abismo del mar se encarna en el poder político. Y la otra bestia que sale de la tierra es la filosofía, la ideología, el arte, la ciencia, la técnica, armas, riquezas, todo lo que sirve a dar prestigio al poder, a su glorificación, a darle una apariencia de grandeza, de divinidad.

Juan, en pie sobre la arena del mar (12,18), ve surgir de las hondas del mar una bestia (13,1). El dragón, símbolo de Satanás (12,3), ya presentado como monstruo marino que vomita aguas (12,15), suscita desde el mar, -desde el caos primordial (Gn 1,1s; Sal 88,10-11; 2P 3,5s; Ap 21,1)- una criatura colosal: “Y vi surgir del mar una Bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas, y en sus cuernos diez diademas, y en sus cabezas títulos blasfemos. La Bestia que vi se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, y las fauces como fauces de león: y el Dragón le dio su poder y su trono y gran poderío. Una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero su llaga mortal se le curó; entonces la tierra entera siguió maravillada a la Bestia” (13,1-3).

Esta bestia posee una gran inteligencia (siete cabezas), gran poder (diez cuernos) y un amplio dominio (diez diademas). Los nombres que lleva escritos sobre sus cabezas la muestran como adversario declarado de Dios: son títulos divinos con los que manifiesta su pretensión de ser Dios. En esta bestia se concentran las cuatro fieras de la visión de Daniel (Dn 7,2-7), que simbolizan cuatro potencias políticas (Dn 7,17-25); al describir la cuarta fiera Daniel subraya su extraordinario poder (Dn 7,24), su actitud hostil a Dios (Dn 7,25) y la oposición a los “santos” (Dn 7,21.25). Juan une en una sola figura las cuatro de Daniel. Satanás le transfiere todo su poder, como Dios Padre se lo ha dado al Mesías (Mt 28,18; Jn 17,2; 10,17s), pues Satanás es señor de los reinos de este mundo y se los da a quien quiere (Mt 4,8-9; Lc 4,5-6).

El poder de la bestia alcanza sus pretensiones entre los hombres, que la reconocen como una divinidad. La aclamación “¿quién es semejante a la bestia...?” es la expresión de la apoteosis del poder y del dragón que lo detenta. Pero como el dragón pertenece a un mundo extraterrestre, queda invisible y, por ello, los hombres adoran a la bestia, su imagen encarnada. Se trata una vez más de la analogía entre Dios y Cristo, llamado “esplendor de su gloria e impronta de su substancia” (Hb 1,3). A la fe en Cristo se contrapone la fe en la bestia; y a la adoración de Dios y de su Ungido se contrapone blasfemamente la adoración del diablo y de su enviado: “Y se postraron ante el Dragón, porque había dado el poderío a la Bestia, y se postraron ante la Bestia diciendo: ¿Quién como la Bestia? ¿Y quién puede luchar contra ella?” (13,4).

La tierra cumple ante Satanás el acto de adoración reservado únicamente a Dios: “Sólo al Señor tu Dios adorarás y sólo a Él darás culto” (Lc 4,8). Con estas palabras de la Escritura (Dt 6,13) Jesús ha rechazado la tentación de Satanás que le pedía la adoración a cambio del poder y de la gloria de todos los reinos de la tierra (Lc 4,5-7). Los hombres se dejan engañar, adoran a la bestia y elevan un canto blasfemo opuesto al del Éxodo: “¿Quién es semejante a ti entre los dioses, oh Señor?” (Ex 15,11). El Mesías se ha presentado como Cordero y la Iglesia adora al Cordero inmolado, que se ofrece como víctima. El mundo, en cambio, adora y da culto al poder, que crea víctimas con su dominio.

La bestia se sirve en su actividad de la boca (13,5), que “le es dada”. Esta expresión, ya usada otras veces (6,2.4.8.11; 7,2...), tiene siempre a Dios como sujeto. Aunque la criatura actúe contra su Creador, depende siempre de Él. Su poder es, por tanto, limitado, por muy grande que parezca. En realidad lo que hace la bestia es hablar, blasfemando contra Dios y sus santos. Los nombres blasfemos, que lleva escritos en sus cabezas, le salen ahora por la boca. Por la boca sale lo que se lleva en el corazón: “Y ella abrió su boca para blasfemar contra Dios: para blasfemar de su nombre y de su morada y de los que moran en el cielo” (13,6).

A las palabras siguen sus acciones contra los seguidores de Cristo. Y se le concede a la bestia un aparente triunfo. En su guerra contra los fieles logra llevarles a la muerte. Pero la muerte de los cristianos, como la de Cristo, es un paso a la vida y a la gloria. Con la sangre derramada su nombre es escrito en el libro de la vida, para no ser nunca cancelado: “Se le concedió hacer la guerra a los santos y vencerlos; se le concedió poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación. Y la adorarán todos los habitantes de la tierra cuyo nombre no está inscrito, desde la creación del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado” (13,7-8).

La humanidad se divide en dos frentes: “los habitantes de la tierra” y los “elegidos”, “cuyos nombres están escritos en el libro de la vida”. Los hombre terrenosse someten a la bestia. Los “santos”, en cambio, no doblan ante ella sus rodillas, aunque se les amenace con la muerte. No hay posibilidad de unir a unos y otros, sus caminos van en dirección opuesta. Como Jeremías (Jr 15,2; 43,11), Juan, como llamada a la fidelidad y a la vigilancia, formula abiertamente esta división: “El que tenga oídos, oiga. El que a la cárcel, a la cárcel ha de ir; el que ha de morir a espada, a espada ha de morir. Aquí se requiere la paciencia y la fe de los santos” (13,9-10).

**LA SEGUNDA BESTIA: EL PROFETA DEL ANTICRISTO**

La segunda bestia surge de la tierra y parece inocua con su figura de cordero inocente. Pero los cuernos ya muestran su parentesco con la primera bestia, a la que sirve como profeta. Y es su hablar lo que desmiente su apariencia pacífica. Usa el lenguaje del dragón (13,11). Y más tarde se dice expresamente que es su “falso profeta” (16,13; 19,20; 20,10). Se muestra, por lo demás, como un típico profeta de mentira, de los que previene el Señor: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mt 7,15). Y el cuarto evangelio dice que en el diablo “no hay verdad y cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8,44).

La misión de esta bestia es mostrar al mundo la primera, revelar su ser y su potencia, imitando el misterio cristiano. Como el Espíritu Santo habla de Cristo, así la segunda bestia revela a la primera (13,12). El dragón y las dos bestias forman una “trinidad satánica”. Se da también un paralelismo entre las dos bestias y los dos testigos del Codero. La figura del “falso profeta” asume igualmente rasgos sacerdotales, tratando de conducir a la humanidad a dar culto al Anticristo. Para suscitar la fe en el Anticristo realiza prodigios y milagros (13,13-14). Llega a reproducir el prodigio con el que Elías se acreditó como profeta del verdadero Dios (1R 18,38). Con estos prodigios seduce a muchos. También Pablo había advertido a la Iglesia de Tesalónica de este peligro de seducción de parte del “Impío, sostenido por Satanás” (2Ts 2,8-12).

Suscitada la fe en el Anticristo, la segunda bestia lleva a “los habitantes de la tierra” a tributarle el culto correspondiente, quemando incienso en su honor. Quien se niega a tributar este culto, pronuncia su sentencia de muerte. Es la experiencia de los cristianos que se niegan a adorar la efigie del Emperador en todas las persecuciones. Es la experiencia de quienes no se doblegan al poder en todos los tiempos de la historia humana: “Se le concedió infundir el aliento a la imagen de la Bestia, de suerte que pudiera incluso hablar la imagen de la Bestia y hacer que fueran exterminados cuantos no adoraran la imagen de la Bestia” (13,15).

Si los elegidos de Dios llevan en su frente el sello de Dios (7,2-4; 14,1; 22,4), también la bestia marca a sus seguidores con un signo distintivo: “Y hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar nada ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la Bestia o con la cifra de su nombre” (13,16-17). Es amarga esta procesión de los marcados con el sello de la bestia, que incluye pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos. Al ser marcados en la frente y en la mano reciben una especie de bautismo demoniaco, que les hace esclavos del mal.

La marca de pertenencia lleva gravados algunos rasgos simbólicos de la bestia, como su nombre y su cifra. Sobre el número de la bestia se han escrito innumerables comentarios. Normalmente se afirma que, siendo el 7 el número de la perfección, la agrupación de tres 6 (666) da como resultado el culmen de la imperfección. También se le puede ver como un múltiplo de 6, que es la mitad de 12, el otro número perfecto. El 6, mitad de 12, nos da igualmente el sentido de imperfección. La ciencia que da un valor a cada número ha visto en esta cifra, sobre todo, el nombre de Nerón.[[12]](#footnote-12)

**EL CORDERO Y LOS CIENTO CUARENTA Y CUATRO MIL**

Ya hemos visto que en el templo se trazaba un ámbito inaccesible a las potencias infernales (11,7). Esta imagen aparece de nuevo después de la revelación del Anticristo. Es la respuesta a la pregunta angustiosa que surge ante la descripción (13,1-18) de la aniquiladora guerra de los poderes infernales: ¿Quedará aún sobre la tierra algo de la Iglesia de Dios? O con palabras del evangelio: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará la fe sobre la tierra?” (Lc 18,8). La respuesta está en el cuadro de los elegidos, que están seguros, porque los defiende el Codero, que está en medio de ellos. Es el cuadro de esperanza que contempla ahora Juan: “Seguí mirando, y había un Cordero, que estaba en pie sobre el monte Sión, y con Él 144.000, que llevaban escrito en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre” (14,1).

Frente a la acción potente de las dos bestias, Juan contempla al Cordero, degollado, pero en pie, resucitado. Es Él y no las bestias el Señor y juez de la historia. El es quien lleva la salvación a Jerusalén. La escena descrita se desarrolla en la tierra, en el monte Sión, sobre el que estaba el templo de Jerusalén (11,1). Ya los profetas habían anunciado que el monte Sión sería un refugio para la comunidad de los últimos tiempos: “Todos los que invoquen el nombre de Yahveh se salvarán, porque en el monte Sión y en Jerusalén se congregarán los rescatados” (Jl 3,5; 4,17). La Apocalíptica judía ha visto en el monte Sión el lugar donde aparecerá el Mesías para salvar a sus fieles y juzgar a sus enemigos.[[13]](#footnote-13) Sobre el monte Sión Dios llevará a cumplimiento su reinado definitivo (Is 24,23; Sal 2,6; 110,2s).

En el monte Sión aparece, vencedor, el Cordero, rodeado de los elegidos. Como signo de que le pertenecen llevan en la frente su nombre, junto con el nombre de Dios. Sión se convierte en el punto de convergencia de toda la comunidad redimida por la sangre del Cordero. Sobre las pendientes de la colina suben en procesión los elegidos, los justos, los mártires. En oposición a la procesión de los secuaces de la bestia, el pueblo de Dios, como si saliera de las catacumbas para testimoniar su fe, se encamina hacia la cima del monte Sión, guiado por la luz radiante de la pascua del Cordero, degollado y resucitado. Pueden caminar al descubierto, sin miedo a la bestia, porque llevan en su frente el nombre del Señor, que vence la muerte y el mal.

Juan ve esta escena sobre la tierra, pero también oye una voz del cielo. Gracias al Cordero, que vive en la tierra en medio de los suyos, los elegidos escuchan y participan del “canto nuevo” (Is 42,10; Sal 96,1) con que los salvados celebran la salvación (Ez 1,24; Sal 29). Es el himno de la liturgia perfecta y eterna. Es el canto de victoria por el triunfo final del Cordero: “Y oí un ruido que venía del cielo, como el ruido de grandes aguas o el fragor de un gran trueno; y el ruido que oía era como de citaristas que tocaran sus cítaras. Cantan un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro Vivientes y de los Ancianos. Y nadie podía aprender el cántico, fuera de los 144.000 rescatados de la tierra” (14,2-3).

Los elegidos, que han entregado toda su persona y su vida al Cordero, celebran la victoria de la salvación y acompañan continuamente al Cordero. Resuenan aquí las palabras de Cristo y del apóstol Pablo sobre la virginidad para dedicarse a Cristo con corazón indiviso (Mt 19,12; 1Co 7,32-34; 2Co 11,2). Pero el número de los elegidos no se reduce a los célibes. Como tantas otras expresiones del Apocalipsis la palabra “virgen” tiene un valor simbólico y se refiere a todo el pueblo de Dios, que no se ha manchado con el adulterio de la idolatría (Os 2,14-21; Jr 2,2-6). La carta a los Hebreos describe así esta asamblea de elegidos: “Vosotros os habéis acercado al monte Sión, ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miriadas de ángeles, reunión solemne, y a la asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos y a Dios, juez universal, y a los espíritus de los justos llegados ya a la perfección, y a Jesús, mediador de una nueva alianza, y a la aspersión purificadora de una sangre que habla más fuerte que la de Abel” (Hb 12,22-24).

Se trata de toda la Iglesia, “esposa virginal” del Cordero (19,7; 21,2.9; 22,17). Pablo habla de la Iglesia como de “la casta virgen que ha desposado con Cristo, como único esposo” (2Co 11,2). Lo dice también Pedro: “Habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin mancha, Cristo” (1P 1,18-19). Y con Pablo y Pedro lo afirma el Apocalipsis: “Estos son los que no se mancharon con mujeres, pues son vírgenes. Estos siguen al Cordero a dondequiera que vaya, y han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero, y en su boca no se encontró mentira: no tienen tacha” (14,4-5).

Los elegidos aparecen como primicias ofrecidas en el santuario de Dios. Como ofrenda de suave olor deben estar sin defecto (Ex 12,5; Lv 23,12s), “sin tacha ni mancilla” (1P 1,19), es decir, sin nada en común con “el padre de la mentira” (Jn 8,44). El Padre “nos ha engendrado con la palabra de la verdad para que fuésemos las primicias de sus criaturas” (St 118). La comunidad de los santos, totalmente consagrada al Señor, vive ya en el reino de Dios. Rescatados con la sangre del Cordero sin mancha, viven unidos al Señor, que está en medio de ellos como pastor y salvador. Estando aún en el mundo, actuando en el mundo y sufriendo sus persecuciones, no pertenecen “al dios de este mundo” (2Co 4,4), sino que, “rescatados de la tierra”, siguen al Cordero a dondequiera que va.

Los dos ejércitos han sido descritos. Ahora puede empezar el combate definitivo. A la “pequeña grey” (12,32) se le ha prometido la incolumidad.

**ANUNCIO DEL JUICIO FINAL**: 14,6-20

**LOS ANGELES DEL JUICIO**

Los ángeles, mensajeros de Dios, vuelan en lo alto del cielo y descienden con diversos mensajes para “los habitantes de la tierra”. El primer ángel anuncia una buena noticia: un evangelio eterno destinado a todos los hombres. Es el anuncio de la salvación que Dios ofrece a cuantos se conviertan a Él antes del final: “Vi a otro ángel que volaba por lo alto del cielo y tenía una buena nueva eterna que anunciar a los que están en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo. Decía con fuerte voz: Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su Juicio; adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua” (14,6-7).

Temer a Dios y darle gloria, reconocer su gloria manifestada en las maravillas de la creación es algo posible y, por tanto, algo que se puede pedir a todo hombre, aunque no pertenezca al pueblo elegido y no haya conocido a Cristo. Este es el mensaje de Pablo a los romanos (Rm 1,18-23). A todos se les pide reconocer y adorar a Dios como Creador “porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se ha dejado ver a la inteligencia a través de sus obras” (Rm 1,20).

Este anuncio recuerda el canto de los ángeles al dar a los pastores la noticia del nacimiento de Cristo (Lc 2,14). Evoca también la predicación de Juan Bautista (Mt 3,1), repetida por el mismo Jesús (Mt 4,17). Es un anuncio universal, destinado a toda la humanidad: a toda nación, raza, lengua y pueblo. Acoger el anuncio de la salvación es el único camino para escapar del juicio y alcanzar la salvación eterna.

Al anuncio de salvación sigue el anuncio del juicio ya realizado. Un nuevo ángel proclama la caída de Babilonia. En realidad es una profecía enunciada como cumplida para subrayar la absoluta certeza de su cumplimiento: “Y un segundo ángel le siguió diciendo: Cayó, cayó la Gran Babilonia, la que dio a beber a todas las naciones el vino del furor” (14,8).

El juicio hiere a Babilonia, la ciudad que se opone a Jerusalén y es, por tanto, símbolo de la impiedad. El grito del ángel recoge el eco de los profetas: “Cayó, cayó Babilonia, y todas las estatuas de sus dioses se han estrellado contra el suelo” (Is 21,9; Jr 51,7s; Dn 4,27). Con la imagen tradicional del “vino de la cólera”, usada por Jeremías, se expresa la culpa de Babilonia: de ella ha partido la seducción que ha arrastrado todo el mundo a la idolatría. Como Nínive (Na 3,4) y como Tiro (Is 23,15ss), Babilonia aparece como una prostituta que ha embriagado a muchos pueblos con sus artes de seducción (Jr 51,7), llevándoles a la idolatría.

El nombre de Babilonia sobrevive como símbolo de la ciudad histórica, que causa horror con sólo nombrarla, y en la apocalíptica judía y cristiana se convierte en seudónimo de Roma (1P 5,13). En el Apocalipsis de Juan conserva este mismo simbolismo, pero también supera los límites históricos. Babilonia, la capital de la bestia (17,1s), existe en todos los tiempos, contraria por principio al monte Sión, la roca del Cordero (14,1-5; 17,1-18,24).

El tercer ángel se dirige a los adoradores de la bestia. Estos han traicionado a Dios y a su Ungido. Y se han traicionado a sí mismos en cuanto imágenes de Dios (Gn 1,26) y, si son cristianos, imágenes del Hijo de Dios, porque han sido marcados con su sello en el bautismo. Por ello les tocará apurar el “vino de la ira de Dios” en toda su pureza, es decir, sin rebajarlo con el agua de la misericordia: “Un tercer ángel les siguió, diciendo con fuerte voz: Si alguno adora a la Bestia y a su imagen, y acepta la marca en su frente o en su mano, tendrá que beber también del vino del furor de Dios, que está preparado, puro, en la copa de su cólera. Será atormentado con fuego y azufre, delante de los santos Angeles y delante del Cordero. Y la humareda de su tormento se eleva por los siglos de los siglos; no hay reposo, ni de día ni de noche, para los que adoran a la Bestia y a su imagen, ni para el que acepta la marca de su nombre” (14,9-11).

Al vino de prostitución de Babilonia corresponde el vino de la ira de Dios. La imagen del “vino de la cólera de Dios” es clásica en el Antiguo Testamento como expresión de la intervención de Dios en la historia para juzgar la impiedad y la idolatría (Is 51,17.22; Jr 25,15; Ez 23,32-34). “En Señor tiene en su mano una copa llena de vino drogado: lo escanciará, lo sorberán hasta las heces, lo beberán los malvados de la tierra” (Sal 75,9).

A la embriaguez devastadora se unen los símbolos típicos del castigo divino: azufre, fuego y humo, con lo que la narración del castigo de los adoradores de la bestia recuerda la destrucción de Sodoma y Gomorra (Gn 19,24). Como aquellas ciudades fueron castigadas con el fuego así lo serán ahora los seguidores de la bestia (19,20; 20,10-15; Is 39,9s). Contemplando este final de los condenados, Juan repite su exhortación a la constancia en la fe: “Aquí se requiere la paciencia de los santos, de los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (14,12).

Esta exhortación a la fidelidad la confirma una voz del cielo, que proclama una bienaventuranza para quienes, en medio de la persecución, permanecen firmes, testimoniando la fe con el martirio: “Luego oí una voz que decía desde el cielo: Escribe: Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, sí ‑ dice el Espíritu ‑, que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan” (14,13). En el descanso les acompañan las obras de fidelidad a Dios, la perseverancia en el sufrimiento y en la persecución. Estas obras alcanzan su recompensa de parte de Dios (Mt 25,31ss).

En el Apocalipsis, cuando habla el Espíritu se refiere siempre al presente de los cristianos y de la Iglesia: “descansen desde ahora”. Los cristianos que mueren, que se duermen en el Señor (1Co 15,18), entran ya en el reposo de Dios. Reposan de sus obras como Dios se reposó en el séptimo día: “Pues quien entra en su descanso, también él descansa de sus obras como Dios de las suyas” (Hb 4,10). Nuestra vida es semejante a una semana, con seis días de duro trabajo, pero se nos ha prometido un séptimo día, el descanso eterno, del que el sábado es un anticipo. El descanso del día del Señor es el sacramento del Reino prometido.

**SIEGA Y VENDIMIA DE LAS NACIONES**

En una nueva visión, a Juan se le concede contemplar a grandes líneas el juicio, que más tarde (19,11-20,15) él describirá en sus detalles particulares. La siega y la vendimia, símbolos del juicio usados en el Antiguo y Nuevo Testamento, forman también en el Apocalipsis el marco del cuadro. Siega y vendimia aparecen en el profeta Joel (Jl 4,13) como símbolos del único juicio. En el Apocalipsis, en cambio, se habla de dos juicios. Con la siega del grano se anuncia el retorno a casa de los elegidos (14,14-16), mientras que la vendimia y el lagar son imágenes del juicio de los condenados (14,17-20). Jesús usa la imagen de la cosecha como símbolo de esperanza: “Cuando el fruto está maduro, en seguida se le mete la hoz, porque ha llegado la siega” (Mc 4,29; Jn 4,35-38; Mt 9,37-38).

La visión comienza con la aparición del Hijo del Hombre sobre una nube blanca, signo dado por el ángel el día de la Ascensión sobre el retorno del Señor (Hch 1,9-11). Se trata, pues, del Mesías que aparece glorificado con una corona de oro, símbolo de victoria y de dominio (14,14). Trae en la mano una hoz afilada, símbolo de su misión de juez. Así había anunciado Cristo su venida gloriosa a la tierra como juez de vivos y muertos (Mt 24,30; 26,64). Ya aparece esta imagen en un texto en el que el profeta Joel describe el “día del Señor” en el Valle de Josafat: “Meted la hoz porque la mies está madura, venid a pisar, que el lagar está lleno y las tinajas rebosan... tantos son sus delitos” (Jl 4,13).

Desde el templo, lugar de la presencia de Dios (7,15; 11,19), sube un cuarto ángel, que lleva al Hijo del Hombre la orden del Padre de comenzar la siega, es decir, el juicio sobre los hombres. Sólo el Padre conoce y decide la hora (Mc 13,32; Hch 1,7) de dar comienzo al juicio: “Y seguí viendo. Había una nube blanca, y sobre la nube sentado uno como Hijo de hombre, que llevaba en la cabeza una corona de oro y en la mano una hoz afilada. Luego salió del Santuario otro ángel gritando con fuerte voz al que estaba sentado en la nube: Mete tu hoz y siega, porque ha llegado la hora de segar; la mies de la tierra está madura. Y el que estaba sentado en la nube metió su hoz en la tierra y se quedó segada la tierra” (14,14-16).

El juicio se lleva a cabo en un instante. La siega no la realiza el Señor, sino sus segadores, los ángeles, dice Jesús en el evangelio (Mt 13,39.41.49: 24,41). El Hijo del Hombre, sentado sobre la nube blanca, preside y dirige la siega, que los ángeles ejecutan.

A la imagen de la siega sigue la descripción de la vendimia, que no es una simple repetición, sino que nos hace contemplar una nueva situación. El juicio abarca ahora a un grupo diverso de hombres y, en lugar del Hijo del Hombre, preside un ángel, a quien otro ángel trasmite la orden de Dios de dar comienzo a la vendimia. El ángel que lleva la orden de Dios procede del altar del santuario, es decir, del lugar donde han orado los mártires, implorando a Dios que les haga justicia contra sus adversarios (6,9s): “Otro ángel salió entonces del Santuario que hay en el cielo; tenía también una hoz afilada. Y salió del altar otro ángel, el que tiene poder sobre el fuego, y gritó con fuerte voz al que tenía la hoz afilada: Mete tu hoz afilada y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque están en sazón sus uvas. El ángel metió su hoz en la tierra y vendimió la viña de la tierra y lo echó todo en el gran lagar del furor de Dios. Y el lagar fue pisado fuera de la ciudad y brotó sangre del lagar hasta la altura de los frenos de los caballos en una extensión de mil seiscientos estadios” (14,17-20).

El significado de las imágenes se ilumina a la luz del Antiguo Testamento (Jl 4,13; Is 63,1-6). Dios deja crecer los racimos del mal hasta que están maduros (Mt 13,30), para ser luego pisados “fuera de la ciudad”. Joel coloca el juicio de los malvados delante de las murallas de Jerusalén, en el valle de Josafat (Jl 4,2.12). También en Joel se encuentra la imagen de la tina llena de la ira de Dios (Jl 4,13). Es un juicio terrible donde corre la sangre a torrentes.

Algo semejante anuncia Juan Bautista, preparando el camino al Mesías: “En su mano tiene el bieldo y va a limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga” (Mt 3,12). La cosecha supone la presencia del grano bueno y, por tanto, de la recogida de los elegidos en los graneros del cielo. Del trigo se separa la paja que va a parar al fuego eterno.

Podemos ver en la imagen de la vendimia a Cristo que “padeció fuera de la puerta de la ciudad para santificar al pueblo con su sangre” (Hb 13,12). Jesús es pisado junto a los pecados de los hombres para santificarnos con su sangre. “El que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en él” (2Co 5,21). La sangre de Cristo salpicó hasta los confines de la tierra.

En Cristo, que toma sobre sí nuestros pecados y es pisado en el lagar, se realiza la profecía de Isaías: “¿Quién es ése que viene de Edom, con vestidos teñidos de rojo? Soy yo que hablo con justicia, un gran libertador. ¿Y por qué está rojo tu vestido, como el de un lagarero? El lagar he pisado yo solo; de mi pueblo no hubo nadie conmigo. Los pisé con ira, y salpicó su sangre mis vestidos” (Is 63,1-4).

**LAS SIETE COPAS**: 15,1-16,22

**CÁNTICO DE MOISÉS Y DEL CORDERO**

Con la imagen de las siete copas Juan nos describe detalladamente el juicio que antes nos ha presentado en sus grandes líneas. Volver sobre el mismo tema es algo propio de Juan. Da vueltas en torno a lo mismo, pero explicitándolo, ampliándolo. Parece que dice siempre lo mismo, pero no lo es. El misterio de Dios es tan grande que el hombre no puede abrazarlo con una sola mirada. Se hace necesario mirarlo desde ángulos y perspectivas diversas.

Como con los siete sellos y las siete trompetas, las siete copas anuncian los castigos de la ira de Dios, como su última llamada a la conversión. Dios no se complace en la muerte del pecador, sino que desea que se convierta y viva: “Luego vi en el cielo otra señal grande y maravillosa: siete ángeles, que llevaban siete plagas, las últimas, porque con ellas se consuma el furor de Dios” (15,1).

Pero antes de que los siete ángeles salgan del santuario con las siete copas de la ira de Dios, Juan tiene una visión celeste, que se desenvuelve en dos escenas. Contempla en primer lugar, inmersos en la gloria de Dios, a los que han vencido a la bestia y han muerto en el Señor (14,13). La escena tiene lugar en la sala del trono de Dios. El suelo es como mar de cristal mezclado con fuego. Es como el rojo del atardecer que anuncia el fin del día. Es, pues, la hora del Señor “que es, que era y que viene”.

Los vencedores, en pie sobre el mar, como resucitados de la muerte, cantan un himno ante el trono de su Salvador: “Y vi también como un mar de cristal mezclado de fuego, y a los que habían triunfado de la Bestia y de su imagen y de la cifra de su nombre, de pie junto al mar de cristal, llevando las cítaras de Dios. Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios Todopoderoso; justos y verdaderos tus caminos, ¡oh Rey de las naciones! ¿Quién no temerá, Señor, y no glorificará tu nombre? Porque sólo tú eres santo, y todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti, porque han quedado de manifiesto tus justos designios” (15,2-4).

Es un himno de acción de gracias, que evoca el canto de los israelitas al ver a los egipcios sumergidos en las aguas del Mar Rojo (Ex 15,1-18; Dt 32). Es el canto de Moisés, que celebraba la victoria grandiosa de Dios. Y es el canto del Cordero. Dios salvó a Israel mediante Moisés y ha salvado al nuevo Israel mediante Cristo, el Cordero inmolado, que en la cruz ha vencido al faraón, el maligno. La celebración anticipada de la victoria de Cristo refuerza la esperanza de los cristianos, que se encuentran en el combate de la persecución. Los elegidos, en pie sobre el mar, y superado el mar, en la otra orilla, en el mundo de Dios, cantan a Cristo, que les hace partícipes de su victoria sobre la muerte.

La segunda escena nos presenta el ambiente solemne en el que se entregan a los siete ángeles los siete instrumentos de destrucción. Las puertas del templo celeste se abren de par en par (11,19) y Juan puede ver el modelo que Dios mostró a Moisés para construir el arca de la alianza (Ex 25,9; Hb 8,5), en la que Dios se hacía presente en medio de su pueblo durante su marcha por el desierto. De este templo salen los siete ángeles con vestiduras sacerdotales, lo que supone que estaban realizando una función litúrgica ante el Altísimo. Salen llevando en sus manos las siete copas celestes (de oro), que contienen el vino de la ira de Dios para herir a los hombres: “Después de esto vi que se abría en el cielo el Santuario de la Tienda del Testimonio, y salieron del Santuario los siete ángeles que llevaban las siete plagas, vestidos de lino puro, resplandeciente, ceñido el talle con cinturones de oro. Luego, uno de los cuatro Vivientes entregó a los siete Angeles siete copas de oro llenas del furor de Dios, que vive por los siglos de los siglos” (15,5-7).

Dios está presente con toda su majestad, por lo que el templo se llena de humo (Ex 19,18-20; 24,15-18; Is 6,4) y se cierra el acceso a los hombres (Ex 40,34s; 1S 8,10s). Durante las plagas de las copas Dios es inaccesible; ninguna intercesión puede impedir su juicio: “Y el Santuario se llenó del humo de la gloria de Dios y de su poder, y nadie podía entrar en el Santuario hasta que se consumaran las siete plagas de los siete ángeles” (15,8).

Al abrirse el cielo, en el templo aparece la tienda del testimonio, que era el lugar del encuentro de Dios con su pueblo mediante Moisés. En la tienda Dios se encontraba con Moisés cara a cara (Ex 33,11) y le hablaba “boca a boca” (Nm 12,8). Era el lugar de la presencia de Dios en medio del pueblo (Ex 29,42-46), lugar en donde manifestaba su misericordia y amor. Todos los israelitas podían acercarse a consultar a Dios a través de Moisés (Ex 33,7) para conocer su voluntad, para obtener vida y perdón de los propios pecados. El septenario de las copas, con el anuncio de toda una serie de calamidades, esconde una manifestación más de la gracia de Dios, una llamada a la conversión, para vivir el encuentro con Dios.

**LAS PLAGAS DE LAS SIETE COPAS**

Desde el Santuario Dios mismo, con su fuerte voz, ordena a los siete ángeles que derramen sobre la tierra las copas de su ira (16,1). El piadoso israelita se lo había suplicado a Dios tantas veces: “Derrama, Señor, tu enojo sobre los malvados, que los alcance el ardor de tu ira” (Sal 69,25). Esta oración la ha repetido con palabras semejantes el profeta Jeremías (Jr 10,25; 42,18; 44,6). Ahora es Dios quien manda a sus ángeles que derramen las copas de su cólera. Las cuatro primeras plagas, como las correspondientes a las cuatro primeras trompetas, hieren a la tierra, al mar, a las aguas y al sol. Su devastación es inmensa. En el septenario de las trompetas el castigo alcanzaba sólo a la tercera parte de la creación, ahora en cambio es golpeado el cosmos entero. De septenario en septenario hay todo un crescendo, que nos acerca al final.

La primera plaga afecta sólo a los hombres que expresan con sus blasfemias la perversión de su alma. Son los adoradores de la bestia, consagrados al mal, que se han hecho en cierto modo bautizar en la perversión, recibiendo el sello de adhesión y pertenencia a la bestia. La plaga consiste en una “úlcera maligna y perniciosa”, semejante a la sexta plaga de Egipto: “úlcera con secreción de pus que afectaba a hombres y animales” (Ex 9,10). El pecado es como la lepra que destruye y atormenta al pecador.

La segunda cambia el agua del mar en sangre, aniquilando toda forma de vida del mar. Es una reproducción de la primera plaga de Egipto, que trasformaba las aguas del Nilo en sangre (Ex 7,17-21). La muerte de los seres marinos cubre de luto una porción enorme de nuestro planeta.

La tercera envenena las aguas potables y las cambia en sangre. Este ángel es llamado “ángel de las aguas”. El envenenamiento de los manantiales y de los ríos se convierte en una especie de anti-creación, que hiere al malvado en las raíces mismas de su existencia. Quien no quiere morir de sed debe beber estas aguas envenenadas: “El primero fue y derramó su copa sobre la tierra; y sobrevino una úlcera maligna y perniciosa a los hombres que llevaban la marca de la Bestia y adoraban su imagen. El segundo derramó su copa sobre el mar; y se convirtió en sangre como de muerto, y toda alma viviente murió en el mar. El tercero derramó su copa sobre los ríos y sobre los manantiales de agua; y se convirtieron en sangre” (16,2-4).

Dos oraciones, en forma responsorial, celebran la justicia de este juicio divino. Hasta el ángel custodio de las aguas testifica que su destrucción es justa. Los seguidores de la bestia han hecho la guerra a los “santos” (13,7) y a los “profetas” (11,7),derramando su sangre (Mt 23,37; Lc 13,34); ahora deben beber sangre, castigo propio de los asesinos. Desde el altar, donde los mártires habían orado pidiendo justicia, sube un eco que ratifica las palabras del ángel. El Señor de la historia tiene en sus manos las riendas de los acontecimientos humanos y los conduce con verdad y justicia: “Y oí al ángel de las aguas que decía: Justo eres tú, ‘Aquel que es y que era’, el Santo, pues has hecho así justicia: porque ellos derramaron la sangre de los santos y de los profetas y tú les has dado a beber sangre; lo tienen merecido. Y oí al altar que decía: Sí, Señor, Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos” (16,5-7).

La cuarta copa se derrama sobre el sol. Con ello no se reduce el esplendor del sol, sino que su efecto es como si sobre él se derramara aceite, que aumenta la llama y el calor. Una llamarada abrasa a los hombres que han blasfemado contra Dios: “El cuarto derramó su copa sobre el sol; y le fue encomendado abrasar a los hombres con fuego, y los hombres fueron abrasados con un calor abrasador. No obstante, blasfemaron del nombre de Dios que tiene poder sobre tales plagas, y no se arrepintieron dándole gloria” (16,8-9).

Frecuentemente en el Antiguo Testamento la bendición divina se manifestaba en la protección de Dios de los dardos implacables del sol: “Yahveh es tu guardián, Yahveh, tu sombra a tu derecha, de día el sol no te hará daño ni la luna de noche” (Sal 121,6; Is 4,6, 49,10). Con estupor Juan señala (por tres veces) que, a pesar de sufrir estos horribles castigos, los hombres no se convierten, sino que su rebelión contra Dios se hace más dura y contumaz. La obstinación se encierra en el orgullo y “aunque resucitase un muerto no se convertirían” (Lc 16,31).

El quinto ángel derrama su copa sobre el trono de la bestia. Su esplendor desaparece, transformándose su reino en tinieblas. Esta plaga evoca la novena plaga de Egipto (Ex 10,21-23). Los hombres, que habían puesto su confianza en la bestia, de repente se sienten inseguros y se muerden la lengua: “El quinto derramó su copa sobre el trono de la Bestia; y quedó su reino en tinieblas y los hombres se mordían la lengua de dolor. No obstante, blasfemaron del Dios del cielo por sus dolores y por sus llagas, y no se arrepintieron de sus obras” (16,10-11).

Las tinieblas, signo infernal, se extienden sobre la sede del mal, oscureciendo el sol y el aire como con la quinta trompeta (9,2). A la ceguera exterior corresponde la ceguera interior. Jesús decía a los fariseos: “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís *vemos* , vuestro pecado permanece” (Jn 9,41). No obstante la prueba y los tormentos, los malvados una vez más reaccionan con la rebelión, la blasfemia y el desafío de Dios. Se muerden la lengua de dolor, pero tienen fuerza para blasfemar con ella al “Dios del cielo”. En todo el Nuevo Testamento, sólo el Apocalipsis llama así a Dios. El cielo es uno de los símbolos repetidos en el Apocalipsis para significar la esfera, el ámbito de Dios.

La sexta plaga nos es descrita con más detalles (16,12-16). La copa es derramada sobre el Éufrates y se secan sus aguas, dejando libre el camino al Anticristo y a sus aliados, que se lanzan contra la Iglesia. El dragón, la bestia y su profeta vomitan ranas, espíritus malignos, contra la Iglesia, contra Dios y contra cuantos han permanecido fieles. La batalla tiene lugar en Harmaguedón, que traducido literalmente quiere decir “ Monte Meguiddó”, donde tuvieron lugar tantas batallas en la historia de Israel (Jc 4,4ss; 5,19ss; 2S 9,27; 23,29s). Hasta que llegue la batalla final de la historia hay siempre un Harmaguedón presente en cada época, donde se unen las fuerzas del mal para atacar a Dios y a la Iglesia de su Hijo.

El nombre de Harmaguedón, al señalar el lugar de la batalla, despierta el deseo de saber también el tiempo en que tendrá lugar. Pero a esta ansia se opone la advertencia de Cristo que anuncia que ciertamente vendrá, pero lo hará cuando uno menos se lo espera, “como un ladrón” (Mt 24,36; Lc 12,39-40; 1T 5,2-11; 2P 3,10). Por eso el Señor glorificado renueva la exhortación (Mt 24,42) a estar vigilantes y preparados: “Mira que vengo como un ladrón, dichoso el que está en vela y guardando sus vestidos, para no andar desnudo y que se vean sus vergüenzas. Y los convocaron en el lugar llamado en hebreo Harmaguedón” (16,15-16).

El séptimo ángel derrama la última copa en el aire, es decir, en el elemento que circunda y envuelve la tierra (16,17). El cataclismo que sigue anticipa la solemne epifanía de Dios como juez. Apenas derramada esta copa, Dios, con su fuerte voz, decreta: “Hecho está”. La misión de los ángeles ha sido ya cumplida. El anuncio de la venida definitiva de Dios sólo espera su irrupción. Se oyen casi sus pasos y los justos salen de sus catacumbas, se alzan del polvo donde se habían postrado, se levantan de sus sufrimientos, con la frente en alto, esperando la inminente liberación: “El séptimo derramó su copa sobre el aire; entonces salió del Santuario una fuerte voz que decía: ¡Hecho está! Se produjeron relámpagos, fragor, truenos y un terremoto tan violento como no lo hubo desde que existen hombres sobre la tierra” (16,17-18).

El estremecimiento cósmico alcanza su grado máximo, dejando la tierra irreconocible. Babilonia, la ciudad del Anticristo, símbolo de la opresión de los justos, queda hecha pedazos, rota en tres partes: “La Gran Ciudad se abrió en tres partes, y las ciudades de las naciones se desplomaron; y Dios se acordó de la Gran Babilonia para darle la copa del vino del furor de su cólera. Entonces todas las islas huyeron, y las montañas desaparecieron” (16,19-20).

El septenario de las copas termina con la descripción de una violenta tempestad, que recoge el eco amplificado de la séptima plaga de Egipto: “Yahveh lanzó truenos, granizo y rayos sobre la tierra... La granizada fue tan fuerte como nunca se había visto en Egipto” (Ex 9,23-24). La imagen de los granizos evoca también la irrupción de Dios contra los enemigos de Israel, con ocasión de la conquista de la tierra prometida: “Mientras ellos huían ante Israel, Yahveh lanzó del cielo sobre ellos grandes piedras y muchos murieron” (Jos 10,11). Dios es siempre y en toda ocasión Señor de la creación y de la historia: “Y un gran pedrisco, con piedras de casi un talento de peso, cayó del cielo sobre los hombres. No obstante, los hombres blasfemaron de Dios por la plaga del pedrisco; porque fue ciertamente una plaga muy grande” (16,21-22).

**LA GRAN CIUDAD**: 17,1-19,10

**LA GRAN PROSTITUTA**

El Apocalipsis se encamina hacia su culmen: la descripción del juicio divino sobre el mal encarnado en una mujer, símbolo de una ciudad, la gran prostituta, madre de prostitutas. Esta gran ciudad recibe el nombre de Babilonia, la nación histórica enemiga de Israel (Is 13-14; Jr 50-51; Sal 137), símbolo personificado del mal y del poder demoníaco.

El último flagelo de las copas ha introducido ya el juicio sobre Babilonia (16,19). Pero, antes de pasar a la exposición impresionante de este juicio (18,1-19,10), Juan nos presenta el cuadro de la residencia del Anticristo, según la descripción que a él le hace uno de los ángeles de las siete plagas (17,1-6). El mismo ángel da la interpretación de las imágenes (17,7-18), aunque muchos detalles nos resulten difíciles de entender.

La escena comienza con la invitación del ángel a asistir al juicio de la famosa prostituta. Lo mismo que luego Jerusalén (21,9), Babilonia está representada por una mujer. Ya en el Antiguo Testamento se presenta a las ciudades idólatras como prostitutas (Is 1,21; 23,17; Ex 16,15ss; 23,1ss; Na 3,4). La descripción de Babilonia, situándola “sobre muchas aguas”, evoca a Jeremías (Jr 51,13) y hace referencia a la red de canales del Éufrates, que cruzaban la ciudad y sus alrededores. Pero tanto en Jeremías como en el Apocalipsis este hecho se carga de simbolismo y hace de Babilonia la ciudad que difunde sobre todos los pueblos del mundo su espíritu idolátrico e inmoral (14,8; 18,3). Las grandes aguas son símbolo del caos y del mal.

Jeremías (Jr 51,7) acusaba a Babilonia de haber seducido a las naciones, embriagándolas con la idolatría del poder, ofrecida en copa de oro: “Entonces vino uno de los siete Angeles que llevaban las siete copas y me habló: Ven, te mostraré el juicio de la célebre Ramera, que se sienta sobre grandes aguas; con ella fornicaron los reyes de la tierra, y los habitantes de la tierra se embriagaron con el vino de su prostitución” (17,1-2).

Juan es trasladado al desierto, entre Palestina y Mesopotamia. Desde este desierto también Isaías contempló a Babilonia (Is 21,1-10). El desierto, lugar de la intimidad de Israel con Dios (12,6.14), es también el lugar de la tentación y de la rebelión de Israel. Por ello la gran prostituta, como capital del Anticristo, tiene su residencia en el desierto. La prostituta cabalga sobre una bestia, cuyas facciones son las de la bestia salida del abismo (13,1-1). Su color y los nombres blasfemos con que cubre todo el cuerpo, muestran su parentesco con Satanás: “Me trasladó en espíritu al desierto. Y vi una mujer, sentada sobre una Bestia de color escarlata, cubierta de títulos blasfemos; la Bestia tenía siete cabezas y diez cuernos” (17,3).

El aspecto de la mujer es bastante desagradable. El color de su vestido presenta dos tintas: la púrpura del poder y el escarlata, como la bestia que cabalga. El oro, piedras preciosas y perlas muestran su gusto por la riqueza y el placer de este mundo, con lo que desea compensar el vacío y pobreza de su interior. Los adornos de la mujer son semejantes al vestido del arrogante príncipe de Tiro descrito por Ezequiel (Ez 28,13) y como Babilonia según Jeremías (Jr 51,7). El contenido de la copa que lleva en su mano -poder, riqueza, lujo y placer- testimonia la perversidad de sus acciones, con las que intenta seducir y pervertir a todo el mundo: “La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas; llevaba en su mano una copa de oro llena de abominaciones, y también las impurezas de su prostitución” (17,4).

La civilización del bienestar, del lujo y del hedonismo son las notas que caracterizan a la gran prostituta. Según algunos, en la ciudad de Roma, las meretrices llevaban sobre la frente una venda en la que estaba escrito su nombre. Sobre la venda de esta prostituta Juan lee su nombre: “Y en su frente un nombre escrito ‑un misterio‑: La Gran Babilonia, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra” (17,5).

**EBRIA DE SANGRE**

Al darnos el nombre de Babilonia, Juan nos dice que se trata de un misterio. No se trata de la Babilonia histórica, que pertenecía ya al pasado, sino del seudónimo de una ciudad existente en aquel tiempo, de Roma (14,8), capital del imperio romano, que con el culto al emperador obliga a sus súbditos a la idolatría. Pero, como siempre en el Apocalipsis, el símbolo supera la situación histórica y se convierte en criterio válido para todos los tiempos. En la Roma del emperador Domiciano se puede ver representada una ciudad mundana, cruel y ebria, propia de todos los tiempos: “Y vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús. Y me asombré grandemente al verla” (17,6).

Después de emborrachar a sus seguidores, se embriaga ella misma. El vino que le hace perder la cabeza es la sangre de los cristianos. Quizás Juan esté aludiendo a la persecución romana de Nerón, que Tácito describe con estas palabras: “Una gran multitud fue declarada rea no tanto del delito del incendio cuanto del odio hacia el género humano. A los condenados se les cubría con pieles de fieras, para que los perros les persiguieran y mordieran, o se les colgaba en las cruces o eran condenados a arder vivos, durante la noche, como antorchas nocturnas”.

Juan queda sobrecogido ante la vista de la gran prostituta. El ángel le ayuda a comprender la visión, explicándole los detalles particulares (17,7). El ángel comienza su explicación por la bestia que cabalga la prostituta, aunque ya se ha hablado de ella anteriormente (13,1-10.17s). Da algunos rasgos particulares útiles para quienes entonces conocían quién era la bestia. Pero, siendo expuestos en lenguaje cifrado, para nosotros resultan bastante oscuros. El ángel no quita el velo, sólo lo levanta un poco, de modo que los iniciados puedan comprender el significado. El mismo Juan dice que para entender la explicación se necesita la sabiduría de la gracia.

Quizás baste comprender que la bestia intenta reproducir la actuación de Dios. Para engañar a los fieles pretende imitar a Dios, “el que es, el que era y el que viene”. Pero no logra copiar a Dios ni consigue reproducir la vida de Cristo, que desciende del cielo, mientras que ella sube desde el abismo: “La Bestia que has visto, era y ya no es; y va a subir del Abismo pero camina hacia su destrucción. Los habitantes de la tierra, cuyo nombre no fue inscrito desde la creación del mundo en el libro de la vida, se maravillarán al ver que la Bestia era y ya no es, pero que reaparecerá. Aquí es donde se requiere inteligencia, tener sabiduría. Las siete cabezas son siete colinas sobre las que se asienta la mujer. Son también siete reyes” (17,8-9).

Las siete cabezas, como siete colinas sobre las que se sienta la mujer, muestran que con el nombre de Babilonia se entiende Roma llamada ya entonces la “ciudad de las siete colinas”. Y los siete reyes son, por tanto, siete emperadores romanos. El detalle particular (17,10) de que cinco reyes ya han muerto, uno está presente y otro ha de venir da a los cristianos una pista para entender de quién habla. El emperador reinante parece ser Domiciano. A partir de él se puede hacer el cálculo y se llega a Calígula como el primero. Pero una interpretación simplemente histórica es siempre insuficiente. El número siete ya es un símbolo que abarca a la totalidad de los emperadores. Tras el Estado que persigue a los cristianos llega siempre la bestia: “Y la Bestia, que era y ya no es, hace el octavo, pero es uno de los siete; y camina hacia su destrucción” (17,11).

La bestia, correspondiente al octavo emperador, supone un comienzo y, al mismo tiempo, una continuidad: el octavo “viene de los siete”, estaba de alguna manera ya presente en ellos. Pero el octavo se presenta completamente diverso de los siete. La bestia ya había sido descrita como la encarnación de Satanás (13,1-10). Con el octavo rey no nos hallamos, pues, ante un hombre, que representa al Anticristo, sino ante el Anticristo en persona. Con su venida, la enemistad contra Dios y contra Cristo alcanza el punto culminante en la historia del mundo, aunque ese es también su final, pues entonces Dios lo precipita para siempre en la perdición.

Los diez cuernos de la bestia (13,1), en la interpretación del ángel, representan diez reyes, lo mismo que en el libro de Daniel (Dn 7,24). Estos diez reyes aparecerán en el futuro y ejercerán su dominio junto con la bestia, pero sólo por un breve tiempo, “una hora”. Las horas del mal están contadas. Eterno es sólo Dios. Aliarse con la bestia es fundar la propia vida sobre algo efímero, sobre la arena, es abocarse al fracaso.

Con la ayuda de los poderosos de la tierra, el Anticristo conduce la guerra contra el Cordero y contra sus seguidores, definidos “los llamados, elegidos y fieles”. Una vez más (como en 14,1-5), en una situación aparentemente desesperada, resplandece para los cristianos la luz de la esperanza. El ángel anticipa el desenlace de la guerra, que luego (19,11-16) se expondrá detalladamente. Cristo y sus elegidos saldrán siempre vencedores contra todas la potencias del mundo, unidas bajo el mando de Satanás,: “Estos harán la guerra al Cordero, pero el Cordero, como es Señor de Señores y Rey de Reyes, los vencerá en unión con los suyos, los llamados y elegidos y fieles” (17,14).

El ángel, en su explicación, pasa de la bestia a la mujer: “Me dijo además: Las aguas que has visto, donde está sentada la Ramera, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas” (17,15). Y anuncia algo increíble. La bestia, el Anticristo, con la ayuda de sus vasallos, destruye su misma capital. La prostituta, que se asentaba sobre la bestia, es destruida con odio infernal. La ciudad es desolada, la prostituta aparece desnuda. Las dos imágenes -mujer y ciudad- se unen y superponen. Los enemigos de Dios se vuelven enfurecidos contra sí mismos, unos contra otros: “Y los diez cuernos que has visto y la Bestia, van a aborrecer a la Ramera; la dejarán sola y desnuda, comerán sus carnes y la consumirán por el fuego” (17,16).

Esta acción contradictoria del Anticristo se debe a que Dios se sirve de él para llevar a término su plan de salvación. Dios realiza su designio con todos los seres. Quien se cree que guía, en realidad es guiado; quien se cree que manda, obedece: “Porque Dios les ha inspirado la resolución de ejecutar su propio plan, y de ponerse de acuerdo en entregar la soberanía que tienen a la Bestia hasta que se cumplan las palabras de Dios” (17,17).

El ángel concluye repitiendo, ahora con toda claridad, que la prostituta es la capital del mundo ateo, erigida sobre un fundamento puesto por el demonio mismo. De ahí le viene su influjo sobre la humanidad: “Y la mujer que has visto es la Gran Ciudad, la que tiene la soberanía sobre los reyes de la tierra” (17,18).

**LA CAÍDA DE BABILONIA**

El Apocalipsis mezcla frecuentemente los tres tiempos del verbo: presente, pasado y futuro. Los tres tiempos actúan en rotación continua dentro de una misma narración. Por ello no le cuesta unir varias ciudades, en las que los testigos de Dios han sido perseguidos o son perseguidos o serán un día perseguidos. Mencionando cinco ciudades (Sodoma, Egipto, Babilonia, Jerusalén y Roma), se habla de una sola: la gran ciudad. Narrando cinco historias, el Apocalipsis narra la historia de siempre, que se cumple en la Iglesia de todos los tiempos y lugares. La Roma actual de los Césares, como la Babilonia de un tiempo, es símbolo de la continua enemistad contra el pueblo de Dios y contra Dios mismo.

El Apocalipsis narra la historia que el pueblo de Dios ha vivido en el pasado, lo actualiza y lo proyecta en el futuro, un futuro que cada comunidad cristiana, con la ayuda del Espíritu Santo, está llamada a actualizar en los acontecimientos de su historia. La gran ciudad del Apocalipsis es cualquier ciudad del mundo, cerrada en sí misma, pagana e idólatra de su técnica, autosuficiente, hedonista, llena de lujo y despilfarro, “en la que es hallada la sangre de los profetas y de los santos y de todos los degollados de la tierra” (18,24). Es “la ciudad donde fue crucificado su Señor” (11,8), y que continúa crucificando a los testigos de Jesús, el Cordero inmolado.

Pero la misma realidad es siempre única y nueva. La visión es nueva (18,1). El ángel no es uno de los de las copas, sino otro ángel. Este nuevo mensajero celeste aparece envuelto en el fulgor de la gloria de Dios, que le ha enviado (Ez 43,2; Lc 2,9). La escena es imponente. La luz celestial, que el ángel difunde en torno a sí, ilumina las amplias ruinas de la ciudad caída en el polvo y las tinieblas. En sus ruinas no hay alma humana, sólo demonios y aves nocturnas, que han hecho allí su nido, como animales inmundos (Lv 11,13-19).

Así es como aparece ahora Babilonia, debido a sus grandes culpas (14,8; 17,2). Babilonia ha seducido a todo el mundo, induciéndolo a la apostasía, a la frivolidad, al lujo y a la degeneración moral, provocando la ira divina sobre sí. Ahora se desmorona la fachada externa, dejando al descubierto su podredumbre interior: “Después vi bajar del cielo a otro ángel, que tenía gran poder, y la tierra quedó iluminada con su resplandor. Gritó con potente voz diciendo: ¡Cayó, cayó la Gran Babilonia! Se ha convertido en morada de demonios, en guarida de toda clase de espíritus inmundos, en guarida de toda clase de aves inmundas y detestables. Porque del vino de sus prostituciones han bebido todas las naciones, y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con su lujo desenfrenado” (18,1-3).

Es impresionante el espectáculo. La gran prostituta, que se sentaba sobre la bestia como reina del mundo, ahora está por tierra. En un instante se ha derrumbado. Ante la inminente catástrofe de Babilonia, una voz del cielo exhorta a los cristianos a abandonarla antes de que llegue esa hora (Jr 50,8; 51,6.9.45; Is 48,20; 52,11; Mt 24,15-20). La escena evoca la salida de Lot de Sodoma, antes de que el Señor descargara el fuego sobre ella (Gn 19,12ss; Lc 17,32). Es la exhortación a no dejarse arrastrar por el espíritu corrupto de la ciudad. San Agustín, en la *Ciudad de Dios* (18,18), lo interpreta así: “Salgamos y alejémonos de la ciudad de este mundo con los pies de la fe que actúa en la caridad y acerquémonos al Dios vivo”. Es fácil dejarse contagiar viviendo en medio de la gran ciudad idolátrica: “Luego oí otra voz que decía desde el cielo: Salid de ella, pueblo mío, no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas. Porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus iniquidades” (18,4-5).

El dilema del cristiano en el mundo consiste en que está llamado a ser luz del mundo y sal de la tierra, es decir, a estar en el mundo, pero al mismo tiempo ha de estar siempre alerta a no ser del mundo, a no desvirtuar la sal, contagiándose del espíritu del mundo, cancelando la diferencia entre Dios y el mundo, entre el espíritu mundano y la voluntad de Dios, creador del mundo (Rm 12,2). Esta situación hace que el cristiano viva siempre en una tensión dolorosa: llamado a salvar el mundo, puede precipitar en el abismo con el mundo.

La vida cristiana es una huida continua e imposible. Continua, porque el cristiano ni siquiera puede detenerse a contemplar el derrumbe de Sodoma como la mujer de Lot; imposible, porque no puede salir del mundo hasta que el mundo lo eche fuera de sí, por el martirio, o Dios mismo lo saque de la tierra con la muerte. Ciudadanos del cielo, estamos siempre lejos de nuestra patria, huyendo de este mundo, sin morada fija en la tierra. Sin patria y sin casa, siempre plantando y recogiendo la tienda. El pueblo de Dios huye de Egipto y lleva tras de sí, a sus espaldas, el ejército del faraón, hasta que se abre el mar para dejar pasar al pueblo y se cierra como un ataúd sobre los egipcios. Sólo el paso del mar les libra del enemigo, y el paso del mar no lleva a la ciudad, sino al desierto. La mujer vestida de sol no encuentra otro refugio sino el desierto. En el mundo la Iglesia está siempre en diáspora, en exilio, en éxodo, en pascua.

La medida de los pecados de Babilonia, residencia del Anticristo, ha alcanzado el colmo y ya rebasa la copa. La maldad acumulada forma una montaña que toca el cielo. La paciencia de Dios ha llegado igualmente al colmo y ahora deja lugar al juicio. A los ejecutores del castigo (17,16s) se les ordena que la arrasen sin remisión (Jr 16,18; 17,18; 50,15.29). En un solo día (Is 47,8s), con su destrucción, Babilonia mostrará a todos la impostura de sus apariencias, la falsedad de su seguridad y de su poder: “Dadle como ella ha dado, dobladle la medida conforme a sus obras, en la copa que ella preparó preparadle el doble. En proporción a su jactancia y a su lujo, dadle tormentos y llantos. Pues dice en su corazón: Estoy sentada como reina, y no soy viuda y no he de conocer el llanto... Por eso, en un solo día llegarán sus plagas: peste, llanto y hambre, y será consumida por el fuego. Porque poderoso es el Señor Dios que la ha condenado” (18,6-8).

Babilonia, la capital hedonista y criminal, cae en un instante, como devorada por una llamarada de fuego, “en una sola hora” (18,10). Ella misma procura su ruina. No es necesario ir contra ella, empujarla para que caiga. La ciudad, que se alimenta de la sangre de los inocentes, se precipita a sí misma en la ruina.

Su pecado capital ha sido el orgullo, que la ha llevado a desafiar a Dios. El rey de Babilonia, en la elegía satírica que Isaías entona en su caída, grita: “¡Subiré hasta el cielo, ensalzaré mi trono sobre las estrellas de Dios!” (Is 14,13). Y en otro lugar Babilonia repite: “Seré por siempre la señora eterna...¡Yo y nadie más! No seré viuda ni sabré lo que es carecer de hijos” (Is 47,7.9). También Tiro, la capital fenicia del comercio, declaraba: “Estoy sentado en un trono divino, en el corazón de los mares” (Ez 28,2). La oposición a Dios, la ilusión de ser como Dios, el orgullo supremo es el pecado original de todo hombre, que quiere ser como Dios (Gn 3,5).

Juan se burla de las pretensiones de Babilonia, repitiendo la advertencia de Ezequiel al príncipe de Tiro: “¿Dirás aún ¡yo soy un dios! ante tus verdugos? Tú eres un hombre, y no un dios, a merced de los que te matan” (Ez 28,9). Cuatro plagas le caen encima: muerte, aflicción, hambre y fuego. La espera la muerte y el luto, que la hacen viuda, sin habitantes.

**CANTOS DE LUTO**

La enormidad de la destrucción, según un modelo del Antiguo Testamento (Ez 26,15-27,36), se describe a base de los cantos de lamentación de quienes habían conocido Babilonia y que ahora, para no ser arrastrados por su ruina, la contemplan desde lejos. Como en una tragedia, tres coros expresan el propio estupor. En primer lugar gritan los reyes de la tierra, que se habían puesto al servicio del dominador del mundo. Como han participado de su poder y lujo (17,2: 18,3), ahora son testigos del juicio divino: “Llorarán, harán duelo por ella los reyes de la tierra, los que con ella fornicaron y se dieron al lujo, cuando vean la humareda de sus llamas; se quedarán a distancia horrorizados ante su suplicio, y dirán: ¡Ay, ay, la Gran Ciudad! ¡Babilonia, ciudad poderosa, que en una hora ha llegado tu juicio!” (18,9-10).

Ante las ruinas humeantes de Babilonia los potentes de la tierra lamentan la fragilidad de todo éxito humano, del triunfo y de la gloria. Es algo que ya había cantado el salmista: “Sólo un soplo es todo hombre que vive; sólo un soplo que se agita, acumula riquezas y no sabe quien las recogerá” (Sal 39,6-7).

El segundo coro lo forman los mercaderes de la tierra, que se han enriquecido con las riquezas de Babilonia y ahora lloran la pérdida de tan importante mercado. Babilonia les había solicitado no sólo las cosas necesarias para la vida cotidiana, sino también los más sofisticados artículos de lujo, con los que satisfacía su vida frívola y viciosa: “Lloran y se lamentan por ella los mercaderes de la tierra, porque nadie compra ya sus cargamentos de oro y plata, piedras preciosas y perlas, lino y púrpura, seda y escarlata, toda clase de maderas olorosas y toda clase de objetos de marfil, de madera preciosa, de bronce, de hierro y de mármol; cinamomo, amomo, perfumes, mirra, incienso, vino, aceite, harina, trigo, bestias de carga, ovejas, caballos y carros; esclavos y mercancía humana. Y los frutos en sazón que codiciaba tu alma, se han alejado de ti; y toda magnificencia y esplendor se han terminado para ti, y nunca jamás aparecerán. Los mercaderes de estas cosas, los que a costa de ella se habían enriquecido, se quedarán a distancia horrorizados ante su suplicio, llorando y lamentándose: ¡Ay, ay, la Gran Ciudad, vestida de lino, púrpura y escarlata, resplandeciente de oro, piedras preciosas y perlas!” (18,11-16).

La gran idolatría de las riquezas, del lujo y del consumismo ciega el corazón del hombre y, al mismo tiempo, le decepciona con su impotencia para dar la vida y la felicidad. Cristo ya decía en el Evangelio: “No amontonéis tesoros en la tierra donde la polilla y la herrumbre corroen y los ladrones socavan y roban” (Mt 6,19).

El tercer grupo que llora la suerte de Babilonia lo componen la gente del mar. La soberbia ciudad, en cuyo puerto entraban y salían tantas embarcaciones llenas de toda clase de mercancías, ya no existe. El dolor de los navegantes, como el de los comerciantes, no es un dolor desinteresado, sino que unos y otros se afligen porque han perdido una fuente de ganancias: “¡En una hora ha sido arruinada tanta riqueza! Todos los capitanes, oficiales de barco y los marineros, y cuantos se ocupan en trabajos del mar, se quedaron a distancia y gritaban al ver la humareda de sus llamas: ¿Quién como la Gran Ciudad? Y echando polvo sobre sus cabezas, gritaban llorando y lamentándose: ¡Ay, ay, la Gran Ciudad, con cuya opulencia se enriquecieron cuantos tenían las naves en el mar; que en una hora ha sido asolada!” (18,17-19).

A los tres grupos les impresiona la sorpresa de la caída de la gran metrópoli cuando nadie se lo esperaba. En un momento queda reducida a polvo y ceniza. El hombre busca asegurase la vida y prevenir todas las situaciones de peligro. Por ello lo inesperado, que se sale de todo cálculo, le desconcierta y le deja paralizado. La vida del hombre está en las manos de Dios, que es creador y señor de la historia, creador de realidades nuevas y de acontecimientos sorprendentes. Quienes no viven envueltos en los afanes de este mundo, sino que peregrinan por la tierra como hombres celestes, frente a los cantos de luto, pueden entonar un canto de júbilo: “Alégrate por ella, cielo, y vosotros, los santos, los apóstoles y los profetas, porque al condenarla a ella, Dios ha juzgado vuestra causa” (18,20).

Los santos, apóstoles y profetas, anunciadores de la salvación de Dios, se alegran con la caída de Babilonia, al ver que Dios ha escuchado el grito de los mártires (6,9-11) y les ha hecho justicia. Condenando el mal Dios hace justicia al bien. El juicio de los malvados tiene como reverso de la medalla la gloria de los justos, el triunfo de la verdad y de la justicia. Las bienaventuranzas destinadas a los siervos de Dios se contraponen a los ¡ay! de los que han abandonado a Yahveh, poniendo la confianza en sus fuerzas y en sus riquezas (Is 65,13-14; Lc 6,20-26).

Con una acción simbólica, inspirada en Jeremías (Jr 51,60-64), el ángel muestra lo que queda de Babilonia: nada. Jeremías escribe en un libro todo lo que le ocurrirá a Babilonia. Luego manda a Serayas leerlo y, “una vez leído, atas a él una piedra y lo arrojas al Éufrates, diciendo: Así se hundirá Babilonia y no se recobrará del mal que yo mismo voy a traer sobre ella” (Jr 51,59-64). El Apocalipsis, superando a Jeremías, nos dice que, en un momento, Babilonia se hundirá en el abismo como la gran piedra de molino que el ángel arroja en el mar. De la gran ciudad no quedará ni rastro: “Un ángel poderoso alzó entonces una piedra, como una gran rueda de molino, y la arrojó al mar diciendo: Así, de golpe, será arrojada Babilonia, la Gran Ciudad, y no aparecerá ya más...” (18,21).

La imagen de la piedra de molino arrojada al mar la había usado Jesucristo para indicar la suerte de quienes siembran escándalos (Mt 18,6). Babilonia ha escandalizado a muchos pueblos, a los que ha corrompido con sus magias e idolatrías. Ahora sufre la misma suerte del dragón satánico (12,9.10.13), de las dos bestias (19,20), del diablo (20,10), de la muerte (20,15) y de todos los que no están escritos en “el libro de la vida” (20,15). Todos son arrojados a las profundidades de la nada, del infierno, del silencio.

Diversas imágenes describen la aniquilación de la metrópolis del Anticristo. Desaparece toda señal de vida: no se oye ni una voz de hombre, ni un canto, ni el son de instrumentos (Jr 7,34; 16,9; 25,10). Todo es silencio, vacío, nada (Is 24,8; Ez 26,13; 51,60-64). Desaparecen los rumores de la vida diaria, se apaga la ebriedad de las pasiones, e incluso la sana alegría de vivir, el amor de la juventud, el gozo de la familia, el nacimiento de nuevas vidas... Sobre este silencio mortal cae para siempre la noche oscura: “Y la música de los citaristas y cantores, de los flautistas y trompetas, no se oirá más en ti; artífice de arte alguna no se hallará más en ti; la voz de la rueda de molino no se oirá más en ti; la luz de la lámpara no lucirá más en ti; la voz del novio y de la novia no se oirá más en ti. Porque tus mercaderes eran los magnates de la tierra, porque con tus hechicerías se extraviaron todas las naciones; y en ella fue hallada la sangre de los profetas y de los santos y de todos los degollados de la tierra” (18,22-24).

**CANTOS TRIUNFALES EN EL CIELO Y EN LA TIERRA**

Desde Babilonia devastada la mirada se eleva a la contemplación del cielo, donde los espíritus bienaventurados, junto con los hombres glorificados, celebran la destrucción de la ciudad del Anticristo. En contraste con el lamento entonado en la tierra por reyes, comerciantes y navegantes, en el cielo tres coros dan gracias al que se sienta en el trono, al dominador universal, por la caída de la gran ciudad. En antítesis al silencio, caído sobre Babilonia, ahora brota la música en una solemne liturgia. Cada coro comienza su himno con el grito de júbilo: “¡Aleluya!”. Es la exclamación, repetida en el salterio (Sal 104,35; 106,48; 148,1...) y en el libro de Tobías (Tb 13,18), que la primitiva comunidad de Jerusalén había tomado de la liturgia del templo.

El coro celeste, formado por la asamblea de los ángeles y santos, precisa el motivo de la alabanza a Dios. Él ha mostrado su justicia castigando a Babilonia, que era la fuente de corrupción que contagiaba a todo el mundo. De ella partía la fuerza que estimulaba la persecución del cristianismo. El canto se repite proclamando que el juicio divino, “verdadero y justo, es irrevocable y eterno” (14,11). La redención perfecta y definitiva aparece en el horizonte de la historia del mundo. Los ancianos y los vivientes se unen al júbilo de los ángeles y santos con el amén: “Después oí en el cielo como un gran ruido de muchedumbre inmensa que decía: ¡Aleluya! La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos; porque ha juzgado a la Gran Ramera que corrompía la tierra con su prostitución, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos. Y por segunda vez dijeron: ¡Aleluya! La humareda de la Ramera se eleva por los siglos de los siglos. Entonces los veinticuatro Ancianos y los cuatro Vivientes se postraron y adoraron a Dios, que está sentado en el trono, diciendo: ¡Amén! ¡Aleluya!” (19,1-4).

Y de nuevo, con mayor fuerza, resuena el Aleluya en la voz de un solista al que se une un coro inmenso de siervos y fieles del Señor. Es un coro potente como la voz de la naturaleza, con el estruendo de la tempestad: “Y salió una voz del trono, que decía: Alabad a nuestro Dios, todos sus siervos y los que le teméis, pequeños y grandes. Y oí el ruido de una muchedumbre inmensa y como el ruido de grandes aguas y como el fragor de fuertes truenos. Y decían: ¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso” (19,5-6).

A la voz del cielo se une la voz de todos los siervos de Dios en la tierra, la voz de la Iglesia de Dios que aún peregrina por la tierra, pero que ya canta con los vivientes que se hallan en torno al trono del Cordero. La Iglesia peregrina canta de júbilo y da gracias a Dios porque, al castigar a Babilonia, ha manifestado su poder salvador. Con la destrucción de la ciudad del Anticristo llega la hora “de las bodas del Cordero” con su esposa, la Iglesia. Este es otro gran motivo para exultar de gozo ante el Señor, pues las bodas del Cordero simbolizan la íntima comunión del hombre con Dios. Estas bodas, inauguradas con la venida de Cristo y celebradas en su Pascua redentora, llegan a su consumación en la Jerusalén celestial: “Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura ‑ el lino son las buenas acciones de los santos” (19,7-8).

La imagen de las bodas recoge la tradición profética, que presenta la relación de Dios y su pueblo como unión esponsal (Is 54,57; 62,4s; Ez 16,7ss; Os 2,4-25). En el Evangelio, Jesús se sirve de la imagen de las bodas para significar el cumplimiento de la salvación (Mt 22,2-4; 25,1-13; Lc 12,36; Jn 3,29). La unión personal, íntima e indisoluble, entre Cristo y la comunidad, que Él se ha conquistado con su sangre, es como la unión del esposo y la esposa (2Co 11,2; Ef 5,25-33).

Son los cristianos, peregrinos sobre la tierra, sujetos aún al dolor y a las persecuciones, quienes anuncian el comienzo de “las bodas del Cordero”. Esto significa que, en medio de las tribulaciones, ven que ya se cumple la promesa del Señor, que les ha asegurado su vuelta gloriosa. Él viene para conducir a su Iglesia desde el exilio a la gloria. Cuando toda la Iglesia sobre la tierra se encuentre unida a Cristo, el esposo celeste, la redención alcanzará su plenitud.

La Iglesia, como esposa, vive en la ardiente espera de su Señor. Su hábito nupcial es don de Dios, -“le ha sido dado”-. Dios mismo ha tejido el vestido de bodas con su gracia, que suscita las buenas obras del cristiano. El color blanco deslumbrante del lino es símbolo de la santidad y del futuro esplendor de la gloria.

Este canto de júbilo celebra una realidad futura para los destinatarios del Apocalipsis. Supone para ellos una esperanza por la que están dispuestos a vivir e incluso a morir. Por ello se concluye con la proclamación de la bienaventuranza de los invitados a las bodas del Cordero (Lc 14,15-24; Mt 22,2-14): “Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero” (19,9a).

Tal promesa busca infundir confianza, fuerza y ánimo para aceptar la prueba de la persecución. Por inverosímil que pueda sonar a los oídos de los cristianos atribulados, la promesa es cierta, las palabras que Juan ha oído son palabras de Dios: “Me dijo además: Estas son palabras verdaderas de Dios” (19,9b).

El mismo Juan se siente confuso e impresionado ante la maravillosa visión y se arroja a los pies del ángel para adorarlo. El ángel reacciona y le recuerda que sólo Dios merece la adoración del hombre y del ángel (Col 2,18; Hb 1-2). Él, lo mismo que Juan, no es más que un siervo de Dios. Ángeles y profetas están llamados a dar testimonio continuo de Jesucristo (Jn 14,26; 15,26s; 16,13s; Rm 8,9; 2Co 3,17). Los cristianos, que dan testimonio de Jesús, son equiparados a los ángeles: “Entonces me postré a sus pies para adorarle, pero él me dice: No, cuidado; yo soy un siervo como tú y como tus hermanos que mantienen el testimonio de Jesús. A Dios tienes que adorar. El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía” (19,10).

**EL COMBATE ESCATOLÓGICO**: 19,11-20,15

**PRIMER COMBATE**

La ejecución del juicio de Dios sobre la capital del Anticristo ha sido encomendada al mismo Anticristo y a sus aliados (17,16s). Sin embargo, para juzgar al Anticristo y a sus seguidores aparece el mismo Cristo (19,11-21). Juzgado el Anticristo, Satanás se queda sin poder sobre la tierra (20,1-6) y es expulsado para siempre de la creación de Dios (20,7-10). Con esto comienza el juicio final y el cumplimiento definitivo de la historia de la salvación (20,11-15).

Nos hallamos, pues, frente al duelo supremo entre el bien y el mal, entre Cristo y la bestia satánica. El primer combate comienza con la parusía de Cristo. Ya antes (12,1-12) el Mesías se ha presentado como vencedor del dragón y señor del mundo. Pero su victoria aparecía aún lejana y escondida en la historia de la tierra; parecía, incluso, que el adversario de Dios era el verdadero dominador del mundo.

En la primera venida, Cristo se ha mostrado en la debilidad de un niño recién nacido, abandonado a las insidias del dragón. Del mismo modo, la íntima realidad del mundo redimido permanece escondida durante el tiempo que va desde la ascensión del Señor al cielo a su vuelta gloriosa. Sólo la fe la da a conocer como presente a los fieles que siguen a Cristo. Esta fe es la que les sostiene en medio de las experiencias contrarias que les presenta la historia de cada día. Pero llega ya el final de la historia. Con la parusía de Cristo se revela la gloria del Señor y los suyos pueden contemplar en todo su esplendor aquello en lo que han creído y esperado.

Juan, por tercera vez, contempla el cielo abierto (4,1; 11,19; 19,11). Como en el momento del bautismo de Jesús (Mt 3,16), se abre todo el cielo y no sólo una puerta (como en 4,1). La visión comienza con la contemplación del caballo blanco sobre el que aparece Cristo, como un guerrero que se muestra triunfante sobre el enemigo (19,19-21). También Pablo contempla a Cristo como un guerrero “que somete a todos sus enemigos bajo sus pies (1Co 15,24-28).

El símbolo usual del juez son las nubes blancas sobre las que viene (14,14). Aquí en vez de nubes está el caballo, siempre blanco, símbolo de que pertenece al reino de los cielos: “Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco: el que lo monta se llama Fiel y Veraz; y juzga y combate con justicia” (19,11).

La figura del jinete no se nos describe en su aspecto externo, sino en los rasgos interiores de su ser y actuar. Dos características le dibujan ante nosotros: Fiel y Veraz. Son dos nombres que muestran su mismo ser. Y son los nombres dados antes al Hijo del Hombre en la visión de la vocación de Juan (1,12-20). En ambas ocasiones la fidelidad y la veracidad caracterizan la fiabilidad de sus palabras y la certeza de sus promesas. Ahora Cristo, con su retorno, muestra a quienes se han mantenido fieles en su seguimiento que no ha sido vana su fidelidad, que Él no les ha engañado ni defraudado. En cambio, con la siguiente anotación -juzga con justicia- proclama el engaño de quienes se habían hecho la ilusión de ser invencibles (13,4) y que podían actuar según su antojo, contra Cristo y contra sus seguidores. Cristo aparece ahora para hacer justicia a sus fieles contra sus enemigos.

Las breves anotaciones sobre su aspecto externo no son nuevas. Ya antes (1,14) hemos hallado la misma imagen que atribuía al Hijo del Hombre una mirada penetrate e iluminada. Los símbolos de dominio no tienen límite, como lo tenían los referentes al dragón (12,13) y a la bestia (13,1). El que cabalga el caballo blanco es omnipotente. Su nombre, que el sólo conoce, es “el nombre que está sobre todo nombre” (Flp 2,9). En la parusía, cuando “le veremos como realmente es” (1Jn 3,2), se nos desvelará el misterio de su ser. Le veremos como es: Hijo de Dios. Ahora Juan nos lo muestra velado en los símbolos: “Sus ojos, llama de fuego; sobre su cabeza, muchas diademas; lleva escrito un nombre que sólo Él conoce” (19,12).

El hombre nunca podrá decir que conoce a Dios. El misterio de Dios queda siempre por encima de la mente del hombre. Quien quiere definir a Dios, pretendiendo encerrarlo en los límites de su razón, se queda sin Dios. Un Dios definido es un ídolo. Jamás podremos abarcar la altura, la anchura, la profundidad del misterio de Cristo, Dios y hombre. Cristo tiene un nombre que sólo Él conoce. La presunción se opone al conocimiento de Cristo, que se revela y revela el misterio del Padre a los pequeños. Los ateos quizás no acogen nuestro testimonio de Dios, porque nosotros somos idólatras. Les presentamos un ídolo en vez del rostro de Dios. Ateísmo es negación, no de Dios, sino del teísmo.

Cristo cabalga un caballo blanco, pero su manto está rojo de sangre. Cristo vuelve de la gloria vestido con un manto empapado de sangre (Is 63,1-6), símbolo de la victoria sobre el mal mediante su pasión. La sangre del manto es su sangre. El juez del mundo no es otro que el redentor. El Señor de la gloria es el mismo que vino en la debilidad. Su nombre es Palabra de Dios (Jn 1,1.14). Primero vino como revelador del Padre, anunciador del Evangelio de la salvación. Cristo dio testimonio del Padre con su palabra y con su vida hasta derramar su sangre. Ahora el Verbo de Dios se manifiesta al mundo como “fiel y veraz”: “Viste un manto empapado en sangre y su nombre es: La Palabra de Dios” (19,13).

En las representaciones del juicio, que nos presenta la Escritura, encontramos siempre los ejércitos del cielo que acompañan al juez (Mc 13,27; Mt 25,31; 2Ts 1,7s). Se trata de los ángeles y también de los santos (1Co 6,2), que toman parte en el juicio junto con Cristo: “Y los ejércitos del cielo, vestidos de lino blanco puro, le seguían sobre caballos blancos” (19,14).

Como juez, Cristo lleva a cumplimiento la historia de la Iglesia y la historia del mundo entero: “De su boca sale una espada afilada para herir con ella a los paganos; Él los regirá con cetro de hierro; Él pisa el lagar del vino de la furiosa cólera de Dios, el Todopoderoso” (19,15). Tres imágenes nos presentan a Cristo como señor y juez de los paganos; la Palabra que, como espada afilada, emite y ejecuta inmediatamente la sentencia; el cetro de hierro que le muestra como soberano (Sal 2,9) y los pies que pisan en el tino de la cólera de Dios. Como conclusión se recuerda el nombre que explica la potencia del juez y la impotencia de los imputados. El nombre lo lleva escrito en su cuerpo, en una parte que resalta en un jinete: en el muslo: “Lleva escrito un nombre en su manto y en su muslo: Rey de Reyes y Señor de Señores” (19,16).

Juan, para ofrecer esta manifestación de Cristo, quizás se sirva del texto de la Sabiduría, que describe la intervención de Dios en Egipto, salvando a Israel y condenando a los egipcios: “Cuando un silencio profundo lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu palabra omnipotente se lanzó desde los cielos, desde el trono real, cual guerrero implacable, sobre la tierra condenada, empuñando la espada afilada de su decreto irrevocable” (Sb 18,14-15).

**EXTERMINIO DE LAS NACIONES PAGANAS**

Envuelto en los rayos refulgentes del sol aparece un ángel, que invita a las aves de rapiña al banquete que Dios les ha preparado con la carne de los malvados. La imagen, tomada de Ezequiel (Ez 39,17-20), marca el contraste con el banquete nupcial del Cordero, al que son invitados los elegidos de Dios: “Luego vi a un ángel de pie sobre el sol que gritaba con fuerte voz a todas las aves que volaban por lo alto del cielo: Venid, reuníos para el gran banquete de Dios, para que comáis carne de reyes, carne de tribunos y carne de valientes, carne de caballos y de sus jinetes, y carne de toda clase de gente, libres y esclavos, pequeños y grandes” (19,17-18).

Ezequiel, con la invitación al banquete, pintaba la victoria divina sobre Gog y Magog, símbolo de los enemigos del pueblo de Dios: “Te he entregado como pasto a toda clase de aves de rapiña y a la fieras del campo... Anuncia a los pájaros de todas clases y a todas las fieras del campo: congregaos, venid, reuníos de todas partes... Comeréis carne y beberéis sangre. Comeréis carne de héroes, beberéis sangre de príncipes... A mi mesa os artaréis de caballos y caballeros, de héroes y de toda clase de guerreros” (Ez 39,4.17-20).

Tras el anuncio del banquete a las aves de rapiña antes de que comience el combate, en un segundo cuadro se nos muestra su cumplimiento. Ante nuestros ojos aparece el triunfo del Logos-jinete sobre todos sus enemigos. La batalla tuvo lugar hace ya mucho tiempo, con la muerte de Jesús, y se concluyó victoriosamente con su resurrección (12,5-12). Por ello aquí no hay señal alguna de choque. Todo lo realizado en nombre del Anticristo yace derrotado y caído en el suelo. El “León de la tribu de Judá” (5,5) se revela a todo el mundo como vencedor desde hace tiempo. Cristo vence a todas las fuerzas del mal con las armas de su misterio pascual, mediante su muerte y resurrección. Cargando sobre sus hombros el mal lo clava en la cruz y lo destruye. De la muerte sale victorioso en su resurrección.

Las dos bestias son arrojadas al lugar de donde habían salido. En el infierno vuelven al eterno tormento (14,10s; 20,10.14s; 21,8). El juez proclama la pena de muerte sobre los seguidores de la bestia y la sentencia se ejecuta inmediatamente. La espada con la que Cristo combate es la palabra de Dios (2Ts 2,8): “Vi entonces a la Bestia y a los reyes de la tierra con sus ejércitos reunidos para entablar combate contra el que iba montado en el caballo y contra su ejército. Pero la Bestia fue capturada, y con ella el falso profeta ‑el que había realizado al servicio de la Bestia las señales con que seducía a los que habían aceptado la marca de la Bestia y a los que adoraban su imagen‑ los dos fueron arrojados vivos al lago del fuego que arde con azufre. Los demás fueron exterminados por la espada que sale de la boca del que monta el caballo, y todas las aves se hartaron de sus carnes” (19,19-21).

Con la condenación de la bestia y de sus seguidores, Satanás se queda sin los instrumentos con los que pretendía contraponer su reino al reino de Dios fundado por Jesucristo, es decir, la Iglesia. Ya con la redención de Cristo Satanás había perdido todas sus posiciones (12,7-12), pero aún se le había concedido un tiempo en el que podía provocar el desorden sobre la tierra. Con la Parusía de Cristo, su situación cambia radicalmente (19,11-16). El poder, con el que Satanás ha engañado a muchos en el curso de la historia, era falso, pura apariencia. Ahora queda al descubierto su impotencia. Igualmente la realidad salvífica oculta, conocida para los creyentes y presente en su vida, al final de la historia se manifiesta abiertamente a todos.

En una nueva visión, Juan contempla a un ángel que desciende del cielo con la llave del abismo y una cadena para atar a Satanás: “Luego vi a un ángel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del Abismo y una gran cadena” (20,1). Cristo había declarado: “Yo tengo las llaves de la Muerte y del Hades” (1,18). Sólo Cristo, a través de su ángel, dispone de la ciudad del abismo, el lugar de castigo. Sólo Él puede abrir o cerrar sus puertas. Con gran facilidad el ángel cumple su misión. El dragón, completamente impotente, se deja encadenar: “Dominó al Dragón, la Serpiente antigua ‑que es el Diablo y Satanás ‑ y lo encadenó por mil años” (20,2).

El encadenamiento de Satanás entra en la finalidad primera del Apocalipsis, que quiere mostrar su impotencia a quienes se enfrentan a él en el nombre del Señor. Es algo que ya Jesús había dicho a sus discípulos, como señal de la llegada del reino de Dios: “¿Cómo puede uno entrar en la casa del fuerte y saquear su ajuar, si no ata primero al fuerte?” (Mt 12,29).

Satanás, encadenado, desaparece de la historia. Dios garantiza su exclusión del mundo, sellando la puerta del abismo donde es recluido durante mil años, un tiempo relativamente largo. Y luego sólo subirá de allí para el juicio final (20,7-10). El número mil, -en una interpretación literal ha dado lugar al milenarismo[[14]](#footnote-14)- tiene aquí un valor simbólico. Para el Señor un día es como mil años (Sal 89,4). Se trata del tiempo eterno de Dios (2P 3,8). Se trata del tiempo presente de la Iglesia, tiempo eterno, inaugurado con la muerte y la resurrección de Cristo.

Según la interpretación de san Agustín estos mil años son el tiempo de la Iglesia, que va desde la Pascua de Cristo hasta la Parusía. En este arco de tiempo el maligno no es destruido, pero sí encadenado. Es un tiempo en que Satanás está vivo, pero prisionero (Is 24,22). La victoria sobre él se realiza en la lucha diaria de los cristianos, unidos a Cristo que sostiene a sus fieles: “Lo arrojó al Abismo, lo encerró y puso encima los sellos, para que no seduzca más a las naciones hasta que se cumplan los mil años. Después tiene que ser soltado por poco tiempo” (20,3).

Encadenado Satanás, se nos invita a contemplar la sesión del juicio que se lleva a cabo en el cielo. Al juicio se presentan diversos grupos, sobre los que se dicta sentencia. El primer grupo es el de los mártires, que en todo el Apocalipsis, dirigido a reforzar la fe en medio de la persecución, ocupan siempre el primer lugar. A los mártires siguen los confesores, que durante el tiempo del Anticristo se han mantenido fieles en la confesión de la fe (13,8.15-17; 15,2), aunque no llegaron a derramar su sangre. Los jueces celestes les atribuyen, como recompensa, una vida nueva después de la muerte.

En ellos se cumple la palabra de Cristo: “Quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará” (Mc 8,35). Esta vida nueva comporta la participación en el dominio de Cristo sobre el mundo: “Luego vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y se les dio el poder de juzgar; vi también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios, y a todos los que no adoraron a la Bestia ni a su imagen, y no aceptaron la marca en su frente o en su mano; revivieron y reinaron con Cristo mil años. Los demás muertos no revivieron hasta que se acabaron los mil años. Es la primera resurrección” (20,4-5).

Esta “primera resurrección” permite a los testigos de Cristo participar del dominio glorioso de Jesucristo. Es la gloria concedida a quienes, por la confesión de Cristo, han derramado su sangre y a los que, sin llegar al martirio, se mantuvieron fieles, superando con Cristo la puerta de la muerte y alcanzando la verdadera vida. A la “primera muerte” sigue, pues, “la primera resurrección”. A los demás, a los seguidores de la bestia, después de la primera muerte (19,21) les espera la “segunda muerte”: “Dichoso y santo el que participa en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre éstos, sino que serán Sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con Él mil años” (20,6).

Esta bienaventuranza declara santos a quienes participan de la primera resurrección. Esto significa que han sido liberados de todo mal para entrar en la comunión con Dios, el todo santo. Por ello la “segunda muerte” ya no les puede afectar; Dios les protege de la corrupción eterna. La primera resurrección sigue a la “primera muerte”, que para el cristiano es el bautismo (Rm 6,3-4; Col 2,12).La primera resurrección consiste en la vida nueva concedida a los cristianos que dan testimonio de su Señor y buscan las cosas que le pertenecen como recomienda Pablo: “Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de allá arriba” (Col 3,1) o como nos dice Juan: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos” (1Jn 3,14).

**SEGUNDO COMBATE ESCATOLÓGICO**

Cumplido el tiempo de encadenamiento, Satanás sale de la prisión en la que Cristo le ha encerrado y se entrega con todas sus fuerzas a seducir a todas las gentes de la tierra. Como no puede contar con sus aliados, las dos bestias, se lanza directamente a la acción demoledora contra la Iglesia de Cristo. Es el último y definitivo enfrentamiento entre el Bien y el Mal, que lleva al juicio final. Nos encontramos con el cuadro trazado por Ezequiel (Ez 38,1-39,20) actualizado. Aparecen los nombres de Gog y Magog, como símbolo de las masas hostiles al reino del Mesías: “Cuando se terminen los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a seducir a las naciones de los cuatro extremos de la tierra, a Gog y a Magog, y a reunirlos para la guerra, numerosos como la arena del mar” (20,7-8).

La situación de la Iglesia aparece de nuevo completamente desesperada. La circunda y asedia un ejército inmenso y potente. Los enemigos de Dios intentan arrebatar a Cristo el domino sobre la tierra. Pero una vez más Dios desciende en ayuda de “su ciudad amada” (Si 24,11) y en un momento, con el fuego devorador (Gn 19,24; 2R 1,10; Ez 38,22; 39,6), aniquila el poder adversario: “Subieron por toda la anchura de la tierra y cercaron el campamento de los santos y de la Ciudad amada. Pero bajó fuego del cielo y los devoró. Y el Diablo, su seductor, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde están también la Bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (20,9-10).

En este último intento, en el curso de la historia terrena, se revela todo “el misterio del mal” (2Ts 2,6) en su horror y en su impotencia. La derrota de Satanás, sufrida tiempo atrás (12,7-11), es proclamada ahora históricamente.

**EL JUICIO DE LAS NACIONES**

Con la expulsión de Satanás, “señor de este mundo” (Jn 12,31), se remueve de la creación de Dios el principal factor de destrucción y desorden. Se puede, pues, reconstruir el mundo. Juan nos invita a contemplar el último acto de la historia, presentándonos un gran trono, como símbolo de la omnipotencia de Dios: “Luego vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado sobre él. El cielo y la tierra huyeron de su presencia sin dejar rastro” (20,11).

La creación, partícipe en cierto modo del pecado del hombre, ha sufrido la maldición y se ha visto arrastrada hacia el mal (Gn 3,17; Rm 8,20ss). Ahora se ve liberada de su aspecto antinatural al resplandecer sobre ella la gloria de Dios. En los sinópticos es ampliamente descrito este final de la creación (Mc 13,24-27p). El cielo y la tierra desaparecen. Sólo queda el símbolo del juicio: el trono resplandeciente de la gloria de Dios (Dn 7,9-10).

Ante el trono del juicio, en un cierto momento aparecen todos los muertos, grandes y pequeños, sin importar donde y cuando han vivido y han sido sepultados. Ni la tierra ni las aguas pueden retenerlos en su seno: “Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono; fueron abiertos unos libros, y luego se abrió otro libro, que es el de la vida; y los muertos fueron juzgados según lo escrito en los libros, conforme a sus obras. Y el mar devolvió los muertos que guardaba, la Muerte y el Hades devolvieron los muertos que guardaban, y cada uno fue juzgado según sus obras” (20,12-13).

En una escena impresionante se abren dos libros. Uno contiene la lista de los ciudadanos del cielo. Es el libro de la vida (3,5; 17,8) o “el libro de la vida del Cordero” (13,8; 21,27; Ex 32,32; Sal 69,28; Dn 12,1). Otros textos del Nuevo Testamento también mencionan este libro que contiene los nombres de los destinados a la vida eterna (Flp 4,3; Lc 10,20; Hb 12,23). El otro libro contiene el protocolo de lo que cada uno ha hecho durante la vida. Es el libro de las obras (Dn 7,10). El juicio no es, por tanto, sino la manifestación de lo que cada uno ha sido y ha hecho durante su vida (Jn 3,18s; 2Co 5,10).

Con el juicio final se llega al fin. El “mundo perverso” (Ga 1,4) deja su lugar al “mundo futuro” (Mt 12,32; Ef 1,21; 2,7...). Los poderes de este mundo, que deben su existencia al pecado (Rm 5,12-21), son eliminados: “la muerte como último enemigo” (1Co 15,26) es eliminada de la creación de Dios antes de que la vida celebre su triunfo eterno: “La Muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego ‑este lago de fuego es la muerte segunda‑ y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego” (20,14-15).

**LA JERUSALÉN CELESTIAL**: 21,1-22,5

**SINFONÍA DE LA NUEVA CREACIÓN**

En los dos últimos capítulos del Apocalipsis, Juan compone la sinfonía de la nueva creación. Como don de Dios, la ciudad santa, la nueva Jerusalén desciende del cielo. Surge la aurora del día deseado y esperado en la noche de la persecución. El caos provocado por el dragón, la bestia y la gran prostituta cede el puesto a la armonía de la nueva creación. Surge la comunidad de los santos, la nueva humanidad fiel y justa, dispuesta a entrar en comunión con Dios Padre, con Cristo y el Espíritu Santo. Llega la hora de la nueva alianza nupcial.

El Apocalipsis cristiano nace como cumplimiento de las promesas bíblicas del Antiguo Testamento. El anhelo de los profetas y las expectativas que suscitan en el pueblo de Dios no se pierden para siempre en el vacío, sino que se realizan plenamente mediante la irrupción de la nueva Jerusalén, que desciende del cielo. Quizás Juan no sabía que, mientras describía la nueva Jerusalén, estaba escribiendo la última página de la Escritura. Pero la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, colocó el Apocalipsis como la culminación de la Biblia. De este modo la nueva Jerusalén aparece como el punto culminante de la revelación de Dios. La creación, la elección divina, la alianza, las bodas de Dios con su pueblo, el deseo de ver a Dios, la esperanza y el sentido último de la historia, todo ello alcanza su realización en la nueva Jerusalén.

En estos últimos capítulos del Apocalipsis, con la elocuente expresividad del símbolo, se describe hasta dónde puede llegar la esperanza, la riqueza del don gratuito de Dios a la Iglesia y a la humanidad. La belleza de la Iglesia aparece en todo su esplendor en la imagen de la nueva Jerusalén. La Iglesia aparece como la esposa “toda gloriosa, sin mancha ni arruga, santa e inmaculada” (Ef 5,27) o como la ciudad santa, lugar de la comunión con Dios en la paz y la alegría. Isaías ya contempló la ciudad santa que descendía del cielo. San Pablo la ve sobre todo como una comunidad de cristianos (Ga 4,26; Flp 3,20). Y la carta a los Hebreos la presenta como una ciudad construida en el cielo (Hb 12,22).

Ciudad y esposa, la Iglesia entra en comunión con Dios. La nueva creación se manifiesta en la ciudad celeste, que desciende del cielo, obra única de Dios. Y se manifiesta con las galas de la esposa. El verdadero amor es el amor nupcial, amor de dos personas diversas, que se unen formando una sola carne. Dios y el hombre, en su diversidad, se unen formando una sola carne, un solo cuerpo, un solo espíritu, el Cristo total, cabeza y miembros unidos. La Iglesia es la esposa de Cristo, el esposo que se le entrega totalmente. Es la esposa a la que no hace el don de sus cosas, sino de sí mismo. Esta es la vida del cielo.

El “príncipe de este mundo” ya fue juzgado en la primera venida de Cristo (12,7-12; Jn 16,11). Pero, por una divina concesión, se le dio un tiempo en el que intentó reafirmar su poder. Durante ese tiempo la historia del mundo sufrió sus ataques y convulsiones. Por culpa suya, los frutos de la redención de Cristo no se manifestaron en su plenitud en la humanidad. Pero con el retorno de Cristo cambia la situación. Los seguidores de Satanás han sido capturados (19,20) y ya no ejercen ningún influjo sobre la historia. El mismo Satanás, después de un último intento inútil (20,7-9), es arrojado al abismo del infierno, desapareciendo de la tierra (20,10). El mundo viejo, descompuesto por el pecado, se disuelve (20,11). La purificación de la historia con el juicio y la disolución del antiguo cosmos son necesarios para que surjan la nueva creación y la nueva humanidad. Las imágenes que siguen son manifestación del grito: “He aquí que hago nuevas todas las cosas” (21,5). Es lo que Pablo escribía a los corintios: “Si uno está en Cristo es una criatura nueva; pasó lo viejo, todo es nuevo” (2Co 5,17).

Ya con su obra redentora, el “Cordero como degollado” (5,6) había tomado en sus manos el destino del mundo. Pero sólo ahora se muestra abiertamente esta victoria del “León de la tribu de Judá” (5,5). Este mundo nuevo o la nueva Jerusalén es la última visión del Apocalipsis: “Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo” (21,1-2).

En lugar del mundo antiguo aparece una tierra nueva, sobre la que se extiende un firmamento nuevo (Gn 1,1). No queda nada de la primera creación. Expresamente se alude a la desaparición del mar, considerado como el resto último del caos originario (Gn 1,2). El nuevo mundo se presenta bajo la forma de la Jerusalén celestial. El cielo de Dios caracteriza desde ahora el ámbito de la vida humana. Cielo y tierra son una misma cosa.

El cosmos es asumido en el cielo de Dios. Lo expresa metafóricamente el descenso a la tierra de la ciudad de Dios (3,12), que lleva el nombre simbólico de “Nueva Jerusalén”. Esta ciudad tiene algo en común con la Jerusalén terrena, en la que se hallaba el templo de la antigua alianza. En el templo, en el *sancta sanctorum*, se manifestaba la presencia de Dios bajo la figura de la nube. Ahora desaparece la nube y la figura se hace realidad. Con la parusía de Cristo todas las promesas alcanzan su cumplimiento. La nueva Jerusalén, presente ante Dios desde la eternidad (Ga 4,26; Hb 12,22), desciende ahora sobre la tierra.

Con una segunda imagen, la de la esposa, se nos presenta la relación de la Iglesia con Jesucristo. La Iglesia, comunidad santa, vive en relación íntima con el Señor de la gloria (15,1-5). Ahora, sobre la tierra nueva, se revela en toda su riqueza y belleza interior esta intimidad nupcial. El profeta Isaías había cantado la vuelta del exilio de Babilonia como una “creación de cielos nuevos y tierra nueva” (Is 65,17; 66,22), describiendo la nueva alianza entre el Señor y su pueblo con términos nupciales (Is 61,10). Una fuerte voz grita desde el trono, anunciando que se han cumplido las promesas hechas al pueblo elegido de una nueva y perfecta comunión de vida con Dios (Lv 26,11s; Ez 37,27; Za 8,8). Lo que significaban el tabernáculo y el templo, ahora se hace realidad. Dios ha abierto el Santo de los Santos de su templo a la humanidad entera. Todos los pueblos entrarán y habitarán en la casa de Dios: “Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y Él Dios‑con‑ellos (Is 7,14; 8,8.10) será su Dios” (21,3).

Esta experiencia íntima de comunión con Dios elimina todo lo que se opone a la felicidad y plenitud de vida del hombre. La realidad existencial del hombre, fruto de la maldición del pecado, desaparece con el viejo mundo (Is 25,8). Barrido lo viejo, queda el espacio libre para la novedad de vida, para la luz y la alegría. Con la creación del mundo nuevo, desaparece hasta el recuerdo del viejo (Is 65,17). En un canto litúrgico de alabanza se celebra la desaparición del sufrimiento, la muerte y el pecado: “Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado” (21,4).

Dios es amor. En la Escritura se revela como el Dios cercano a quien sufre. Al final Dios se inclina sobre el hombre para eliminar toda angustia. Lleno de ternura, como una madre, consuela a sus hijos, según la profecía de Isaías: “Como una madre consuela a su hijo, así os consolaré yo. En Jerusalén seréis consolados” (Is 66,13). Dios personalmente enjuga las lágrimas de los ojos humanos.

Y ahora es Dios mismo quien habla. Por primera vez, el Apocalipsis nos hace escuchar la palabra inmediata de Dios. La primera palabra de Dios recogida en la Escritura es: “Hágase” (Gn 1,3). Su última palabra recoge la primera y la lleva a plenitud: “Entonces dijo el que está sentado en el trono: Mira que hago un mundo nuevo. Y añadió: Escribe: Estas son palabras ciertas y verdaderas” (21,5).

Cuando Dios habla, siempre acontece algo. Su palabra es ya un acontecimiento (Is 55,11). Como en la primera creación la palabra de Dios daba vida a los seres, también ahora, en la nueva creación, su palabra se realiza. Para Él, que es eterno, el principio y el fin del mundo no están separados en el tiempo. Él es el creador y el perfeccionador de la creación: “Me dijo también: Hecho está: yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin” (21,6a).

El nuevo mundo, destino final de la creación, es presentado a cada persona. A quien quiere pertenecer a este mundo nuevo, se le abren las puertas con sólo expresar su deseo (Mt 5,6; Jn 4,10.14; 7,37s). El deseo de la esperanza cristiana vence el ardor de la sed. La invitación de Isaías se cumple plenamente; “¡Oh, todos los sedientos, id por agua, y los que no tenéis plata, venid, comprad y comed, sin plata, y sin pagar, vino y leche. ¿Por qué gastar plata en lo que no es pan y vuestro jornal en lo que no sacia?” (Is 55,1-2). Gratuitamente se ofrece el agua que apaga el anhelo de felicidad del hombre: “Al que tenga sed, yo le daré del manantial del agua de la vida gratis” (21,6b).

El agua de la vida es el Espíritu Santo. La vida cristiana es obra del Espíritu Santo. La vida divina en nosotros es don del Espíritu Santo, que nos lleva al Hijo, uniéndonos con Él. Y el Hijo nos presenta al Padre como sus hermanos, hijos del mismo Padre. Hijos en el Hijo gozamos de la herencia del Padre, que nos acoge y dice: “Yo seré Dios para él, y él será hijo para mí”.

Lo que Juan dice de la creación entera, Pablo lo refiere a la existencia personal de cada cristiano: “El que está en Cristo es una nueva creación, pasó lo viejo todo es nuevo” (2Co 5,17). El hombre nuevo, creado en Cristo (Ef 2,15), vive una vida nueva de justicia y santidad (Ga 6,15; Rm 6,4). A la humanidad redimida Dios le ofrece el agua de la vida, es decir, su Espíritu que da la vida eterna y, por tanto, la comunión plena con Dios. La imagen del agua para aludir a la vida divina es frecuente en la Escritura (Jr 2,13; Is 55,1; Za 14,8; Jn 4,10). Jesús en el Evangelio nos dice: “Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba quien cree en mí. De su seno, como dice la Escritura, correrán ríos de agua viva” (Jn 7,38-39).

El agua de la vida es un don gratuito de Dios. Es un don, sin embargo, reservado a quienes han sostenido victoriosamente la batalla de la fe. Solo quien cree en Dios, acoge sus dones. Sólo quien se fía de Dios le abre el corazón y lo acepta como Dios. Sólo recibe la herencia de Dios el hijo que ve en Dios un padre (2S 7,14; Rm 8,17; Ga 4,7). Dios acoge como hijo al vencedor y le da la herencia de todos sus bienes: “Esta será la herencia del vencedor: yo seré Dios para él, y él será hijo para mí” (21,7).

Dios da gratuitamente sus dones a quienes se han mantenido fieles en la fe, pero no impone nunca estos dones a quienes han renegado de la fe. En oposición a los ciudadanos de la nueva Jerusalén, vencedores del mal, partícipes de la misma vida de Dios en cuanto hijos y herederos, Juan presenta también a los excluidos de esta herencia. El texto enumera varias formas de defección, como en un catálogo de culpas (Rm 1,29-31; Ga 5,19-21). En primer lugar están los cobardes y los incrédulos, los que por temor se han dejado arrebatar la palabra de Dios o los que por soberbia no le han confesado ante los hombres. Las demás faltas se resumen al final en una palabra: los mentirosos. Esta palabra les asocia como familiares al “padre de la mentira” (Jn 8,44) y les lleva a seguir la suerte de su padre (20,14). La vida eterna aparece en toda su grandeza en contraste con la amenaza de la muerte eterna: “Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los impuros, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre: que es la muerte segunda” (21,8).

**EXTERIOR DE LA NUEVA JERUSALÉN**

El estado feliz y perfecto del mundo y de la humanidad se nos propone en tres cuadros de vivos colores: el aspecto exterior de la nueva Jerusalén (21,5-21a), el interior de la ciudad (21,21b-27) y el nuevo paraíso terrenal (22,1-5). Esta triple visión, última del Apocalipsis, es la más extensa y detallada de todo el libro. Parece que Juan, extasiado en su contemplación, no logra apartarse de este espléndido cuadro de paz, alegría y bienaventuranza.

La visión, en su forma, repite la visión de Babilonia (17,1-6), pero el contenido es exactamente lo opuesto. Las dos ciudades, Babilonia y la nueva Jerusalén, se contraponen en todo. Aquí, como en la visión de Babilonia, es uno de los siete ángeles de las copas el que comunica a Juan la visión de la nueva Jerusalén. Allí la visión tenía lugar en el desierto, ahora se trata de un monte alto, desde donde se le muestra al Vidente -como a Moisés la tierra prometida (Dt 32,40)- el pleno cumplimiento de la promesa: la nueva tierra prometida. Allí aparecía una prostituta montada a caballo sobre la bestia, símbolo de la apostasía de Dios y de su Mesías; aquí se muestra la esposa que el Cordero conduce a las bodas, símbolo de la íntima comunión de vida entre Cristo y la Iglesia. Allí formaban el cortejo los condenados, aquí los elegidos del Señor. La prostituta era símbolo “de la gran ciudad” del Anticristo (17,18), aquí la esposa es comparada con la “santa ciudad de Jerusalén” que desciende del cielo: “Entonces vino uno de los siete Angeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y me habló diciendo: Ven, que te voy a enseñar a la Novia, a la Esposa del Cordero. Me trasladó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la Ciudad Santa de Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios” (21,9-10).

La imagen de la esposa se confunde con la de la ciudad, que Juan puede admirar como habían hecho Ezequiel (Ez 40-48), Isaías (Is 60-66) y Zacarías (Za 14). La vieja Jerusalén, en cuyo templo Dios se hacía presente para su pueblo, se transfigura y se hace símbolo de la existencia gloriosa propia de la humanidad redimida, a la que Dios se revela cara a cara, como es. La gloria de Dios llena la ciudad. La gloria de Dios no sólo pasa por sus puertas (Ez 44,2-5), sino que es su ámbito, su ser. El cielo es la experiencia de la gloria de Dios. El diamante que refleja en mil colores la luz del sol (4,3) es la imagen de esta gloria de Dios: “Y tenía la gloria de Dios. Su resplandor era como el de una piedra muy preciosa, como jaspe cristalino” (21,11).

Lo mismo que a los peregrinos, al aproximarse a la ciudad santa, Jerusalén se les muestra, desde lejos, como una fuerte defensa, coronada de murallas y pináculos, con puertas imponentes, así la nueva Jerusalén se le muestra a Juan que, emocionado, nos la describe. En primer lugar, las murallas le dan la impresión de unidad compacta en su interior. La ciudad está bien segura, cerrada totalmente hacia el exterior. Los cuatro puntos cardinales, símbolo del cosmos, tienen respectivamente tres puertas. Sobre las doce puertas, símbolo del cumplimiento de la historia de la salvación, están de guardia doce ángeles (Is 62,6).

Sin embargo las murallas no tienen la finalidad de defender a sus habitantes de los enemigos. La nueva Jerusalén es una ciudad de puertas abiertas (21,25). Las puertas abiertas son una invitación a entrar en la gloria espléndida que refulge desde lejos como una promesa. Son la invitación a entrar a gozar de la bienaventuranza del encuentro con el Dios vivo: “Tenía una muralla grande y alta con doce puertas; y sobre las puertas, doce ángeles y nombres grabados, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel” (21,12).

Sobre cada puerta, como en la visión de Ezequiel (Ez 48,31-34), está escrito el nombre de una de las doce tribus de Israel. Y sobre cada una de las piedras fundamentales, que sostienen los muros, está escrito el nombre de uno de los doce apóstoles de Cristo (Mt 10,2; Ef 2,20). Así se proclama la unidad del pueblo de Dios, que abarca el antiguo y el nuevo Testamento. En la nueva Jerusalén se han cumplido las promesas de salvación hechas a Israel y heredadas por la Iglesia: “Al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al mediodía tres puertas; al occidente tres puertas. La muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce Apóstoles del Cordero” (21,13-14).

Jesús había dicho a Pedro: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16,18). El Apocalipsis amplía esta promesa de Cristo, haciendo de los doce apóstoles fundamento de la Iglesia. Lo mismo dice Pablo a los efesios: “Sois conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo piedra angular Cristo mismo” (Ef 2,19-20).

La grandiosidad de “la santa ciudad de Jerusalén” aparece en la repetición del número en sus medidas. Se trata de una medida simbólica, hecha con una caña “de oro”, es decir, celeste. Pero, para dar una idea a los hombres de la realidad celestial, el ángel usa unas medidas comunes entre los hombres. La ciudad es cuadrangular; su altura es igual a su longitud: tiene, pues, forma de cubo, como era el Santo de los Santos en el tabernáculo y, después, en el templo (1R 6,19-20). El cuadrado y el cubo son imágenes de perfección y de plenitud: “El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muralla. La ciudad es un cuadrado: su largura es igual a su anchura. Midió la ciudad con la caña, y tenía 12.000 estadios. Su largura, anchura y altura son iguales. Midió luego su muralla, y tenía 144 codos, con medida humana, que era la del ángel” (21,15-17). Dios ofrece como meta de toda la creación la belleza y la armonía.

Presentada la ciudad en su aspecto general con sus medidas precisas, se nos describe el material con que han sido erigidas la ciudad y sus murallas (Is 54,11s). La ciudad es de oro puro y sus murallas son de jaspe o de diamante, como ya había cantado Tobías en su himno sobre Jerusalén: “Las puertas de Jerusalén serán reconstruidas con zafiros y esmeraldas, y de piedras preciosas sus murallas. Las torres de Jerusalén se construirán con oro, y con oro puro sus baluartes. Las plazas de Jerusalén serán pavimentadas con rubíes y piedras de Ofir” (Tb 13,17). Sólo lo más bello y preciado de la tierra puede simbolizar de algún modo la gloria celestial. Juan, consciente de la insuficiencia del símbolo, añade una característica que el oro no posee: esplende puro como el vidrio puro: “El material de esta muralla es jaspe y la ciudad es de oro puro semejante al vidrio puro” (21,18).

De nuevo Juan presta una atención especial a las murallas. El material de sus doce piedras fundamentales es particularmente precioso. Cada una está formada de una gran piedra preciosa, cada una diversa de las otras. Quizás el nombre antiguo de las piedras preciosas no coincide con el actual, por lo que su color y simbolismo nos resultan oscuros. Pero, de todos modos, el elenco de tantas piedras preciosas diversas nos da una idea de la magnificencia y belleza con que el cielo aparece en la tierra: “Los asientos de la muralla de la ciudad están adornados de toda clase de piedras preciosas: el primer asiento es de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisoprasa, el undécimo de jacinto, el duodécimo de amatista” (21,19-20).

Las doce piedras de que están compuestos los fundamentos evocan el pectoral de oro del sumo sacerdote, adornado con doce piedras preciosas, sobre las que estaba inscrito el nombre de las doce tribus de Israel (Ex 28,17-21; 39,10-13). Si las murallas son de jaspe, la ciudad de oro y los fundamentos son piedras preciosas, las puertas son perlas. Cada puerta consta de una única perla inmensa y valiosa (Mt 13,45-46): “Y las doce puertas son doce perlas, cada una de las puertas hecha de una sola perla” (21,21a).

**INTERIOR DE LA CIUDAD**

La descripción pasa del exterior al interior de la ciudad. El centro de la antigua Jerusalén lo constituía el templo. En la nueva Jerusalén no hay templo. El templo es innecesario, pues Dios llena toda la ciudad con su presencia: “toda la ciudad es el tabernáculo de Dios entre los hombres” (21,3). El anuncio de Pablo se realiza en plenitud: “Nosotros somos el templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en nosotros” (1Co 3,16). La plaza de la ciudad, donde Dios pone su tienda entre nosotros, es de oro puro, transparente, que refleja la luz como el cristal. Isaías había soñado con términos semejantes la Jerusalén celeste: “Yo pongo sobre zafiros tus fundamentos, haré de rubíes tus baluartes, tus puertas serán de piedras de cuarzo y todo su perímetro de piedras preciosas” (Is 54,11-12).

El esplendor de la gloria de Dios, que irradia el Cordero, absorbe y hace desaparecer toda luz terrena. El sol y la luna, creados por Dios para iluminar la vieja tierra (Gn 1,15), ahora ya son superfluos, porque la luz eterna de la presencia de Dios ilumina la nueva Jerusalén. También cesa su segunda finalidad: separar el día de la noche (Gn 1,14). Ahora no existe la noche. El día es eterno, porque el esplendor de Dios ni crece ni disminuye; en Él no cabe tiniebla alguna (1Jn 1,5). El Cordero, que se había presentado a los hombres como “la luz del mundo” (Jn 1,4s.9; 3,19; 8,12; 9,5; 12,45s), ahora se manifiesta así claramente: “Y la plaza de la ciudad es de oro puro, trasparente como el cristal. Pero no vi Santuario alguno en ella; porque el Señor, el Dios Todopoderoso, y el Cordero, es su Santuario. La ciudad no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero” (21,21b-23).

La nueva Jerusalén se llena de luz y aparece como la había cantado Isaías: “Álzate, resplandece, vístete de luz, porque llega tu luz y la gloria del Señor amanece sobre ti. Las naciones caminarán a tu luz... El sol ya no será tu luz de día, ni te iluminará la luna de noche. El Señor será tu luz eterna, tu Dios será tu esplendor” (Is 60,1-3.19). Una luz eterna se extiende sobre la ciudad que ya no conoce la oscuridad y tinieblas de la noche (Za 14,7). El Cordero será para ella un Candelero viviente, que la alumbrará eternamente.

Dado que en la nueva Jerusalén es siempre de día, sus puertas, que en la Jerusalén vieja se cerraban de noche, permanecen siempre abiertas, para acoger a los peregrinos que llegan de todas las naciones. Ya los profetas habían anunciado la potente atracción de la espléndida belleza de Jerusalén (Is 60,1-22); habían visto que los pueblos de la tierra llegarían a ella desde todos los lugares, llevándola sus dones. Los pueblos se encaminan hacia Jerusalén para poder caminar bajo la luz radiante de la ciudad de Dios (Is 2,2-4; 60,3; Ag 2,6-9): “Las naciones caminarán a su luz, y los reyes de la tierra irán a llevarle su esplendor. Sus puertas no se cerrarán con el día ‑porque allí no habrá noche‑ y traerán a ella el esplendor y los tesoros de las naciones. Nada profano entrará en ella, ni los que cometen abominación y mentira, sino solamente los inscritos en el libro de la vida del Cordero” (21,24-27).

Toda la ciudad es morada de Dios, toda ella llena de su gloria y abierta a todos los pueblos. Si en el templo antiguo ninguno podía entrar en el *Sancta sanctorum* y el hombre y Dios estaban en dos mundos diversos, ahora todo está abierto. Dios y el hombre viven en plena comunión. No sólo el sumo Sacerdote, no sólo Moisés, sino todo el pueblo de Dios entra en el esplendor de la gloria de Dios.

En la fiesta de las Tiendas Cristo había proclamado: “Yo soy la luz”. Ahora Dios se muestra como la luz que no termina en la noche, como luz eterna, que alumbra a todos los hombres, que llegan a la ciudad de todos los ángulos de la tierra.

**NUEVO PARAÍSO TERRENAL**

Desde la contemplación de la ciudad se pasa al cuadro del paraíso terrenal. Con el descenso de la nueva Jerusalén, Dios da de nuevo a la humanidad el paraíso perdido. Desde la historia de la salvación se pasa a la historia de la creación. Con el paraíso comienza el primer libro de la Escritura, narrando el comienzo de la historia de Dios en medio de la humanidad; con el paraíso se concluye ahora el último libro. El comienzo y el cumplimiento final se corresponden. La ciudad de Dios es la ciudad de la luz eterna y también la ciudad de la vida eterna, que brota y se mantiene en el paraíso.

El manantial de la vida brota del trono de Dios y del Cordero. El agua y la vida están íntimamente unidas; donde hay agua brota una vegetación maravillosa; donde falta el agua, no hay vida, sólo desierto árido. La fusión de la imagen del río del paraíso (Gn 2,10-14) con la promesa profética de un manantial que brotará del templo en los últimos tiempos (Ez 47,1-12; Jn 4,18; 7,37; Za 14,8), simboliza la inagotable plenitud de vida que Dios comunicará a su creación cuando, una vez redimida, la lleve al cumplimiento final: “Luego me mostró el río de agua de vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero” (22,1).

También la imagen del árbol de la vida (2,7; 22,14.19) deriva del paraíso terrenal, en cuyo centro había uno (Gn 2,9; 3,22). Juan, inspirado en Ezequiel (Ez 47,7.22), contempla, más que un único árbol de vida, dos hileras de árboles, que crecen en ambas márgenes del río. Son árboles siempre verdes, que dan fruto constantemente. A los habitantes del nuevo paraíso jamás les faltará el alimento de la inmortalidad. El valor curativo de las hojas está tomado a la letra de Ezequiel (Ez 47,12). Aquí puede significar que todos los pueblos que llegan serán sanados de sus imperfecciones para gozar plenamente de la nueva vida. En efecto, las enfermedades y la muerte, consecuencias de la maldición del pecado, no hallan lugar en el paraíso de la vida (21,4): “En medio de la plaza, a una y otra margen del río, hay árboles de vida, que dan fruto doce veces, una vez cada mes; y sus hojas sirven de medicina para los gentiles. Y no habrá ya maldición alguna” (22,2-3a).

En el corazón de la santa ciudad, en medio de la plaza, está el trono de Dios. Y todos podrán acercarse a él. Ya no habrá maldición alguna para quien se acerque a Dios. No hay prohibición como en el paraíso (Gn 2,16-17), como en el monte Sinaí (Ex 19,12) o como en el Santo de los Santos del templo, donde sólo podía entrar el sumo sacerdote una vez al año. Ahora Dios nos espera sentado sobre su trono y, junto a Él, está el Cordero que nos presenta al Padre como sus hermanos (Hb 2,12-13). Todos los fieles, congregados en torno al trono de Dios, celebran la liturgia perfecta de adoración y alabanza. “Los puros de corazón ven a Dios” (Mt 5,8). Rasgado el velo, contemplamos a Dios cara a cara: “Ahora vemos como en un espejo, de manera confusa. Entonces veremos cara a cara...” (1Co 13,12). “Entonces seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es” (1Jn 3,2).

El gran deseo de Moisés de ver el rostro de Dios (Ex 33,18ss), que no podía realizarse en la primera alianza, porque ningún hombre podía ver a Dios y permanecer vivo (Ex 33,20), y la súplica de Felipe a Jesús: “¡Muéstranos al Padre y eso nos basta!” (Jn 14,9), a la que Jesús había respondido: “Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre”..., finalmente son satisfechas: “Los siervos de Dios verán su rostro y llevarán su nombre en la frente” (22,4). El camino del hombre, la historia de la salvación llegan a su meta. Dios cumple el deseo más íntimo del corazón humano: Dios se deja ver.

Las visiones sobre el futuro -“lo que sucederá” (1,19)- comenzaron con la visión del trono (4,1-5,14) y terminan ahora ante “el trono de Dios y del Cordero”. El cielo de Dios y el mundo de los hombres eran dos realidades distintas; ahora son una misma cosa. Los hombres, unidos a los coros celestiales, están ante la faz de Dios, dispuestos a su servicio. Quienes están ante el trono de Dios y del Cordero contemplan a Dios tal como Él es (Mt 5,8; 1Co 12,12; 1Jn 3,2). En esto consiste su bienaventuranza. En la luz de la gloria de Dios hallan la vida eterna. La comunión de vida con Dios, su creador y redentor, les proporciona la plenitud de ser y vida: “El trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Noche ya no habrá; no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos” (22,3b-5).

La glorificación del hombre se extiende a toda la creación de Dios. El nuevo cielo y la nueva tierra (21,1) se hacen realidad cuando Dios se hace “todo en todos” (1Co 15,28). Juan repite lo ya proclamado (21,23-25): la noche ya no existe, la tiniebla, símbolo del mal, no cubrirá el cielo nuevo de Jerusalén, el frío y el miedo no encogerán nunca más el corazón de los fieles. Se realiza la profecía: “Aquel día no habrá frío ni hielo. Será un día único; no sucederá la noche al día, pues al atardecer seguirá habiendo luz” (Za 14,6-7). Es la luz que emana directamente de Dios, envolviendo y revistiendo de gloria a todos sus siervos.

**¡VEN, SEÑOR JESÚS!**: 22,6-21

El apocalipsis se concluye con las palabras que ratifican la autenticidad de la revelación contenida en todo el libro. La primera ratificación se debe al ángel que ha mostrado a Juan la última visión. Demuestra la veracidad de la revelación recordando que procede de Dios mismo, como había afirmado al comienzo (1,1). Dios, “señor del espíritu de los profetas” (1Co 14,32) comunica lo que deben anunciar a quienes llama a una misión profética: “Luego me dijo: Estas palabras son ciertas y verdaderas; el Señor Dios, que inspira a los profetas, ha enviado a su ángel para manifestar a sus siervos lo que ha de suceder pronto” (22,6).

La segunda ratificación la hace el mismo Jesucristo. Repite la afirmación del versículo precedente y la confirma, asegurando que Él, como ha prometido (2,16; 3,11), vendrá pronto. Este anuncio se repite aún otras dos veces (22,12.20). La preocupación del Apocalipsis de dar ánimo y de impulsar a los cristianos a la fidelidad, aparece con mayor fuerza aquí, al final del libro: “Mira, vengo pronto. Dichoso el que guarde las palabras proféticas de este libro” (22,7).

Es la sexta bienaventuranza del Apocalipsis, destinada a quien mantenga vivas sus palabras de esperanza, pues las palabras de esta revelación son “como lámpara que brilla en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana” (2P 1,19).

Y, en tercer lugar, el mismo Juan confirma la autenticidad de la revelación expuesta en su escrito. Él es testigo ocular y auricular de todo lo narrado por encargo de Cristo (1,11). Se presenta con su nombre sin más, pues es bien conocido de sus lectores y oyentes. Ellos saben que pueden fiarse de él: “Yo, Juan, fui el que vi y oí esto. Y cuando lo oí y vi, caí a los pies del ángel que me había mostrado todo esto para adorarle” (22,8).

Sin embargo Juan añade una anotación sobre su persona. Se la sugiere e impone el ángel. Como en el pasado (19,10), impresionado por la solemnidad de su vocación profética y de la importancia para la Iglesia perseguida de la revelación que se le comunica, Juan quiere adorar al ángel. Sus ojos están deslumbrados de estupor, de belleza y de luz hasta el punto de que sus rodillas casi se doblan en adoración del ángel que le ha desvelado el misterio profundo de la historia. El ángel, al impedírselo, testimonia expresamente la vocación profética de Juan: “Pero él me dijo: No, cuidado; yo soy un siervo como tú y tus hermanos los profetas y los que guardan las palabras de este libro. A Dios tienes que adorar” (22,9).

La revelación es don de Dios. Sólo Dios y su Cristo merece adoración. No se puede confundir a los mensajeros con el Señor que les envía. Ángeles y profetas, desempeñando con fidelidad su misión, dan gloria a Dios. Y también da gloria a Dios quien orienta su vida según el anuncio profético de este libro. Quien escucha la palabra y la cumple es siervo de Dios, igual que los ángeles y los profetas.

En contraste con el profeta Daniel, a quien se le prohíbe hacer públicas sus visiones (Dn 8,27; 12,49), a Juan se le manda que las dé a conocer inmediatamente. La diferencia se funda en que las profecías de Daniel se referían a un futuro lejano (Dn 8,26), es decir, al “tiempo final” (12,4.9-13). Las visiones de Juan, en cambio, interesan a la Iglesia ya en el presente, porque la revelación abre los ojos sobre el *kairós* del tiempo de Dios: “Y me dijo: No selles las palabras proféticas de este libro, porque el Tiempo está cerca” (22,10).

El tiempo final ha comenzado con Cristo. Por ello, ante Cristo, se muestran las dos clases de personas: los que están con Él y los que están contra Él. Juan lo expone en forma de exhortación: “Que el injusto siga cometiendo injusticias y el manchado siga manchándose; que el justo siga practicando la justicia y el santo siga santificándose” (22,11). En este contexto Cristo repite el anuncio de su inmediato retorno. Aquí este anuncio toma el significado de una llamada al juicio. La persona que se presenta al juicio será la persona que ella misma se ha formado durante la vida. El hombre será eternamente aquella persona que él mismo ha elegido ser. Los malvados no entrarán en la gloria eterna del reino de Dios, porque quienes no quieren entrar no pueden entrar: “Mira, vengo pronto y traigo mi recompensa conmigo para pagar a cada uno según su trabajo” (22,12).

El juicio de Dios (20,11) es atribuido también a Cristo (Jn 5,19-23; 10,30). Por ello aquí se le anuncia como juez, que viene revestido de gloria con todos los títulos que justifican esta función: “Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Ultimo, el Principio y el Fin” (22,13).

La séptima y última bienaventuranza del Apocalipsis cambia la amenaza del juicio en exhortación positiva a esperar vigilantes y deseosos su llegada. Está en juego la bienaventuranza eterna, descrita en la doble imagen de la nueva Jerusalén (21,9-27) y del nuevo paraíso terrenal (22,1-5). Gozarán de esta bienaventuranza quienes con fe viva, que se muestra en la caridad, acogen la redención de Cristo: “Dichosos los que laven sus vestiduras, así podrán disponer del árbol de la Vida y entrarán por las puertas en la Ciudad” (22,14).

Quedan excluidos de la bienaventuranza quienes, por propia iniciativa, han abandonado la vía que lleva a la santa ciudad de Jerusalén y al paraíso. El elenco de culpas que excluyen del reino es el ya dado antes (21,8), aunque cambia algún nombre, como abominables por perros. Perro es símbolo de obscenidad (Mt 7,6; 2P 2,22): “¡Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los asesinos, los idólatras, y todo el que ame y practique la mentira!” (22,15).

Jesús concluye su hablar con dos breves frases que unen el final del libro con su comienzo. Jesús se declara autor de la revelación contenida en el libro (1,1) y destinada a las Iglesias (1,11). El ángel había declarado que le había mandado Dios (22,6); ahora Cristo declara que ha sido Él quien le ha mandado. El Padre y el Hijo, junto con el Espíritu Santo, actúan unidos como un único Dios: “Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para daros testimonio de lo referente a las Iglesias. Yo soy el Retoño y el descendiente de David, el Lucero radiante del alba” (22,16).

Cristo se presenta como “la raíz de David”, recogiendo la profecía de Isaías (Is 11,1; Za 3,8; 6,12) y como “la estrella de la mañana”, que alude a la profecía de Balaán, quien bajo el influjo del Espíritu de Dios había declarado: “Lo veo, aunque no para ahora, lo diviso, pero no de cerca, una estrella surge de Jacob y un cetro brota de Israel” (Nm 24,17). La estrella radiante de la mañana simboliza el alba del nuevo día de Pascua.

En la conclusión hemos escuchado las palabras de Cristo, del ángel y del Vidente. Ahora escuchamos otras dos voces: la del Espíritu y la de la Esposa. La Iglesia, que ha logrado su meta y está ante el trono de Dios, y la Iglesia que, peregrina sobre esta tierra, desea anhelante llegar a la meta, se unen en un mismo grito, implorando que venga el reino de Dios. También el Espíritu, que ha hablado a las Iglesias (2,7.11...), hace suya la plegaria de la Iglesia: “El Espíritu y la Novia dicen: ¡Ven! Y el que oiga, diga: ¡Ven! Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de vida” (22,17).

Según la promesa de Cristo, el Espíritu Santo ha sido asignado a la Iglesia como su abogado (Jn 14,16). Y, según las palabras de San Pablo, el Espíritu viene en ayuda de la debilidad humana y presenta a Dios las verdaderas necesidades de los fieles (Rm 8,26s). Con la Iglesia, Esposa de Cristo, el Espíritu grita al Esposo: ¡Ven! Cuantos escuchan este grito en la proclamación litúrgica de este texto lo hacen suyo y lo repiten. Y a todos los que anhelan la vuelta de su Señor se les anuncia la consoladora certeza de que ya desde ahora el Esposo les dará de beber gratuitamente el agua del manantial de la vida eterna (Is 53,1; Jn 7,37-39).

Ya en el Antiguo Testamento tenemos la prohibición de añadir o quitar nada al texto (Dt 4,2; 13,1). También Juan, al concluir la revelación, se asegura contra toda falsificación de los copistas con la misma prohibición: “Yo advierto a todo el que escuche las palabras proféticas de este libro: Si alguno añade algo sobre esto, Dios echará sobre él las plagas que se describen en este libro. Y si alguno quita algo a las palabras de este libro profético, Dios le quitará su parte en el árbol de la Vida y en la Ciudad Santa, que se describen en este libro” (22,18-19).

El final del Apocalipsis recoge la expresión de una comunidad que proclama y escucha la Palabra de Dios en una liturgia donde dialogan Cristo, el ángel y la asamblea. Cada vez que la comunidad cristiana participa en los misterios de la fe, reaviva la fe en la próxima venida del Señor. De este modo la Iglesia alimenta su esperanza, al mismo tiempo que experimenta que el Señor viene en la celebración de los sacramentos. Las últimas palabras son del mismo Jesús, presente y que anuncia que volverá (22,20). Son la respuesta a la plegaria que le ha dirigido la Esposa en el Espíritu Santo:

-¡Sí, vengo presto!

Y la esposa, que lo espera anhelante, le responde con el amen y una invocación de la liturgia eclesial:

-¡Amén! ¡Maranathá! ¡Ven, Señor Jesús! (1Co 16,22; Didaché 10,6).

Quien espera con la certeza de la fe al Señor, que viene, quien se alegra en lo íntimo de su ser con esta esperanza, quien desea e implora ardientemente que “venga el reino de Dios”, repite sin cesar el ¡Maranathá! Lo repite en la liturgia y en la vida. A estos, que desean que venga el Señor para unirse a Él para siempre, Juan les saluda deseándoles “que la gracia del Señor Jesús sea con todos los santos. ¡Amén!” (22,21).

1. Las siete bienaventuranzas que aparecen en el Apocalipsis (1,3; 14,13; 16,15; 19,9; 20,6; 22,7; 22,14.) constituyen uno de los muchos septenarios, símbolo de plenitud. [↑](#footnote-ref-1)
2. *Ignacio de Antioquía, Carta a los Efesios 9,1. También Ireneo recuerda que Juan se opuso en Éfeso al herético Cerinto, de tendencia gnóstica: Hadv. Haer. III,3,4.* [↑](#footnote-ref-2)
3. *Martirio de Policarpo 18,3*. [↑](#footnote-ref-3)
4. *Mekhilta su Ex 16,25*. [↑](#footnote-ref-4)
5. *Ver sobre el sueño y la muerte 1Ts 5,6; Rm 13,11; Ef 5,14; Mt 8,22; Lc 15,24; Jn 5,25; Rm 6,13.* [↑](#footnote-ref-5)
6. *Cf Ex 24,16s; 33,18-23; 40,34; 1S 8,10s; Is 6,1s; Ef 1,17; 1Jn 1,5.* [↑](#footnote-ref-6)
7. *SAN IRENEO, Adv. Haer. III,11,8.* [↑](#footnote-ref-7)
8. *El cuerno aparece en la Escritura como signo de fuerza (Dt 33,17; 1S 2,1.10; Jr 48,25; Lc 1,69).* [↑](#footnote-ref-8)
9. *De Oriente se espera que venga la salvación. El jardín del Edén estaba al Oriente (Gn 2,8), Ciro el libertador llega de Oriente (Is 41,2). Después del Exilio en Babilonia la gloria de Dios vuelve al templo por la puerta que mira hacia Oriente (Ez* 43,1-2). [↑](#footnote-ref-9)
10. *Tres de estos ángeles tienen en la Biblia un nombre propio: Miguel (Dn 10,13.21; Judas 9; Ap 12,7), Gabriel (Dn 8,16ss; 9,21ss, Lc 1,19.26) y Rafael (Tb 3,17; 12,15).*  [↑](#footnote-ref-10)
11. *La designación de Anticristo no aparece en el Apocalipsis, pero sí en las cartas de Juan (1Jn 2,18.22; 4,2; 2Jn 7.* [↑](#footnote-ref-11)
12. *Con cierta ironía San Agustín nos recomienda no buscar demasiado el nombre escondido bajo el número 666, pues en el mejor de los casos terminaremos encontrándonos con nuestro propio nombre.* [↑](#footnote-ref-12)
13. *4Esd 13,35-40; 5Esd 2,42-47.* [↑](#footnote-ref-13)
14. *El milenarismo es la esperanza de un reino de Cristo sobre la tierra, que precederá al juicio final. El milenarismo, propuesto por algunos sectores de la Iglesia primitiva, alcanzó su auge en la Edad Media con Joaquín de Fiore y sigue presente hasta nuestros días. En el siglo XIX surge con fuerza en Estados Unidos en el seno de tres sectas: los mormones (J. Smith), los adventistas (W. Miller) y los testigos de Jehová (Ch. Tazé Russel). Hoy se da este milenarismo en el movimiento New Age, un nuevo tipo de religiosidad artificial y sincretista, que nace ante la amenaza de posibles calamidades. Nuestro mundo moderno, científico y técnico, se carga de esoterismo, astrología, horóscopos... En esta religiosidad naturista se esfuma el rostro del Dios personal. Dios queda reducido a una fuente impersonal de energía y de bondad.* [↑](#footnote-ref-14)